3 1761 07802932 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST FEB 1 5 1922

1997

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastrophicum.
La Caverna del Humorismo.
Divagaciones sobre la Cultura.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín el Aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.
La sensualidad pervertida.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
Los contrastes de la vida.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

3

La dama errante

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY

RAFAEL CARO RAGGIO

1920

Establecimiento tipográfico

de Rafael Caro Raggio.

LS
B264d

Pío Baroja

La dama errante

164278
23/8/21

Rafael Caro Raggio
editor
Mendizábal, 34
Madrid

PRÓLOGO

No soy muy partidario de hablar de mí mismo; me parece esto demasiado agradable para el que escribe y demasiado desagradable para el que lee; pero puesto que esta «Biblioteca» (1) me pide un prólogo, interrumpiré mi costumbre de no dar explicaciones o aclaraciones personalistas y, por una vez, me entregaré a la voluptuosidad de decir *yo* hasta la saturación.

Sería una estúpida modestia, por mi parte, que yo afirmase que lo que escribo no vale nada; si lo creyere así, no escribiría.

Suponiendo, pues, que en mi obra literaria hay algo de valor —como en matemáticas se supone a veces que un teorema está de antemano resuelto—, voy a decir, con el mínimo de modestia, cuál puede ser, a mi modo, el valor o mérito de mis libros.

(1) Se refiere a la «Biblioteca Nelson».

Este valor creo que no es precisamente literario ni filosófico; es más bien psicológico y documental. Aunque hoy se tiende, por la mayoría de los antropólogos, a no dar importancia apenas a la raza y a darle mucha a la cultura, yo, por sentimiento más que por otra cosa, me inclino a pensar que el elemento étnico, aun el más lejano, es trascendental en la formación del carácter individual.

Yo soy, por mis antecedentes, una mezcla de vasco y de lombardo: siete octavos de vasco, por uno de lombardo.

No sé si este elemento lombardo (el lombardo es de origen sajón, al decir de los historiadores) habrá influído en mí; pero, indudablemente, la base vasca ha influído, dándome un fondo espiritual, inquieto y turbulento.

Nietzsche ha insistido mucho en la diferencia del tipo apolíneo (claro, luminoso, armónico) con el tipo dionisíaco (obscuro, vehemente, desordenado). Yo, queriendo o sin querer, soy un dionisíaco.

Este fondo dionisíaco me impulsa al amor

por la acción, al dinamismo, al drama. La tendencia turbulenta me impide el ser un contemplador tranquilo, y al no serlo, tengo, inconscientemente, que deformar las cosas que veo, por el deseo de apoderarme de ellas, por el instinto de posesión, contrario al de contemplación.

Al mismo tiempo que esta tendencia por la turbulencia y por la acción —en arte, lógicamente, tengo que ser un entusiasta de Goya, y en música, de Beethoven—, siento, creo que espontáneamente, una fuerte aspiración ética. Quizá aquí aparece el lombardo.

Esta aspiración, unida a la turbulencia, me ha hecho ser un enemigo fanático del pasado, por lo tanto, un tipo antihistórico, antirretórico y antitradicionalista.

La preocupación ética me ha ido aislando del ambiente español, convirtiéndome en uno de tantos solitarios. Robinsones con chaqueta y sombrero hongo, que pueblan las ciudades.

Como España y casi todos los demás países tienen su esfera artística, ocupada casi

por completo por hábiles y farsantes, cuando yo empecé a escribir se quiso ver en mí, no un hombre sincero, sino un hábil imitador que tomaba una postura literaria de alguien.

Muchos me buscaron la filiación y la receta. Fuí, sucesivamente, según algunos, un roedor de Voltaire, Fielding, Balzac, Dickens, Zola, Ibsen, Nietzsche, Poe, Gogol, Dostoievski, Maeterlinck, Mirbeau, France, Kropotkin, Stendhal, Tolstoi, Turgueneff, Hauptmann, Korolenko, Mark Twain, Galdós, Ganivet y de otra docena más, y, sobre todo, de Gorki. Esto último, el considerarme como un seudo-Gorki, se debió, principalmente, a que yo fuí el primero, o uno de los primeros, que escribió en español un artículo acerca de este escritor ruso.

Realmente, era suponer en mí demasiada candidez y poca malicia, el que yo presentara al público que había de leerme a un escritor a quien estaba desvalijando. Claro que, como yo no le desvalijaba ni seguía por su camino, no me importaba nada que

fuera Gorki conocido en España. Mis admiraciones en literatura no las he ocultado nunca. Han sido y son: Dickens, Balzac, Poe, Dostoievski y, ahora, Stendhal. Generalmente, el crítico no se contenta con lo que le dice el autor. Supone que éste tiene que hablar siempre con malicia y ocultar algo, lo que demuestra que hay que atravesar muchas atmósferas de incomprensión para ser solamente escuchado.

Yo no quiero decir que en mis libros no haya influencias e imitaciones: las hay como en todos los libros; lo que no hay es la imitación deliberada, el aprovechamiento, disimulado, del pensamiento ajeno. Hay, por ejemplo, en una novela mía: *La Casa de Aizgorri,* una reminiscencia, según dicen, de *La Intrusa*, de Maeterlinck. Sin embargo, yo no he leído, ni antes ni después, *La Intrusa;* y ¿cómo se explica entonces la vaga imitación?

Se explica de una manera sencilla. Yo había oído hablar, antes de escribir mi libro, a algunos literatos de *La Intrusa*, de su argumento, de sus escenas. Sin duda, sin saberlo, me apropié la impresión reflejada en

un español por el drama del autor belga, y la consideré mía; pero yo estoy seguro que el que comparase las dos obras minuciosamente, no encontraría una frase, una fórmula, nada parecido que indicara que yo haya seguido en el pensamiento a Maeterlink; porque no lo conocía, ni después me ha interesado. Es el ambiente, muchas veces, el que da semejanza a dos obras.

Si yo hubiera escrito esta misma novela: *La Casa de Aizgorri*, después de la *Electra*, de Pérez Galdós; si hubiera escrito *La Busca*, después de *La Horda*, de Blasco Ibáñez, y *Paradox, rey*, después de *La Isla de las Pingüiños*, de Anatole France, me hubieran acusado de imitador, porque hay mucha semejanza entre estas obras y las mías, y, probablemente, más que entre *La Casa de Aizgorri* y *La Intrusa;* pero las escribí antes. Sin embargo, no se me ocurrió decir que esos autores me habían imitado, sino que habían coincidido conmigo y habían coincido con más éxito, pues las tres obras de esos autores fueron aplaudidas y las mías quedaron en la estacada.

Dejando esta cuestión, puramente literaria, seguiré con el autoanálisis, para mí más interesante. He dicho que soy antitradicionalista y enemigo del pasado, y, efectivamente, lo soy, porque todos los pasados, y en particular el español, que es el que más me preocupa, no me parecen espléndidos, sino negros, sombríos, poco humanos.

Yo no me explico, y probablemente no comprendo, el mérito de los escritores españoles del siglo XVII; tampoco comprendo el encanto de los clásicos franceses, excepción hecha de Moliére.

De esta antipatía por el pasado, complicada con mi falta de sentido idiomático —por ser vasco y no haber hablado mis ascendientes ni yo castellano—, procede la repugnancia que me inspiran las galas retóricas, que me parecen adornos de cementerio, cosas rancias, que huelen a muerto. Este conjunto de particularidades instintivas: la turbulencia, la aspiración ética, el dinamismo, el ansia de posesión de las cosas y de las ideas, el fervor por la acción, el odio por lo inerte y el entusiasmo por el

porvenir, forman la base de mi temperamento literario, si es que se puede llamar literario a un temperamento así que, sobre un fondo de energía, sería más de agitador que de otra cosa.

Yo no considero estas condiciones sean excelentes, ni que con ellas se hagan obras maestras, sino que son, al menos a mí me parece que son.

Dados estos antecedentes, es muy lógico que un hombre que sienta así tenga que tomar sus asuntos, no de la Biblia, ni de los romanceros, ni de las leyendas, sino de los sucesos del día, de lo que ve, de lo que oye, de lo que dicen los periódicos. El que lea mis libros y esté enterado de la vida española actual, notará que casi todos los acontecimientos importantes de hace quince o veinte años a esta parte aparecen en mis novelas.

Esto las da un carácter de cosa política y momentánea muy alejado del aire solemne de las obras serias de la literatura. En el fondo, yo soy un impresionista.

La dama errante está inspirada en el

atentado de la calle Mayor, contra los reyes de España. Este atentado produjo una enorme sensación. En mí la hizo grande, porque conocía a varios de los que intervieron en él.

Mateo Morral, el autor del atentado, solía ir a un café de la calle de Alcalá donde nos reuníamos varios escritores. Le solían acompañar un periodista, un empleado del tranvía, llamado Ibarra, que luego estuvo preso después del crimen, y un polaco, viajante o corredor de un producto farmacéutico.

Este polaco e Ibarra recuerdo que tuvieron una noche un serio altercado con un pintor que dijo que los anarquistas dejaban de serlo cuando tenían cinco duros.

Yo no creo que hablé nunca con Morral. El hombre era obscuro y silencioso; formaba parte del corro de oyentes que, todavía hace años, tenían las mesas de los cafés donde charlaban los literatos.

El tipo de Nilo Brull, que aparece en LA DAMA ERRANTE, no es la contrafigura de Morral, a quien no traté; este Brull es como la

síntesis de los anarquistas que vinieron desde Barcelona, después del proceso de Montjuich, a Madrid, y que tenían un carácter algo parecido de soberbia, de rebeldía y de amargura.

Después de cometido el atentado y encontrado a Morral muerto cerca de Torrejón de Ardoz, quise ir al hospital del Buen Suceso a ver su cadáver; pero no me dejaron pasar.

En cambio, mi hermano Ricardo pasó e hizo un dibujo y luego un aguafuerte del anarquista en la cripta del Buen Suceso.

Mi hermano se había acercado al médico militar que estaba de guardia a solicitar el paso, y le vió leyendo una novela mía, también de anarquistas, *Aurora roja*. Hablaron los dos con este motivo, y el médico le acompañó a ver a Mateo Morral, muerto.

La angustia del doctor Aracil, paseando por las calles de Madrid, está inspirada en mi novela en la de los conocidos del terrorista, que anduvieron escondiéndose aquella noche.

Lo demás del libro, casi todo está hecho a base de realidad. La mayoría de los personajes son también reales. El doctor Aracil, aunque desfigurado por mí, vive; el que me sirvió de modelo para pintar a Iturrioz, murió; María Aracil pasea por las mañanas por la calle de Alcalá. Algunos supusieron, no sé por qué, que en María Aracil había querido yo pintar a Soledad Villafranca, la amiga de Ferrer, cosa absurda, que no tiene apariencia de verdad.

Yo, cuando escribí LA DAMA ERRANTE, no conocía a Soledad Villafranca; la conocí después, en París, en casa de un profesor, donde estuve convidado a cenar. Como ella es de Pamplona y yo me eduqué también allí, hablamos largo rato, y en el curso de la conversación me dijo que había leído LA DAMA ERRANTE. Como es lógico, no había encontrado ninguna alusión a ella en el libro, y, en cambio, sí había creído ver la contrafigura de Ferrer.

Los demás tipos de la novela fueron también tomados del natural, y el viaje por la Vera de Plasencia lo hicimos mi hermano

y yo y un amigo, llevando en un burro provisiones y una tienda de campaña.

Los ventorros y paradores del camino son, poco más o menos, como los descritos por mí, con los mismos nombres y la misma clase de gente. El *Musiú*, el *Ninchi* y el *Grillo* es posible que anden todavía por esas aldeas, siguiendo su vida de trotar caminos y engañar a los bobos.

Probablemente, un libro como LA DAMA ERRANTE no tiene condiciones para vivir mucho tiempo; no es un cuadro con pretensiones de museo, sino una tela impresionista; es quizá, como obra, demasiado áspera, dura, poco serenada...

Este carácter efímero de mi obra no me disgusta. Somos los hombres del día gentes enamoradas del momento que pasa, de lo fugaz, de lo transitorio, y la perdurabilidad o no de nuestra obra nos preocupa poco, tan poco, que casi no nos preocupa nada.

PÍO BAROJA

Madrid, marzo, 1916.

I

LA ABUELITA

En nuestra época y en nuestro país es muy difícil ser niño. La vida se marchita pronto, cuando no brota ya mustia por herencia. La mayoría de los hombres y de las mujeres no han vivido nunca la niñez. Es verdad también que casi nadie llega a vivir la juventud. El padre, la madre, el criado, el profesor, la institutriz, el municipal, todos conspiran contra la infancia; como el negocio, el dinero, la posición social, la vanidad política, el deseo de representar, conspiran contra la juventud.

En España, y en nuestros tiempos de industrialismo, de lujo y de laxitud, para estar en buena armonía con el ambiente se necesita ser viejo desde la cuna, y, para consolarse un poco, decir de cuando en cuando: «Es preciso ser joven, hay que reír, hay que vivir». Pero nadie ríe, ni nadie vive.

Y España es hoy el país ideal para los decrépitos, para los indianos, para los fracasados, para todos los que no tienen nada que

hacer en la vida, porque lo han hecho ya, o porque su único plan es ir vegetando...

María Aracil disfrutó la suerte de pasar los primeros años de su existencia un tanto abandonada, y, gracias a su abandono, pudo tener ideas de niña y vida de niña hasta los catorce o quince años. Huérfana de madre, sintió por su padre, el doctor Aracil, un gran cariño; pero el doctor no podía o no sabía atender a su hija, y la abuela fué la encargada de cuidar de María durante la niñez.

La abuela Rosa, madre del doctor, era una viejecita muy simpática y muy rara. Habitaba en el piso alto de un caserón grande y viejo de la calle de Segovia, y vivía completamente aislada y sola. En su casa reinaba el más absoluto desorden, y en medio de aquel desorden se encontraba ella a gusto.

Sus dos ocupaciones predilectas eran leer y hacer trabajos de aguja; continuamente tenía a sus pies un cestillo de mimbre lleno de lanas de colores, con las que solía tejer talmas y toquillas para su nieta.

Le gustaban a la abuelita Rosa los animales, y siempre vivía con perros y gatos. Tenía un perrillo de lanas, *Alí,* muy viejo, algo raído, con las lanas largas, la cola de zorro y el aire más inteligente que el de un cardenal italiano, y un gato blanco y gordo, el preferido, a quien solía dirigir la vieja largas recriminaciones. El gato se le ponía muchas veces encima del hombro, y así le solía ver María con frecuencia. Tenía también la abuelita Rosa un canario muy chillón y un loro.

La abuela no se trataba con nadie. Sólo una antigua criada, a quien conocía de la infancia, una vieja gruñona y de mal humor, Plácida de nombre, aunque no de genio, aparecía por allí, y, generalmente, cuando iba, solían reñir ama y criada.

En su soledad, el invierno, y aun el verano, la abuelita Rosa leía novelas antiguas, al lado de la estufa. Allí mismo guisaba sus comidas, siempre muy sencillas.

Con los anteojos puestos en la punta de la nariz, sentada al lado de la estufa, parecía la abuela Rosa una viejecita de cuento; muy chiquita, arrugadita como una pasa, encogida, con la nariz puntiaguda, la cara sonrosada y el pelo blanco como la nieve.

De noche encendía su quinqué y seguía leyendo o trabajando. Muchas veces pensaba María que su abuela debía ser muy valiente, para quedarse sola en aquella casa.

Cuando iba la niña a verla, entonces comenzaba con la vieja las idas y venidas, el revolver armarios y el contar cuentos. Siempre la abuela guardaba alguna golosina para su nietecita: pasteles, caramelos o crema.

La abuela Rosa la hablaba con una gran seriedad a María, y entre historia e historia y anécdota y recuerdo de la realidad, le contaba escenas de las novelas que había leído, y Montecristo, y Artagnán, el príncipe Rodolfo, todos estos héroes de la mitología folletinesca vivían ante la imaginación de María.

Tenía la viejecita una fantasía exuberante, y el trato continuo con la niña le había dado un

infantilismo extraño. Muchas veces la vieja hacía de niña, y la niña de vieja; la abuela imitaba el hablar balbuciente de los niños, y la nieta la actitud severa de los viejos, y la vida en germen, y la vida en su declinación, parecían iguales y se entendían jugando.

Una de las diversiones de María y de la abuelita Rosa era sentarse en un sofá e imitar la marcha en un tren.

—Ya estamos en el vagón, ¿eh? —decía la vieja.

—Sí. Ya estamos —contestaba la niña—. Ponte el mantón, abuelita.

—No; hasta que no lleguemos a Avila, no.

Y las dos imitaban la salida del tren, y luego el ruido de la marcha y los silbidos de la locomotora, y veían paisajes, y estaciones, y el mar, y los árboles, y los montes...

La vieja desarrollaba la imaginación de la niña hasta tal punto que ésta, que no sabía leer ni escribir, inventaba también cuentos y novelas, y se los contaba a la criada de su casa.

La abuela era, ciertamente, una mujer poco vulgar. Su padre, un médico volteriano, la había educado fuera de la religión; su marido no había sido hombre de energía, y vivió dulcemente, dominado por su mujer. La abuela Rosa quiso también dominar a sus hijos; pero éstos, que salieron a ella, se le insubordinaron pronto y la hicieron desgraciada.

Enrique, el mayor, el padre de María, se manifestó desde pequeño como un muchacho listo y aplicado; Juan, el segundo, resultó un calavera.

Enrique y Juan se odiaban. Enrique era el admirado por todos, el joven portento; de Juan no se sabían mas que barbaridades. En el fondo, el pequeño era el favorito de la madre, y esto, comprendido por Enrique, muy orgulloso y soberbio, le hizo perder casi por completo el cariño filial.

De la desunión de la familia, nadie particularmente tenía la culpa. La abuelita Rosa era mujer de gran corazón, pero de una personalidad absorbente: quería tener a todo el mundo bajo su yugo y era capaz de cualquier sacrificio por el que se acogiese a ella. Enrique era puntilloso, y Juan quería a su madre como casi todos los jóvenes calaveras, pero sus instintos le impulsaban a la vida viciosa, y ninguno de los tres se entendía.

Juan no llegó a tener profesión alguna; reunido con unos cuantos señoritos, hizo, a discreción, tonterías y calaveradas, hasta que en una de ellas, viéndose ya dentro de las mallas del Código Penal, encontró, como pudo, unas pesetas y desapareció de Madrid.

Se dijo que estaba en América, y no se supo más de él. La abuela cultivaba la memoria de su predilecto y le recordaba a todas horas. Muchas veces María la vió con una fotografía entre las manos arrugadas, mirándola absorta.

—¿Quién es? —le preguntó María.

—Es tu tío Juan —y le enseñó el retrato de un joven todo afeitado, de cara aguileña y expresiva.

Una vez María fué a casa de su abuela y se la encontró en el sillón, con la cabeza reclina-

da en el respaldo y el pañuelo sobre los ojos. Al ver a María, la vieja quiso inclinarse para besarla, y no pudo.

—¡Abuelita! —dijo la niña.

—¿Qué?

—¿Estás mala?

—No. Es que tengo sueño.

Al día siguiente, el padre de María no estuvo ni un momento en casa; luego recibió muchas visitas y se puso una corbata negra. A María le dijo que su abuelita había ido a hacer un largo viaje.

María tendría siete años, y no sospechó ninguna otra cosa. Se aburría en casa y preguntaba todos los días a su padre:

—Papá, ¿cuándo viene la abuelita?

—Ya vendrá; no tengas cuidado, ya vendrá.

Pronto notó María que a su padre le molestaba la pregunta, y fué presentándose ante su imaginación la idea, cada vez más clara, de la muerte de su abuelita. Vaciló en preguntárselo a su padre, y al fin, con timidez, le dijo:

—¿Es verdad que la abuelita se ha muerto?

—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Yo lo he comprendido.

—Pues sí, ha muerto.

—¿Y está enterrada?

—Sí.

—¿Como mamá?

—Sí.

—¿Ya me llevarás donde están?

—Bueno.

Repitió la niña la petición, y un día el doctor fué con su hija al camposanto. María puso

unas flores en las tumbas de su madre y de su abuela y pasó el día bien; pero al irse a acostar le acometió un temblor nervioso, de miedo.

La impresión del cementerio le hirió de una manera tan profunda, que hasta le hizo enflaquecer. Afortunadamente, nadie, desde entonces, excitó su imaginación, y, paseando por la Moncloa con la criada y jugando, se tranquilizó prontó.

A los diez años, María ni sabía leer ni había puesto los pies en la iglesia. A ella misma le vino el deseo de aprender, y varias veces se lo expresó a su padre. Enrique Aracil ganaba ya bastante para darse el lujo de una institutriz, y buscó una. Tuvo la suerte de encontrar a miss Douglas, una mujer fea, pero buena y cariñosa, que enseñó a María a leer y a escribir, algunas nociones de Matemáticas y el inglés y el francés perfectamente.

El doctor Aracil la tomó con la condición expresa de que no hablara a la niña de religión; pero miss Douglas, como protestante fanática y catequista, llevó algunas veces a María a una capilla evangélica de la calle de Leganitos, pobre y triste y nada propicia para producir entusiasmos místicos.

El doctor no se trataba con la familia de su mujer; experimentaba por ella antipatía y desdén, sentimientos pagados en la misma moneda por los parientes de María.

Estos consideraban al doctor Aracil como un loco, casi como un monstruo; para Aracil, sus cuñadas y primos, por parte de su mujer,

eran miserables, gente ruin, iglesiera, de mal corazón y de sentimientos viles.

María no conoció a sus tías y primas hasta los catorce o quince años. Era entonces María una muchacha de mediana estatura, más bien baja que alta, de ojos negros, pestañas largas, rostro ovalado y cabello entre rubio y castaño. Tenía una voz un tanto opaca, y, al hablar, un movimiento semimelancólico, semi-impaciente, de mucha gracia.

La primera vez que habló con sus tíos, aleccionada por su padre, le parecieron gente mezquina y de intención aviesa; pero luego fué comprendiendo que su padre había exagerado la pintura.

Sus primitas eran algo tontas, de una ignorancia terrible, pero no esencialmente malas. Lo característico en ellas era la falta de curiosidad por todo. Sus madres tenían la convicción de poseer unos portentos, unas mujercitas perfectamente aptas y educadas, y, sin embargo, estas muchachas vivían desde los trece a catorce años una vida inmoral, subordinando todos sus planes al marido futuro, si llegaba, estudiando las maneras de excitar el sentimiento sexual del hombre, dedicándose a la caza legal del macho, sin pensar que podían tener una vida suya, propia, independiente de la eventualidad del matrimonio.

La perspectiva soñada del marido rico les impedía realizar los actos más sencillos, de miedo a la opinión ajena.

La vida de la mujer española actual es realmente triste. Sin sensualidad y sin romanticis-

mo, con la religión convertida en costumbre, perdida también la idea de la eternidad del amor, no le queda a la española sostén espiritual alguno. Así tiene que ser y es en la familia un elemento deprimente, instigador de debilidades y anulador de la energía y de la dignidad del hombre. Vivir a la defensiva y representar es todo su plan.

Cierto que las demás mujeres europeas no tienen un sentimiento religioso exaltado ni un gran romanticismo; pero con mayor sensualidad que las españolas y en un ambiente no tan crudo como el nuestro, pueden llegar a vivir con una sombra de ilusión, disfrazando sus instintos y dándoles apariencia de algo poético y puro.

María no participaba de estas ideas acerca de las mujeres; por el contrario, y con relación a ella, tenía fe en su vida y creía que no podía ser estéril y obscura, sino fértil y luminosa.

En aquel medio familiar, sobre todo entre las personas de alguna edad, María disonaba y experimentaba claramente la impresión de su desacuerdo con los demás. Todo lo que a los otros les parecía vituperable, ella lo encontraba digno de elogio, y al revés.

Luego veía siempre el entusiasmo por lo más vulgar, lo más pesado y estúpido, y el odio por la idea graciosa o el sentimiento un poco sincero.

La gracia amable sonaba allí como una chocarrería o una impertinencia, y si por casualidad brotaba alguna vez, todos, con apresuramiento, tíos, tías, primos y demás parien-

tes y amigos, se esforzaban en enterrarla a fuerza de paletadas de vulgaridad y de sentido común.

La más simpática de los parientes era la tía Belén, hermana de la madre de María, casada con un empleado de Hacienda. Era esta señora buenaza y amable, sin gran talento ni comprensión, pero con un fondo de buena voluntad para todo. La cuñada de Belén, en cambio, la tía Carolina, era un basilisco. A mala intención no le ganaba nadie. Solterona, flaca, seca, de color cetrino, tenía la actitud fiera y el gesto desdeñoso.

Su alma era también seca como un cardo; no había en ella la más ligera benevolencia para nada ni para nadie; con todos se sentía implacable; odiaba a su hermano, a su cuñada, a sus sobrinos; inventaba desdenes u ofensas por el gusto de insultar y de mortificar. En la Zoología andaba, seguramente, cerca del ofidio. No le faltaba mas que el cascabel para pertenecer a la cofradía de las apreciables serpientes de este nombre.

Se decía que, enamorada de un hombre, su amor no correspondido le había agriado el carácter; pero esto era imposible de creer, porque aquella dama había sido agria desde el nacimiento.

La suposición de que la tía Carolina hubiese estado enamorada, sólo la podían hacer esas gentes que confunden el amor con las inflamaciones del hígado.

María, desde el primer momento, comprendió que su tía Carolina embestía, y la trató como

a un toro furioso, y le daba cada capotazo que la desconcertaba.

Con sus primas, María llegó a simpatizar. Al principio creyó en su bondad y en su afecto, pero vió pronto lo superficial de sus ofrecimientos y protestas de amistad. En el fondo, las hijas de la tía Belén no la querían. Verdad es que odiaban a todas la mujeres. Decían de ella: «Sí; María es muy lista, muy elegante, no se puede negar; pero ¡tiene unas ideas tan raras!» Y en esto había ya como un intento de exclusión para su pequeña vida social.

Para aquellas muchachas, todo lo que no fuera esperar en el balcón al tenientito o al abogadito socio del Ateneo, tomaba el carácter de una extravagancia.

El sentimiento de la categoría social, unido al del pecado, enfermaba a estas mujeres el alma. Luego, el casuísmo de la educación católica les había infundido una hipocresía sutil: la idea de hallarse legitimado todo, con tal de llegar en buenas condiciones económicas a la prostitución legal del matrimonio. El hábito del disimulo y de la mentira, y el ir de cuando en cuando a jabonar en el confesonario sus pequeñas roñas espirituales, en compañía de un gañán moreno, de mirada intensa y barba azulada, les iba pudriendo lentamente el alma.

Para completarse y hacerse más desagradable, el poco ingenio que tenían estas niñas lo empleaban en decir chistes o en defenderse de los chistes. Para ellas todo el mundo era un guasón, y parecían creer que los hombres y las

mujeres, al hablarse, no tenían más objeto que reírse unos de otros.

María, en medio de aquel ambiente infeccioso, intentaba luchar con otras armas, vivir con otras ideas, crearse una vida para ella sola, y esto lo comprendían sus primas y lo consideraban como una ofensa.

Veían también que una personalidad más fuerte atraía a la gente, y formaban ellas y sus amigas pequeñas conspiraciones para aislar y excluír a María.

A pesar de estos intentos de exclusión, la hija del doctor se desenvolvió fácilmente en el círculo de sus amistades, aprendió a bailar y a hablar en tono ligero e insubstancial, y ocultó con cuidado sus aficiones y sus gustos poco vulgares.

No le costaba ningún trabajo el aparentar una frivolidad que no sentía; al revés, la tomaba con una facilidad extremada. Para sentirse un poco seria, necesitaba estar en su casa, sola; si no, el ambiente la hacía ligera, inconstante y olvidadiza.

María Aracil se vió galanteada por jóvenes que le parecieron de una petulancia y de una vanidad ridículas, jóvenes irónicos, que no creían en nada mas que en sí mismos. María pensó que ninguno de ellos era de naturaleza tan preciosa para que valiese la pena de guardarlo cuidadosamente, y casarse con el escogido al cabo de algunos años.

Entonces, las primas y sus amigas dijeron:

—María tiene mucha cabeza, pero muy poco corazón.

Y un joven ateneísta añadió:

—Es una muñeca sin alma.

Para aquellos jóvenes irónicos y d'annunzianos, no entusiasmarse con sus gracias era no tener alma.

María quería llegar a vivir independiente, para ella, sin hacer alarde de su independencia; al revés, ocultándola como un defecto. Este sentimiento, poco común entre nuestras mujeres, procedía últimamente de un factor de gran importancia: la intimidad del hogar. María tenía un hogar y no tenía familia. El hogar es la quintaesencia del individualismo; en cambio, la familia es algo que está más bien fuera que dentro del individuo, algo que determina la clase social. El hogar no es aristócrata, ni burgués, ni obrero; la familia es todo esto y más aún; el hogar aisla, la familia relaciona. En España, la mayoría de la gente tiene familia, pero no tiene hogar.

María, viviendo aislada, se sentía, necesariamente, un poco puritana. La hipocresía, la afectación le indignaban; le molestaba oír esas conversaciones de amigas en donde todas las palabras suenan a una maldad. El ser sincera consigo misma primero, y después lo más sincera posible con los demás, constituía para ella un deber, una regla de conducta.

Aspiraba a ver las cosas próximas tales como eran, sin dejar por eso de ser una muchacha, sin terminar en orgullosa, satírica ni pedante, ni aspirar tampoco a catalogarse entre el ilustre grupo de esas mujeronas literatas, intelectuales, con sentimientos de cocinera, que honran las letras españolas.

Comprendía que sus primas y sus amigas, por instinto, con el fin de desembarazarse de ella, la impulsaban a que tomara en la vida una posición falsa, a hacerse marisabidilla; pero María sabía defenderse y hablar con la gente con una ligereza extraordinaria y demostrar que no tenía ni conocimientos ni gustos superiores a la generalidad.

Veía, al contrastarse con las demás muchachas, que las ideas de su padre, ideas de hombre, le habían hecho un ser de excepción.

Se acentuaban sus diferencias con las lecturas. En casa tomaba libros de la biblioteca del doctor, y los leía, sobre todo los de viajes. Leyó desde Heródoto hasta Nansen, y estas lecturas serenas, unidas a su falta absoluta de ideas religiosas, le permitieron poder pasear la mirada por encima de las doctrinas y de los hechos sin turbación alguna.

No llegó a formarse una concepción clara y definitiva, no ya del mundo, ni aun de su vida tampoco; pero consiguió no tener ni sombra de ese sentimiento malsano del pecado, herencia de una humanidad histérica y enfermiza.

La idea del pecado es una de las ideas más absurdas y más petulantes de las religiones. A primera vista, esta invención, que supone al hombre libre en absoluto, parece completamente austera; pero en el fondo no lo es, sino todo lo contrario.

El pecado es como la cáscara del placer: es el antifaz negro que vela el rostro del vicio y le da más promesas de voluptuosidad. Es, en último término, un excitante.

Un escritor, creo que Stendhal, cuenta que una princesa italiana del siglo XVII, al tomar un helado, una tarde sofocante de verano, decía:

«¡Qué lástima que esto no sea pecado!»

En el fondo, la frase es infantil, porque, o la princesa no creía gran cosa en el castigo del pecado, o suponía muy fácil el lavarlo con la confesión, o decía la frase por decirla. Seguramente, no hubiera dicho la princesa:

«¡Qué lástima que este helado no sea un veneno!» Porque entonces el peligro era real e inmediato. Con el fondo negro de la perversidad y del pecado, las tonterías humanas toman grandes perspectivas, y el hombre es, principalmente, un animal aparatoso y petulante.

Sin las sombras de la perversidad, ¿qué queda de don Juan? Con un poco de deshonor, de lágrimas y de infierno, don Juan se destaca como un monstruo; pero se suprime todo eso, desaparece el dilettantismo de la fechoría, de la deshonra y del demonio, lo malo se convierte en anómalo, y don Juan queda reducido a un hombre de buen apetito. En una sociedad en donde reinara el amor libre, el famoso burlador sería un benemérito de la patria, y el jefe del Estado le daría una palmadita en el hombro y le diría:

«Treinta años y cuarenta hijos. ¡Bravo, don Juan», y le pondría una corona de laurel, en premio a su civismo.

A María, a causa de su educación, no le preocupaba la idea del pecado; cuando comprendía que había obrado mal, lo sentía; pero no

daba significación trascendente a sus equivocaciones o a sus ligerezas.

En ella pesaba mucho un sentimiento de limpieza moral; alguna vez que comenzó a leer novelas de tendencia libre o erótica, al darse cuenta de ello, las dejó sin curiosidad.

Durante mucho tiempo estuvo arrepentida de haber leído *Crimen y castigo*, de Dostoievski, porque le turbó la conciencia y le produjo ideas turbias y desagradables. Y ella buscaba, sobre todo, sentir el alma limpia y ligera.

II

EL HOMBRE BAJO LA MÁSCARA

María Aracil sintió desde niña un gran amor por su padre, aumentado luego con los años. El doctor Aracil se sentía orgulloso de su hija, viéndola tan bonita, tan fina, tan inteligente, y a María le halagaba también sobremanera ver a su padre joven aún, buen mozo, con una fama de médico inteligentísimo y de hombre extraordinariamente original.

María no podía juzgar a su padre con frialdad: viéndole a través de su cariño, le parecía un tipo de excepción, un ser superior y magnífico, sin el menor defecto ni mácula.

En realidad, el doctor presentaba todos los caracteres de un hombre de lujo, más superficial que hondo, más ingenioso que original y más cuco que sincero. Aracil no era capaz de experimentar grandes afecciones, ni de sacrificarse por nada ni por nadie; en cambio, sacrificaba a cualquiera por presentarse ante los demás en una postura gallarda o por colocar a tiempo una frase feliz.

Sentía el buen doctor una egolatría fundamental, de esas tan generales entre los cómicos, los profesores, los cantantes, los literatos y demás gente de perversa índole. Si su egolatría no se notaba en él en seguida, consistía en que era bastante listo para disimularla.

En su tertulia del café Suizo, formada en su mayor parte de médicos, era donde Aracil peroraba y lanzaba sus paradojas y sus frases brillantes.

Siempre estaba ideando algo, no con el fin de realizarlo, sino con el propósito de asombrar a la gente.

Oyéndole, y fijándose en sus frases, se notaba que tenía un repertorio de ingeniosidades, de salidas, de comparaciones, con el cual deslumbraba a sus interlocutores.

Tomaba una idea cerrada en una frase y la cambiaba mudando caprichosamente una de las palabras. Como lo mismo le daba asegurar blanco que negro, y no le importaba contradecirse, le era fácil el retorcimiento de la idea. El cambio le sugería otra frase, y así hacía marchar una tras otra, con travesura e ingenio; pero sus frases no terminaban en algo que pareciera una conclusión, sino que danzaban de aquí para allí, siguiendo un rumbo caprichoso, que muchas veces dependía del sonido o de la consonancia de un vocablo. Hay muchas personas que al decir una palabra recuerdan vagamente el objeto que representa: al oír decir libro, piensan en un libro en rústica o encuadernado; al oír decir casa, se la figuran grande o pequeña, con balcones o con ventanas, con

tejado o sin él; pero otros muchos, y en general los oradores y los poetas, y más si son españoles, al decir una palabra no recuerdan ni la idea, ni el objeto que representa, lo que les permite el discurso brillante y el juego del vocablo.

La facundia proviene casi siempre de esta condición. En la cabeza del orador fácil, las ideas no brotan arrastrando las palabras, sino son las palabras las que van sugiriendo las ideas. Esto no es extraño; las palabras son vehículos del pensamiento, y les queda siempre un residuo espiritual. Un loro que repitiera palabras ambiguas llegaría a dar la impresión de un animal inteligente. Un orador que tiene un repertorio mucho más extenso que un loro, puede parecer inteligentísimo.

A Aracil le pasaba esto último; no iba más allá de las palabras.

Analizando los procedimientos de fabricar cosas originales de este médico sofista, se veía que procedían casi siempre de un artificio retórico. Uno de estos artificios estribaba en una antítesis casi mecánica, en una oposición sistemática de un concepto, por el contrario. Se decía delante de él, por ejemplo: «Hay que dar trabajo a los obreros», y él replicaba en seguida: «No; lo que hay que dar es obreros al trabajo». «Hay que europeizar España»; él contestaba: «Hay que españolizar Europa».

El otro procedimiento, también mecánico, de originalidad, usado por Aracil, era devolver la frase al interlocutor, aplicando palabras de ideas materiales a conceptos puramente espiri-

tuales, o al contrario, procedimiento que, a pesar de estar a la altura de cualquiera, no dejaba de producir efecto en los contertulios de Aracil.

Se le decía: «Habría que encontrar un medio de ventilar bien el hospital». Y él replicaba: «Lo primero sería ventilar bien las conciencias». Otro decía: «A los campos españoles les falta, sobre todo, abono químico». «Más abono químico les falta a nuestras almas, que están siempre en barbecho».

Este procedimiento lo había visto empleado Aracil, con éxito, por un catedrático de Medicina, de San Carlos; un señor a quien los papanatas de la Facultad tenían por un genio, porque, además de llevar melenas y de tocar el violín en el retrete, había tenido el desparpajo de construír, en pleno siglo XIX, un sistema médico sobre la sólida base de unas cuantas frases, de unos cuantos chistes y de unas cuantas fórmulas matemáticas, aplicadas sin ton ni son, a los fenómenos de la vida.

Aracil, a veces, se sentía modesto y reconocía que no tenía sistema filosófico alguno; pero entonces aseguraba que no eran los hombres de ideas los que quedan, sino los hombres de frases.

—La cuestión es tener acierto —decía—; calificar al hombre superior de superhombre, se le ocurre a cualquiera; llamar a un hombre degradado ex hombre, como ha hecho Gorki, está a la altura de un ateneísta de capital de provincia; sin embargo, una invención de ésas, blandiéndola en el aire como una lanza,

hace conocido a un autor y le puede dar celebridad.

Aracil, además de creerse original, se jactaba de ser inoportuno; uno de los procedimientos más empleados por él, en la discusión, era el de cortar la frase a su contradictor para explicar la etimología griega o sánscrita de una palabra, cuyo significado usual y corriente estaba al alcance de todo el mundo. La mayoría de las veces, estas inoportunidades no le traían consecuencias; pero a veces caía con personas de malhumor, que no se contentaban con servir de trampolín para ejercicios acrobáticos, y tenía que oír el ser motejado de farsante y de botarate.

La profesión médica daba un poco de mundanidad y mitigaba la suficiencia de Aracil. Si en vez de médico hubiera sido profesor, su nombre hubiera alternado con el de los más ilustres pedantes de facultad que brillan fácilmente en nuestra Beocia española.

A pesar de alguno que otro ligero tropiezo, la fama de Aracil aumentaba. Esa clase de talento brillante, que ha encumbrado en España y dado nombradía de geniales y de profundos a muchos hombres de talco, la poseía Aracil en grado sumo, y, como casi todos los hombres ingeniosos, creía en la eficacia de sus juegos de palabras, que para él constituían movimientos hondos de ideas.

Aracil era un anarquista; pero un anarquista retórico, un anarquista de forma; no tenía esa tendencia apostólica, ese entusiasmo por la vida nueva que han encarnado

tan bien algunos escritores rusos y escandinavos.

Su anarquismo era esencialmente antiformular; le indignaba el absurdo de las fórmulas sancionadas; pero no le hería, en cambio, un gran absurdo científico ni una gran aberración moral. Si alguien le llamaba «mi distinguido amigo», le molestaba; el poner al final de una carta: «su seguro servidor que besa su mano», le parecía una violencia intolerable; todas esas fórmulas sin valor, aceptadas por comodidad y por rutina, le ofendían y exacerbaban su humor cáustico; en cambio, para que un gran crimen o una enormidad social le sublevase, tenía que pesar el pro y el contra, y, aun así, le costaba decidirse.

Toda la intuición de Aracil se cebaba en la fórmula; todas sus observaciones terminaban en una frase brillante, con su preparada sorpresa al final.

Moralmente, el doctor era poco apreciable; tenía una semisinceridad candorosa, que constituía, como todas las semisinceridades, forma acabada y perfecta de la perfidia.

Algunos amigos entusiastas le reprochaban que perdiese su tiempo en el café, y él, en vez de confesar la verdad y decir que se entretenía en la tertulia, contestaba: «La mesa del café es un campo de experimentación; lanzo allí mis ideas y las veo ir y venir, y las voy contrastando»; y añadía, con petulancia: «Mis amigos son los conejillos de Indias, que yo utilizo para la vivisección espiritual».

Aracil tenía dos tertulias: una en la botica de

un amigo y condiscípulo del doctorado, llamado don Jesús, y la otra la del café Suizo. En las dos, Aracil llevaba la voz cantante, pero los de la botica eran más entusiastas aún.

Había allí contertulios que creían de buena fe que para salvar a España había que «aracilearla».

El doctor, en el momento de decir una cosa, la creía, aunque estuviese en contradicción con sus costumbres y con su vida. Así, lanzaba anatemas contra los que juegan a cartas, y daba como suya la frase del espiritual filósofo, que dice que los jugadores, no teniendo ideas que cambiar, cambian pedazos de cartuliua; sin embargo, él jugaba al tresillo; decía a todo el que le quería oír que los libros de Medicina franceses eran malos, y él no leía otros; hablaba con sarcasmo de los que se dejan guiar por la última moda en ciencia, y él hacía lo mismo. El plan de Aracil era despistar, quitar de su alrededor lo vulgar y lo chabacano, para dar a su figura mayor relieve. Cierto que todos, en grande o en pequeño, somos cómplices, con nosotros mismos, de una farsa parecida, y queremos aparecer ante los demás con un color más brillante que aquel que tenemos en realidad; pero este pensamiento en unos es transitorio, de ocasión, y en otros integra la vida entera, como en Aracil. Algunas veces nuestro médico, influído por la gran idea que los demás tenían de él, había sabido estar enérgico y decidido.

El dandismo del doctor no se concretaba a

las ideas y a los sentimientos, sino que se traslucía también en la figura y en el traje. Aracil gastaba un poco de melena, llevaba la barba larga y puntiaguda; los quevedos, de concha, con la cinta gruesa; el sombrero, de copa, con el ala más plana que de ordinario, y levita. No usaba nunca gabán. Este detalle, al parecer sin importancia, le había dado más clientela que todos sus estudios. No le faltaba al doctor mas que un poco de estatura. Con dos o tres dedos sobre su talla, hubiera sido uno de los médicos de mayor clientela de Madrid.

Los dos amigos íntimos del doctor Aracil eran un antiguo condiscípulo, llamado Iturrioz, y un aristócrata cliente suyo, el marqués de Sendilla.

El doctor Iturrioz tenía, próximamente, la misma edad que el padre de María, pero representaba muchísimos más años que él; estaba completamente calvo y tenía la cara surcada por profundas arrugas. Era un tipo de hombre primitivo: el cráneo ancho y prominente, las cejas ásperas y cerdosas, los ojos grises, el bigote largo, lacio y caído, la mirada baja y la barba hundida en el pecho. El doctor Iturrioz había sido médico militar, y vivido durante mucho tiempo, como decía él, en línea, hasta que las enfermedades le habían hecho retirarse. Hombre insociable, de un humor taciturno, vivía en casas de huéspedes raras, de barrios bajos, y se aburría pronto de una y se marchaba a otra. Contaba historias picarescas de curas, de estudiantes, de empleados, con un tono entre irónico y furibundo, y sentía, de

cuando en cuando, alegrías estrepitosas de hombre jovial. Al oírle, cualquiera hubiese dicho que era chanchullero y mala persona, y, sin embargo, era un hombre íntegro, de vida pura, aunque de palabra cínica. El doctor se había formado un tipo de hidalgo rudo, claro, sincero, poco sensible, y a veces creía de buena fe ser él la encarnación de ese tipo de español legendario; pero su impasibilidad se fundía al calor de unas ráfagas de sentimentalismo, que le indignaban. Tenía Iturrioz un entusiasmo ideal por la violencia. Se mostraba con los desconocidos áspero y brusco, y le gustaba contar horrores de la guerra, de las dos campañas en donde había tomado parte, miserias de los hospitales, para poder convencer a todo el mundo que era el hombre antisentimental por excelencia.

María le recordaba a Iturrioz desde niña, siempre sentado a la lumbre, azotando con las tenazas el fuego, con un aspecto de ogro, un poco extraño y loco. Ella le conocía muy bien y sabía a qué atenerse respecto a sus violencias de expresión.

Iturrioz sentía una mezcla de cariño y de desprecio por Aracil, y éste experimentaba, a su vez, un sentimiento también mixto de estimación y de miedo por su amigo. La huraña probidad de éste le espantaba.

El aristócrata cliente de Aracil, el marqués de Sendilla, era un *snob* de esos que gastamos en Madrid y Barcelona, que visten siempre sus ideas y sus gustos a la moda de hace quince años. El marqués quería ser europeo, anglosa-

jón; pero siempre era un anglosajón atrasado. Se enteraba de todo tarde; era su desgracia. Se entusiasmaba con las novelas de Paúl Bourget, cuando ya todo el mundo las consideraba un poco cursis, y tenía el talento de tomar las ideas y las modas cuando iban a marchitarse y a ser olvidadas.

Era partidario de los muebles modernos, y, llevado por sus gustos, había convertido su antigua casa solariega en una barraca llena de mamarrachos y de objetos de bazar.

III

EL PRIMO BENEDICTO

En casa de sus tíos conoció una tarde María Aracil a un pariente suyo, primo carnal de su madre, que acababa de quedar viudo, con cuatro niñas pequeñas.

El primo Venancio venía de una capital de provincia, donde había pasado bastantes años.

Al parecer, era una notabilidad en Geología, y lo llamaban para destinarle a los trabajos del mapa geológico.

El primo Venancio era hombre de unos treinta y cinco a treinta y seis años, de mediana estatura, barba rubia y anteojos de oro. Tenía la frente ancha, la mirada cándida, vestía un tanto descuidadamente, y en sus dedos se notaban ennegrecimientos y quemaduras, producidos por los ácidos.

Las cuatro niñas del primo Venancio, Maruja, Lola, Carmencita y Paulita, eran muy bonitas; las cuatro casi iguales, con los ojos negros, muy brillantes, los labios gruesos y la nariz redondita.

Al conocerlas, María sintió por ellas un gran afecto, y las niñas, al ver a su prima, experimentaron uno de esos entusiasmos vehementes de los primeros años.

—Ya nos veremos, ¿verdad? —dijo el primo Venancio a su sobrina, al despedirse.

—Sí —le contestó María.

—Ya les diré dónde voy a vivir.

Venancio estuvo dos veces en casa del doctor Aracil, y María comenzó a visitar con frecuencia a su primo.

Alquiló éste una casa cuya parte de atrás daba al paseo de Rosales; habilitó y dispuso, para vivir constantemente en ellos, los dos cuartos más grandes y soleados; en uno arregló su gabinete de trabajo y en el otro el de las niñas.

Puso su despacho sin pretensiones de lujo; sobre estantes de pino, sin pintar, colocó piedras, fósiles, calaveras de animales, gradillas con tubos de ensayo; en las paredes fué clavando fotografías de minas, planos geológicos, lámparas de minero de nuevos sistemas, anuncios de cables, de vagonetas, de sondas para perforar, de máquinas para triturar piedras. Venancio era entusiasta de su profesión y le gustaba rodearse de objetos y de estampas que le recordasen de continuo sus aficiones científicas.

Pasados los primeros días, en que el ingeniero recibió algunas visitas de parientes y amigos, no fué nadie por su casa. Cuando María encontró este oasis tranquilo, comenzó a acudir a él y a cultivar el trato de su pariente. El

primo Venancio era hombre bondadoso e ingenuo. Sus estudios y las lecciones que daba a sus hijas le ocupaban el día entero. Venancio era un excursionista terrible; había subido a todos los montes de España, y se había bañado en las lagunas de Sierra Nevada, de Peñalara, de Gredos y del Urbión. Venancio se ocupaba casi exclusivamente de cuestiones científicas; lo demás le interesaba poco; la literatura le parecía una cosa perjudicial, y, en su biblioteca, las únicas obras literarias que figuraban eran las novelas de Julio Verne.

—¿No las has leído? —le dijo una vez a María, a quien ya tuteaba, por razón del parentesco—. No tienen gran valor científico, ¿sabes?, pero están bien.

María se llevó las novelas de Julio Verne a su casa; la entretuvieron bastante, y, además, le hizo mucha gracia encontrar cierto parecido entre los tipos de sabios de estas novelas y su primo Venancio. Desde entonces comenzó a llamarle, en broma, el *primo Benedicto*, recordando un tipo caricaturesco de la novela *Un capitán de quince años.*

Se acostumbró a llamarle así, y algunas veces se lo decía a él mismo, sin notarlo.

María y el *primo Benedicto* se entendían muy bien.

Muchas tardes de otoño y de invierno iba ella a casa de su primo, y con él y con sus niñas marchaba al paseo de Rosales. Se sentaban allá; las niñas jugaban; Venancio y María daban a la comba, y venían otras chicas y hablaban todas y corrían por aquellas cuestas.

El *primo Benedicto* no dejaba de ser un guason, a su manera. Un domingo fueron a Cercedilla, Venancio con sus hijas, la tía Belén con las suyas y María. Iban subiendo el pinar para comer en lo alto; Venancio marchaba con su traje de franela, su sombrero de alpinista y la botella de aluminio en el cinto. En uno de los altos de la marcha, volviéndose a María, ingenuamente, le dijo:

—Esto es bastante tartarinesco, ¿verdad?

A María le dió tal risa, que tuvo que pararse para reír.

Venancio sonrió; sus observaciones plácidas tenían el privilegio de regocijar a María.

Era el primo un hombre sincero, que llevaba a la práctica lo que pensaba. Estaba dando a sus hijas una educación natural, aunque en Madrid pareciese absurda. Los juguetes de sus niñas eran las brújulas, las lámparas de minero, la cinta, las piritas de cobre cuadradas y brillantes.

—Todas estas saben ya algo de Mineralogía —le dijo una vez Venancio a María—. Pregúntales por cualquier piedra de las que hay aquí.

Cogió María un mineral con cristales cúbicos, de color gris.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Galena con láminas de plata —dijeron las tres chicas mayores.

El padre hizo un ademán afirmativo.

—¿Y esto otro amarillo?

—Blenda.

—¿Y estos cuadraditos dorados?

—Calcopirita.

—¿Y esto amarillo, de color de canario?

—Oropimente.

—Es veneno —añadió Maruja, la mayor—, porque tiene arsénico, y echa olor a ajo si se quema.

María se echó a reír.

—Pero ¡son unas sabias estas chicas! ¿Y estas piedrecitas azules? —siguió preguntando.

—Lapislázuli.

—¿Y estos cuadrados?

—Espato fluor.

—Ya es saber demasiado.

María llegó a tomar afición a aquellos minerales y aparatos de ingeniería, y, bajo la dirección de Venancio, comenzó a estudiar Química y la marcha general de análisis.

Como era muy atenta y estudiosa, en poco tiempo llegó a saber manejar los aparatos, los ácidos, el soplete, los tubos de ensayo, y consiguió analizar bien.

Su padre le aseguró que si arreglaba un pequeño laboratorio tendría trabajo.

IV

AMISTAD

No existía buen acuerdo entre el *primo Benedicto* y el doctor Aracil. La familia de Venancio no había visto con buenos ojos el matrimonio del doctor con la madre de María, porque, al parecer, Enrique Aracil, antes de casarse, y después de casarse también, tuvo sus veleidades de don Juan. María notó que existía un marcado antagonismo entre su padre y Venancio.

—Es un topo —decía Aracil—. De estos hombres que sirven para las cosas pequeñas y que no pueden llegar nunca a las ideas generales.

Las ideas generales constituían el caballo de batalla de Aracil. En el fondo, las ideas generales no eran para el doctor mas que las ideas de moda, aderezadas con unas cuantas ingeniosidades y chistes.

Venancio no iba a la zaga en criticar a los hombres de las ideas generales, y una vez, refiriéndose a un médico orador, dijo:

—Los hombres brillantes son la plaga de España. Mientras aquí haya hombres brillantes, no se hará nada de provecho.

María fué evidenciando la hostilidad, al principio latente, entre su padre y Venancio, y la achacó a divergencias de temperamento. Pensaba que el ingeniero sentía también algunos vagos celos de los triunfos de su padre. Sin embargo, le costaba trabajo atribuír una mala pasión a Venancio, porque, a medida que le trataba, veía en él más claramente un carácter limpio de intenciones tortuosas y de envidias. Venancio alababa con entusiasmo a los compañeros que llegaban a conseguir lo que él pretendía, y los alababa sin resquemor, con una buena fe extraordinaria. Para él la ciencia era como una gran torre hacia lo ignorado, que había que agrandar y completar, y casi le parecía lo mismo que la completara y agrandara un hombre u otro.

Aracil, con un criterio diametralmente opuesto, consideraba la Ciencia, el Arte o la Política como campos donde poner de manifiesto y destacar la personalidad, y estimaba el *summum* de la vida de un escritor, de un hombre de ciencia o de un artista el que el conjunto de las letras de su nombre se escribiera cien, dos cientos, quinientos años después de muerto.

En algunas cuestiones, Aracil y Venancio coincidían; pero era más una coincidencia superficial que otra cosa. Ambos sentían el mismo apartamiento por la vieja moral sancionada; pero, en Aracil, su protesta le servía como

motivo de charla, y en Venancio era una convicción que llevaba a la vida.

Aracil no se había preocupado nunca seriamente de las ideas de su hija; en el fondo, creía, como buen meridional, que las ideas de una mujer no valen la pena de ser tomadas en serio.

En cambio Venancio, en el caso concreto de sus hijas, quería desenvolver la personalidad de las niñas, buscando la manera de armonizarla con el medio.

El hombre, según él, debía poner la vida entera en educar a sus hijos. Siguiendo su teoría, Venancio estaba a todas horas ocupadísimo.

—Siempre se habla a los hijos de los deberes que tienen para con los padres —decía él—. A quienes hay que hablar es a los padres de los deberes que tienen para con sus hijos.

Y esto, sin ser una gran novedad, era ciertísimo.

Venancio no quería llevar al colegio a sus chicas.

—Entre el miedo al diablo, el hacer trabajar la inteligencia sobre el vacío de estúpidas abstracciones y la falta de ejercicio, los colegios españoles estropean la raza. No dan mas que dos productos, y los dos malos: la mujercita histérica, mística o desquiciada, o la mujerona gorda y bestial.

María no aceptaba siempre las ideas de Venancio, y solían discutir. Fuera de las cuestiones filosóficas y literarias, de las cuales el ingeniero tenía un concepto demasiado sumario, en lo demás era un enciclopedista; una

flor, una llave de luz eléctrica, un charco, una nube, un trozo de piedra, le servía de motivo para una larga y entretenida disertación científica.

María muchas veces le contradecía por oírle. Al principio de conocerle, sintió por el primo Venancio un afecto mezclado de efusión y de ironía.

El ver que el ingeniero la consideraba, no como una niña ni como una señorita impertinente, sino como una persona mayor, a quien se podían consultar los asuntos más graves y serios, daba a María una impresión de simpatía y de risa. Luego se fué acostumbrando a este trato de seriedad, y experimentó una sensación de paz al hablar y discutir con su primo.

Venancio poseía una gran calma y ecuanimidad; en caso de duda, siempre se inclinaba en un sentido conciliador. Muchas veces María se rebelaba contra la opinión sensata de su pariente, y replicaba con viveza alguna frase irónica, por el estilo de las del doctor Aracil; pero cuando le pasaba el pronto, convenía en que, casi siempre, Venancio tenía razón.

Muchas veces satirizaba la flema del ingeniero; pero lo cierto era que, a su lado, sentía un agradable bienestar. En general, con las demás personas, María era un poco burlona; la mayoría de las gentes conocidas le excitaban a mostrarse ingeniosa y aguda. A Venancio no le gustaban las frases chispeantes, que envuelven casi siempre desdén o mala intención, y cuando elogiaba a María, era cuando se mostraba juiciosa y humana.

—Me quiere —pensaba María—; pero me quiere como a una hija mayor.

Alguna vez sentía como un relámpago de coquetería, y, casi sin darse cuenta, llevada por su instinto de mujer, hacía un gesto o dirigía una mirada, que Venancio notaba en seguida, y, entre asombrado y confuso, contemplaba a María, con una gran inquietud en sus ojos castaños, de una mirada tímida y honrada.

—¿Por qué no me dice alguna vez que estoy bien, que soy bonita? —pensaba ella.

Algunos días María se presentó en casa de Venancio con traje nuevo, elegante, ágil y graciosa como un pájaro. En la calle oía elogios a su gallardía, y ella pensaba:

—¡Y él no me va a decir nada!

Y, efectivamente, él no sólo no le decía nada, sino que, al verla tan elegantona, desviaba la vista y le hablaba sin mirarla, como si sus atavíos le produjeran cierta cortedad y turbación.

Siempre que tenía tiempo de sobra, María iba a casa de Venancio y tomaba parte en las lecciones, y, cuando concluían éstas, se llevaba a pasear a las niñas.

María y sus sobrinas conocían todos los grandes y los pequeños encantos del paseo de Rosales.

Entre los grandes encantos de este paseo, podía considerarse como el mayor la vista del Guadarrama, azul en las mañanas de invierno, con su perfil hosco y sus crestas de plata; gris las tardes de sol, y violáceo obscuro al anochecer. La Casa de Campo tenía también perspectivas admirables, con sus cerros cubiertos de

pinos de copa redonda. En otoño, las arboledas de esta posesión real presentaban una gama de colores espléndidos, desde el amarillo ardiente y el rojo cobrizo hasta el verde obscuro de los cipreses. El Manzanares, después de las lluvias otoñales, tomaba apariencias de un río serio, y se le veía brillar desde lo alto de los desmontes y deslizarse por debajo de un puente.

Los pequeños encantos del paseo consistían en ver cómo trabajaban los obreros en el parque del Oeste, en contemplar los estanques próximos a la Moncloa, bordeados de cipreses, y en seguir, con la mirada, los rebaños de cabras diseminados por los barrancos, en busca de la hierba corta nacida entre los escombros. Y aun con éstos no se agotaban los atractivos del paseo, pues quedaba todavía, como recurso, el presenciar los ejercicios musicales de los cornetas y tambores, instalados en los desmontes, y el ver cruzar los trenes, que se alejaban echando humo blanco, que flotaba en el aire como una nubecilla.

Daba la impresión este balcón del paseo de Rosales de esos cuadros antiguos y explicativos en los cuales el pintor trató de sintetizar las actividades de la vida entera. Al mismo tiempo que el tren echando humo, se veía cerca una casuca con un corral en donde los conejos jugaban y las gallinas picoteaban en el estiércol; cerca de los soldados, los golfos husmeaban en los alrededores de la antigua fábrica de porcelana.

El paseo, en algunas ocasiones, se llenaba

de gente, y en los días de fiesta, de santos del rey o de la reina, había para los chicos el espectáculo sensacional de ver disparar las salvas de artillería...

Una noche de verano, muy estrellada, estaban en el despacho Venancio con sus hijas y María. Tenían el balcón abierto, y vieron cruzar el cielo una estrella errática, que dejó un rastro luminoso. Venancio quiso dar la explicación del fenómeno, y tuvo que remontarse hasta el sistema del mundo. Desde la atmósfera de la Tierra, por la que cruzan, incandescentes, los asteroides, pasó a hablar de los demás planetas: de Marte, con sus canales y sus fantásticos avisos enviados a nuestro mundo; de Venus y de Júpiter. Luego habló del Sol, de su tamaño, de la cantidad de fuerza que representa su calor, de las hipótesis que hay para explicar este incendio; después indicó esa estrella de la constelación de Hércules, hacia donde marcha con el Sol todo el sistema planetario; señaló la Osa mayor y menor, la constelación del Dragón, Casiopea, Vega, que dista de la Tierra 42 billones de leguas; Arturo, cuya luz tarda en llegar a nosotros veinticinco años, y, por último, se perdió en conjeturas, hablando de la Vía láctea y del espacio...

María experimentaba como un vértigo al sumergir la mirada en aquel éter desconocido, lleno de mundos ignotos... Las niños se habían dormido; Venancio seguía hablando y María escuchaba y miraba al cielo.

—Y eso, ¿para qué? —preguntó, de pronto, María.

Venancio sonrió.

—Aunque tuviera una razón, un objeto el universo —dijo—, los hombres no lo podríamos comprender.

—¿Y si lo tuviera? —preguntó María, con ansiedad.

—Si lo tuviera, lo tendríamos también nosotros. Estaríamos dentro de una intención divina.

—¿Y si no lo tiene?

Venancio se encogió de hombros.

—Si no lo tiene —agregó María, con viveza— estamos desamparados.

Y al decir esto sintió un escalofrío, del relente de la noche.

—No hay que tener demasiada ambición —dijo Venancio, pensativo.

—Me voy, es muy tarde —saltó diciendo María.

—Te acompañaré.

Salieron, y, sin hablarse, fueron hasta casa de Aracil.

Desde aquel día, el ingeniero tomó a los ojos de María un carácter de sabio misterioso, que vivía trabajando en su laboratorio y observando las estrellas.

Las visitas tan frecuentes de María a casa de su primo no pasaron inadvertidas para sus tías.

—Chica, eso no se puede hacer —le dijo la tía Belén, hablando de esta cuestión.

—¿Por qué no?

—¿Qué va a decir la gente?

—Que diga lo que quiera. ¡A mí qué me importa!

—¡No te importa! ¿No te ha de importar? Yo conozco a Venancio y sé cómo es; pero otra persona puede pensar cualquier cosa mala.

—¡Psch! ¡Que piense!

—Es que esa indiferencia no se puede tener en sociedad. No se puede ser así.

—Pues yo no pienso ser de otra manera. Venancio es mi pariente y mi amigo; me da lecciones de cosas que a mí me sirven.

—Sí, y dicen que, mientrastanto, te hace el amor, que se ha enamorado de ti.

—¡Bah! No diga usted tonterías. Venancio es muy bueno y yo le tengo mucho cariño, y a sus hijas también. Y si la gente quiere creer otra cosa, ¡qué le voy a hacer!, no voy a dejar de ver a las personas que quiero, pensando en lo que dicen las que me tienen sin cuidado.

Este espíritu de independencia fué comentado entre los amigos y parientes de la casa de doña Belén, y el tío Justo, el filósofo de la familia, hombre muy casero, muy ordenado, muy indiferente y egoísta, pero de una gran probidad en las palabras, dijo:

—Yo creo, la verdad, que con el tiempo, todas las mujeres de algún corazón y de alguna inteligencia serán por el estilo de María.

La declaración cayó como una bomba, y la tía Belén afirmó que, aunque fuera verdad, era una impertinencia decirlo delante de sus hijas.

El tío Justo, hombre de gran sentido práctico, sabía poner los puntos sobre las íes, y a su audacia de expresión no arredraba nada. Alababa siempre a María por su deseo de trabajar

y por su espíritu de independencia, pero solía decirle a quemarropa:

—Tu padre es un farsante —y añadía—: El que vale más de toda la familia es Venancio.

María no sentía ningún afecto por este viejo cínico, ni por su franqueza tampoco; porque, fuera de su juicio claro y exacto de las cosas, no tenía nada digno de estimación, y aun su veracidad le servía únicamente para ser lo más desagradable posible.

A consecuencia de estas visitas de María a casa de su primo, se habló de que el ingeniero debía casarse, y un día en que los dos se reunieron en casa de la tía Belén, ésta provocó la conversación del matrimonio de Venancio.

La buena señora creía cumplir una misión providencial preparando matrimonios, y apuró todos sus argumentos para convencer al ingeniero. Él la oía, unas veces afirmando con ella, otras, negando.

—Y a ti, ¿qué te parece? —preguntó Venancio a María—, ¿que me debo casar?

—No —contestó ella—; harías una barbaridad. Además, no vas a encontrar quien quiera cargar con un viudo con cuatro chicas.

Venancio se turbó.

—Pues yo creo que debía casarse —insistió la tía Belén—. Si no, estas niñas, ¿qué van a hacer cuando sean un poco mayores?

—Siempre estarán mejor que una con madrastra —replicó María.

—En fin, no sé —concluyó el ingeniero, pensativo—. Es difícil decidirse. Además, no me querrían. Es indudable.

María comprendió que había ofendido a Venancio, y lo sintió en el alma. Muchas veces pensó después en la manera de enmendar su salida de tono, pero temía echarlo a perder. Sin embargo, veía que su frase había herido a su pariente, y pensar que devolvía con una broma dura y cruel las atenciones que tuvo siempre con ella, le llenaba de tristeza.

V

ANARQUISMO Y RETÓRICA

Un acontecimiento, que tuvo una gran importancia en la vida de Aracil y de su hija, fué una sencilla conferencia que dió el doctor en el Ateneo.

Algunos de sus admiradores de la docta casa le invitaron, con insistencia, a hablar, y Aracil, después de resistir un poco, aceptó y dijo que su trabajo versaría acerca de «El anarquismo como sistema de crítica social».

El doctor recogió sus ideas sobre esta cuestión y escribió algunas cuartillas, y una noche en que fué a visitarle Iturrioz, le leyó su trabajo.

Aracil, que se conocía bastante bien y sabía hasta dónde alcanzaba su decantada originalidad, consideraba a Iturrioz como un receptáculo de originalidades en bruto y como un comprobador de sus ideas. Por esta razón nunca había presentado a su amigo en los sitios que él frecuentaba, y a Iturrioz, que era ingenuo y, como él decía, uno de los defensores de la anti-

literatura y del antihumanismo, no se le podía ocurrir que sus frases toscas las luciera su amigo, un poco mejor aderezadas, como ocurrencias chispeantes.

La tesis que defendió Aracil en su «Memoria» no era nueva ni mucho menos: se reducía a sostener que el anarquismo es la forma actual del análisis y de la crítica, y que los sistemas anarquistas o ácratas conocidos no son, en el fondo, mas que formas caprichosas y sin ningún valor del socialismo utópico.

Según Aracil, en el pensamiento existen siempre ideas y juicios propios, individuales, e ideas y juicios prestados, impuestos, aceptados por inercia espiritual. Las ideas adquiridas o heredadas estaban reconocidas y sancionadas por el temor, por la inutilidad o por la costumbre; las ideas individuales, propias, contrastadas por la razón, nacían de una tendencia analítica; pero, en general, pugnaban contra el ambiente. Estas tendencias analíticas, impulsos de nuevos conocimientos, iban, históricamente, constituyendo la Filosofía, la Crítica y la Ciencia, en último término.

Al descender la tendencia analítica desde la altura de los hombres ilustres a la masa, había creado el anarquismo, llamando así a la crítica pura, no a la arbitraria concepción de la sociedad sin Estado.

«Claro que es natural —leyó Aracil— que el hombre cuyas ideas estén expuestas a una nueva contrastación, varíe sus ideales y hasta modifique la noción central de su pensamiento. Esto carece de importancia en el escritor o en

el filósofo, pero la tiene grande en el político, que debe poseer la habilidad de no dejar traslucir sus desilusiones ni la variación de sus puntos de vista, pues la masa no sigue la evolución de las ideas en un hombre, y atribuye siempre a motivos interesados lo que puede ser sólo producido por motivos intelectuales.»

Aracil siguió leyendo su «Memoria», y, cuando concluyó, mirando a su amigo, dijo:

—¿Qué te parece?

—Bien.

—¿Lo encuentras razonado?

—Sí.

—Pero, bueno, ¿qué objeciones se te ocurren?

—Muchas —y el doctor Iturrioz quedó pensativo, mirando al fuego—. Claro que me parece natural y lógico en toda persona joven, sana y honrada, ser rebelde, inmoral y ateo. ¿No te molesto, María?

—No; por mí, puede usted hablar —dijo María, que bordaba a la luz de la lámpara.

—Sí —murmuró Iturrioz, y sacudió con las tenazas las leñas que ardían en la chimenea—; todo hombre fuerte, inteligente, que conserve sus tejidos cerebrales jugosos, tiene que ser un negador en presencia de la estupidez de las leyes y de las costumbres. Ahora, cuando va viniendo el cansancio y el temor de no poder luchar contra el medio social, estado que probablemente procederá de una atonía, quizá de la esclerosis del sistema nervioso, entonces se va acabando la rebeldía, se acepta la moral, se reconoce la legitimidad de la religión. Esto no

quiere decir mas que laxitud y fatiga. ¿Por qué he transigido yo en la casa de huéspedes donde vivo con un cura imbécil que me molesta todos los días? Por fatiga.

—¿Y tú crees —preguntó Aracil, viendo que el buen ogro de Iturrioz divagaba— que debía sostener en mi «Memoria» francamente la anarquía?

—No; la anarquía es una necedad, una utopía ridícula y humanitaria, indigna de un investigador —contestó Iturrioz—. Un hombre no es un astro en medio de otros astros; cuando un individuo es fuerte, su energía se extravasa e influye en los demás. ¿Es que yo creo imposible la anarquía en el porvenir? ¡Psch!, no sé. La anarquía, o la acracia, o algo parecido a una sociedad casi sin Estado, puede venir algún día, y puede venir de la cultura, de la democracia y de la debilidad. El día que los hombres elevados sean muchos y sus instintos débiles, nadie querrá mandar. Pero si la acracia es posible en un porvenir lejano, no lo es actualmente, y no vale la pena de preocuparse de la vida en lo futuro, sino de la vida actual.

—Y, para la vida actual, ¿tú crees perjudicial el anarquismo?

—Perjudicial, no: al revés. Para mí, la vida española de hoy es como una momia envuelta en vendas, o, mejor quizá, como una de esas figuras de un escaparete de ortopédico, cojas, mancas, llenas de férulas, de vendajes y de aparatos. ¿Qué se puede idear para que la figura se mueva y ande? Yo creo que hay dos

caminos: uno, el mejor, el de la violencia, el de la lucha individual, echando a un lado la vieja moral, la religión, el honor, todas esas preocupaciones que nos han aplastado, reduciendo el Estado a un artificio mecánico, a una policía y a un Código; otro, el de la nivelación de los hombres por el socialismo. Para mí, la moral de España no debía ser otra que la de la excitación del amor propio. Nada de patria, ni de religión, ni de Estado, ni de sacrificio; al español no se le debía hablar mas que a su orgullo y a su envidia. Ese ha hecho más que tú; tú debes hacer más que él.

—Sí; un individualismo salvaje, una concurrencia sin ley —dijo Aracil.

—Es que el individualismo, la concurrencia libre, no quiere decir la desaparición absoluta de la ley y de la disciplina; quiere decir la muerte de una ley para la implantación de otra, la derogación de una ética contraria a los instintos naturales por el reinado de otra ética en armonía con ellos.

—Y ¿cuál es la ética natural, según tú?

—Si yo pudiera darte la fórmula de la ética natural, sería un hombre extraordinario. No, no tengo tanta ambición. Hoy, además, la ética está en un período constituyente; por eso no pretende ser una valoración, sino que se contenta con ser una explicación. Antes, el moralizar tenía dos formas: el elogio y el vituperio; hoy no puede tener mas que una: el análisis. Pero, transitoriamente, yo creo que, para la moral, se puede tomar como norma la vida misma. Debemos decir lógicamente: «Todo lo

que favorece la vida es bueno; todo lo que la dificulta es malo.»

—Es que lo que favorece la vida individual puede perjudicar la vida colectiva, y al contrario —arguyó Aracil.

—Cierto. En esto se separan dos civilizaciones y dos razas: la latina, entusiasta del derecho; la bárbara, entusiasta de la fuerza.

—Y tú eres un bárbaro, amigo Iturrioz.

—En último término, todos somos bárbaros Para mí, el hombre siempre tiene razón en contra de los hombres. La idea del derecho empapa también su raíz en la fuerza. La vida se nutre de violencia y de injusticia, no porque la vida sea mala, sino porque los hombres han soñado con la dulzura y la justicia, sin contrastarlas con la vida; han soñado los lobos que eran corderos, y ¡claro!, todo lo que no sea un sueño de Arcadia les parece malo. Y eso es lo que yo creo que hay que hacer: vivir dentro de la vida natural, dentro de la realidad, por dura que sea; dejar libre la brutalidad nativa del hombre. Si sirve para vigorizar la sociedad, mejor; si no, habrá, por lo menos, mejorado el individuo. Yo creo que hay que levantar, aunque sea sobre ruinas, una oligarquía, una aristocracia individual, nueva, brutal, fuerte, áspera, violenta, que perturbe la sociedad, y que inmediatamente que empiece a decaer sea destrozada. Hay que echar el perro al monte para que se fortifique, aunque se convierta en chacal.

—Eres un salvaje.

—¿Por qué no? En España todos tenemos un gran fondo de salvajismo. Aquí no hay espíri-

tu cívico, social, de humanismo. No lo ha habido nunca.

—Desgraciadamente.

—O afortunadamente. Aquí no hay mas que tres cosas: un patriotismo de Madrid, burocrático y falso; un regionalismo, que es una cursilería; un provincialismo infecto, y luego la barbarie natural de la raza. Esto es lo español. Y no lo comprenden. Estamos aquí empequeñecidos, aminorados, queriendo vivir con las leyes, cuando aquí debemos vivir contra las leyes. Este espíritu legalista ha producido en España una subversión completa de las energías. Así, que en todos los órdenes de la vida triunfa lo mediocre, y lo mediocre se apoya en lo que es más mediocre todavía. Toda nuestra civilización actual ha servido para reducir al español, que antes era valiente y atrevido, y convertirlo en un pobre diablo. Y luego no es sólo la mezquindad de la vida, sino que es también su irrealidad. La vida española no tiene cuerpo, no es nada. Los instintos vegetativos y una serie de impresiones en la retina, esa es toda nuestra existencia, nada más. Somos mejores para figurar en las vitrinas de un museo arqueológico que para luchar; vivimos hechos unos animales domésticos, no fuertes y bien cebados, sino canijos y tristes, con el aire débil y lánguido que tienen los animales cuando se los encierra. Porque hay que ver hasta dónde hemos llegado de pequeñez, de mezquindad, de cursilería. Antes creíamos que los cursis eran los pobres, y no, en España los cursis son los potentados, los aristócratas, los duques,

los escritores, los políticos; lo cursi es el Congreso, las redacciones de los periódicos, los saloncillos de los teatros, el Ateneo, los lunes del Español...; las casas de huéspedes no son mas que pobres, y los que vivimos en ellas unos miserables desdichados. Desde los miembros de la familia real, que por lo virtuosos y económicos más parecen formar parte de una honrada familia de estanqueros, hasta el último empleadillo madrileño, todos los españoles tenemos las trazas de unos conejillos mansos.

—Sí; todo eso está bien. Es posible que sea cierto. Pero consecuencia, consecuencia. Negar es muy fácil. ¿Qué se saca de lo que dices? ¿Qué solución?

—¿Qué es lo que quieres, una solución práctica?

—No; una solución concreta y posible. Porque a una Humanidad decaída, agotada, que no puede vivir mas que a la defensiva, con estimulantes, tirarle todas sus medicinas por el balcón y decirle: «Hay que vivir en el monte, entre la nieve», le parecerá absurdo. «¿Y el frío?», preguntará.

—Que lo resista —exclamó Iturrioz.

—¿Y el calor?

—Que lo resista también.

—Se necesita mucha fe para vivir, espiritualmente, a la intemperie, y a esta gente que se constipa con sacar la cabeza por la ventana, no la convencerás de esto.

—Fe, sí —dijo Iturrioz—. Eso es lo indispensable. Fe en el hombre, fe ciega, fe inquebran-

table. Pero, ¿se puede desarrollar la fe? Yo creo que sí. Engendrada la fe, la vielencia nos libraría del mal.

—También yo creo lo mismo, que se necesita fe. Pero no creo, como tú, que se pueda producir en un momento, sino en años. Pero, ¿es que tenemos prisa? Nada más ridículo que esa idea, que han echado a volar unos cuantos, de que España, como nación, peligra. Ni Inglaterra, ni Francia, ni Alemania intentarían destruír España.

—¡Bah! Claro que no. El peligro de España no es un peligro exterior.

—Es que hay gente que supone que existe un peligro exterior, y no lo hay, ¡qué ha de haber! Y, por lo mismo —siguió diciendo Aracil—, es necesario tomar todo el tiempo indispensable para digerir la época y absorberla y asimilarla y formar un ideal. Estamos rodeados de escombros; hay que ver lo que sirve y lo que no sirve, con calma, sin precipitaciones, que nos podrían llevar a un desastre. Y para esta obra hay que echar a reñir en la calle a todas las ideas, a todos los sistemas, y como base hay que apoyarse en el socialismo, como sistema crítico para la trasmutación de los valores económicos, y en el anarquismo como sistema crítico para la transformación de los valores morales y religiosos. ¿No te parece?

—Sí; me parece una solución lógica, lo cual no quiere decir que sea buena. Yo, en el caso particular de España, tengo alguna fe en el hombre; pero nuestro ambiente es infeccioso, es mefítico. Aunque hubiera aquí una invasión

de raza joven, nueva, no podría resistir lo morboso del ambiente. Allí donde llega esta seudocivilización que se irradia de nuestras ciudades, allí se pudre en seguida todo. La península entera está gangrenada.

—Y, ¿qué dirías del anarquismo activo, del anarquismo de la dinamita?

—Diría que ha perturbado el anarquismo. Sólo la idea destruye; sólo la idea crea. La bomba, como venganza, me parece absurda, y como medio de protesta, también. Si con una bomba se pudiera suprimir el planeta..., entonces sería cosa de pensarlo. Pero matar unas cuantas personas es horribie; porque todo puede ser lícito, menos llevar la muerte en medio de la vida. La vida es la razón suprema de nuestra existencia.

—Sin embargo —exclamó Aracil—, a veces, esos atentados tienen un aire de ejemplaridad.

—¡Claro, como todas las catástrofes!

—Yo, hasta creo que tienen su belleza. Un dinamitero me parece un artista, un escultor, bárbaro y cruel, que modela en carne humana.

—Papá bromea —saltó diciendo María.

—No, no.

—Hay algo de verdad en lo que dice —replicó Iturrioz—; tu padre, María, tiene el virus estético metido en las venas; no en balde procede del Mediterráneo.

Pasaron a otro asunto; pero Aracil no desaprovechó los puntos de vista señalados por su amigo para comentarlos en su «Memoria».

Llegó el día de la conferencia; Aracil se pre-

paró su público y alcanzó un gran éxito. Su mayor habilidad fué mezclar con lo serio notas humorísticas y cómicas; tuvo frases pintorescas para definir gráficamente el modernismo, la pedagogía, el género chico, el automóvil, la filosofía de Nietzsche, la política hidráulica y el baile flamenco, muy celebradas. De ademanes y de accionado estuvo inmejorable; supo subrayar unas cosas y atenuar otras con verdadera maestría.

—Es un cómico este Aracil— exclamó Iturrioz.

—Muy brillante, muy ingenioso —dijo el primo Venancio—, pero sin una afirmación práctica.

La opinión general consideró la conferencia como un éxito; los periódicos le dedicaron más de una columna, y algunas revistas ilustradas publicaron el retrato de Aracil.

María discutió varias veces con su primo acerca de la «Memoria» de su padre. Ella la defendía, como es natural; Venancio consideraba lo dicho por Aracil como una fantasía literaria, como un juego mental divertido. Venancio era enemigo de la política y de las fórmulas teóricas. Un día le dijo a María que, para él, el único propósito serio que podía haber en España era que, desde San Sebastián hasta Cádiz, y desde La Coruña hasta Barcelona, se pudiese ir entre árboles. Todos esos otros sistemas metafísicos y éticos, como el anarquismo, le parecían vueltas a concepciones pedantescas y a paparruchas semejantes al krausismo. En cambio, un ideal concreto, prác-

tico, de un país lleno de árboles, suponía una transformación de la vida, convirtiéndola, de áspera y ruda, en civilizada y humana. Para llegar a esto, pensaba que actualmente en España no había camino; ingresar en cualquier partido constituía una estupidez. Su plan era individualismo y trabajo, plantar árboles y mejorar la tierra.

María, en el fondo, estaba conforme con él, pero le llevaba la contraria por defender a su padre y para oírle.

VI

LOS FARSANTES PELIGROSOS

HAY en un libro viejo, cuyo nombre no recuerdo, un capítulo acerca de la vanidad, a la cual llama el autor: «La hija sin padre en los desvanes del mundo».

En estos desvanes del mundo hay, según el inventor de esta frase, chimeneas de todas formas por donde sale el humo de las cabezas vanidosas y huecas. Hay chimeneas grandes y campanudas, otras estrechas y angostas, y muchas que se comunican con algunos hombres ilustres españoles, cuyo fuego no se ve ni su calor se nota, y que sólo se distinguen por sus humaredas.

En uno de estos desvanes tenía, con seguridad, su chimenea Aracil, y no era de las menos humeantes.

Con motivo de la conferencia del doctor, hubo discusiones en los periódicos avanzados. Un día un joven catalán, llamado Nilo Brull, se presentó en casa de Aracil con unos artículos, escritos en un periódico de Barcelona, en los

cuales se defendía y se comentaba la conferencia del doctor.

Aracil experimentó una gran satisfacción al verse tratado de genio, y no tuvo inconveniente en presentar en todas partes y proteger a Brull, que se encontraba en una situación apurada.

Le dió dinero, le llevó a su casa y le convidó varias veces a comer.

María, desde el principio, sintió una gran antipatía por Brull. Era éste un joven de veintitrés a veinticuatro años, de regular estatura, moreno, con los pómulos salientes y la mirada extraviada. Hablaba con un acento enfático, hueco y estrepitoso, y tenía una inoportunidad y un mal gusto extraordinarios. Lo más desagradable en él era la sonrisa, una sonrisa amarga, que expresaba esa ironía del mediterráneo, sin bondad y sin gracia.

En el fondo, toda su alma estaba hinchada por una vanidad monstruosa; quería llamar la atención de la gente, sorprenderla, pero no con benevolencia ni con simpatía, sino, al revés, mortificándola. Tenía ese sentimiento especial de las mujeres coquetas, de los Tenorios, de los anarquistas y de algunos catedráticos que quieren ser amados por aquellos mismos a quienes tratan de ofender y de molestar. En algunos países en donde la masa es un poco amorfa, como en Alemania y en Rusia, se da el caso de que los hombres que más denigran su país son los más admirados; en España, esto es absolutamente imposible.

María sintió desde el principio una pro-

funda aversión por aquel farsante peligroso, y se manifestó con él indiferente y poco amable.

Brull tenía, como Aracil, cierta originalidad retórica y un ansia por el último libro, la última teoría, el último sistema filosófico, completamente catalana. Una palabra nueva, terminada en ismo, que no la conociera nadie, era para él un regalo de los dioses.

Si, por ejemplo, hablaban de ideas filosóficas, y el uno aseguraba su materialismo y el otro su espiritualismo, saltaba Brull, y exclamaba: «Yo soy partidario del filosofismo.» Y cuando sus interlocutores quedaban un poco asombrados, Brull salía con una explicación pedantesca, disertando acerca de un pensador llamado Filosofoff, de la Laponia o de la Groenlandia —sabido es que la civilización y la filosofía huyen del sol—, que había aparecido hacía un mes y tres días, y demostrado la falsedad de todos los sistemas filosóficos europeos, americanos y hasta de los catalanes.

Brull era anticatalanista furibundo, lo cual no impedía que estuviera hablando continuamente de la psicología de los catalanes, de la manera especial que tienen los catalanes de considerar el mundo, el arte y la vida. Los italianos del Renacimiento no eran nada al lado de los catalanes de ahora; al oírle a Brull, cualquiera hubiese dicho que la preocupación de la Naturaleza, cuando estaba encinta, embarazada con tanto mundo, embrionario, no era saber en qué acabaría su embarazo, si no pensar qué haría con los catalanes.

Al dar tanta importancia a los catalanes, tenía que dársela también, por exclusión y por comparación, a los demás españoles, y así resultaba que, siendo España en conjunto, según Brull, la última palabra del credo, a pedazos, era el cogollo de Europa.

Brull no convencía, pero hacía efecto; tenía el don de lo teatral: su argumentación y su fraseología eran siempre exageradas y brillantes. A un interlocutor sencillo le daba la impresión de un hombre extraordinario.

Toda idea de superioridad individual, regional o étnica halagaba la vanidad de Brull. Contaba una vez a Iturrioz, con fruición maliciosa, que uno de sus amigos, separatista, llamaba a España la Nubiana; e Iturrioz, que le escuchaba muy serio, le dijo:

—Eso no tiene mas que el valor de un chiste, y de un chiste malo. Es lo mismo que lo que me decía un profesor vascongado.

—¿Qué decía?

—Decía que en España no se puede hacer mas que esta división: vascos y maketos, y añadía que maketo es sinónimo de gitano.

Brull sintió casi una molestia al oírse llamado por un mote despreciativo. Era el catalán hombre de una susceptibilidad y de una violencia grandes, que se irritaba por las cosas más pequeñas; así, que experimentó una ira feroz al ver a María Aracil que no sólo no se interesaba por él, sino que le huía. Esto a Brull le ofendió profundamente, y le maravilló hasta tal punto, que un día, viéndola sola, le dijo, con su sonrisa amarga de mediterráneo:

—¿Qué tengo yo para que me odie usted de ese modo?

—Yo no le odio a usted.

—Sí, que me odia usted. Tiene usted por mí verdadera aversión.

—No es verdad.

Brull, para tranquilidad de su soberbia, necesitaba suponer en María mejor una aversión profunda que una fría indiferencia.

—¿Es que yo le he hecho a usted algo? —siguió preguntando Brull.

—Sí, está usted arrastrando a mi padre a que haga alguna tontería.

—¡Bah! No tenga usted cuidado —y Brull se echó a reír con su risa antipática—. El doctor no es de los que se sacrifican por la idea.

La risa de Brull hizo enrojecer a María.

—¿Y usted, sí? —dijo con desprecio.

—Yo sí —contestó él con una violencia brutal.

—Pues peor para usted —contestó María, asustada.

Unas horas después, Brull envió una carta a María. Era una carta petulante, con alardes inoportunos de sinceridad. Decía en ella que él no había querido a ninguna mujer, porque consideraba a las españolas dignas de ser esclavas; pero si ella quería hacer un ensayo con él, para ver si sus dos inteligencias se comprendían, él no tenía inconveniente alguno. De paso, en la carta citaba una porción de nombres alemanes y rusos que María supuso serían de filósofos.

María, que no hubiese sido cruel con otro

cualquiera, pensando en que Brull se había reído de su padre, le devolvió la carta, pidiéndole, de paso, que no le volviera a escribir, porque no le entendía.

Brull debió de manifestar al doctor la aversión que le demostraba María, y Aracil preguntó a su hija:

—¿Por qué le tienes ese odio a Brull?

—Porque es un majadero y un farsante, y, además, malintencionado y peligroso.

—No, no. Es un hombre desgraciado, que no tiene simpatía, pero es un cerebro fuerte. Su historia es muy triste; parece que su madre es una señora rica de Barcelona que tuvo un hijo, fuera del matrimonio, con un militar vicioso y perdido, mientras el esposo de esta señora estaba en Filipinas, y al hijo lo tuvieron en el campo y luego lo educaron en un colegio de Francia. Y ahora los hermanos de Brull son riquísimos, y él vive de una pensión modesta que le dan por debajo de cuerda.

—De manera que se ha hecho anarquista por envidia.

—No, no. Eres injusta con él. Brull es un hombre de ideas. Parece que de niño era aplicado y quería hacerse cura, hasta que supo su origen irregular y leyó un libro con las atrocidades cometidas en Montjuich, y se sintió furibundamente anarquista. Lo primero que dice al que le conoce por primera vez es que él es hijo natural, y asegura que tiene orgullo en esto. Es irritable porque está enfermo. Yo le digo que se cuide, pero no quiere... Y lo que pasa en Madrid, que creo que no ocurrirá en ninguna parte.

—Pues, ¿qué ha pasado.

—Que Brull ha conocido en el café a dos viejecitos que, al oírle contar sus aventuras, le dan algún dinero y le quieren proteger.

—¿Y él no quiere?

—No. Él se ríe de ellos. Pero la verdad es que sólo aquí, en este pueblo débil y misericordioso, se encuentran estos protectores en la calle.

—Vete a saber lo que les pasará a esos viejecitos. Quizá les recuerde Brull algún hijo que hayan perdido.

—¿Quién sabe?

Aracil estimaba mucho a Nilo Brull, y María llegó a creer que le tenía miedo. Un día, el doctor vino por la noche un poco alarmado.

—Esta tarde ese Brull me ha hecho pasar un mal rato —dijo.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Estaba yo a la puerta del Suizo, hablando con Brull, cuando se para delante, en su coche, el marqués de Sendilla. «¿Tiene usted algo que hacer ahora?», me ha dicho. «Nada, hasta las siete.» «Pues suba usted y daremos un paseo.» «Es que estoy con este amigo.» «Pues que suba su amigo también.» Hemos subido y hemos ido a la Casa de Campo. La tarde estaba magnífica. De repente, se cruzan en el camino el rey y su madre en coche, y da la coincidencia de que se paran delante de nosotros, y le veo a Brull, con una mirada extraña, que se lleva la mano al bolsillo del pantalón como buscando algo. ¡He llevado un rato! El marqués no lo ha notado. Hemos seguido adelan-

te, y, a la vuelta, el marqués nos ha dejado en la Puerta del Sol. Al bajar del coche le he dicho a Brull: «¡Ma ha dado usted el gran susto!», y él se ha reído, con esa risa amarga que tiene, y ha dicho: «Yo no soy cazador como él. Respeto la vida de los hombres y la de los conejos.» Pero, ¿qué sé yo? Tenía una expresión rara.

—Lo que debías hacer es no andar más con Brull.

—Sí, sí; es lo que haré. En la Casa de Campo he visto a Isidro, el guarda, el padre de aquella chica que curé en el hospital.

—¡Ah, sí!

—Me ha saludado con gran entusiasmo. Es una buena persona.

—Pues tiene todas las trazas de un bandido.

—Sí, eso es verdad; sin embargo, yo creo que ese hombre haría por mí cualquier sacrificio.

Un día, Brull presentó al doctor Aracil dos compañeros que venían de Barcelona: el señor Suñer, catalán, y una señorita rusa.

El señor Suñer, hombre de unos cincuenta años, de figura apostólica, se creía un lince y era un topo. Quería hacer propaganda libertaria, y todo el que le oía renegaba para siempre del anarquismo. Completamente vulgar y completamente hueco, el señor Suñer se disfrazaba de santón del racionalismo, y los papanatas no notaban su disfraz. Como era rico, el buen señor se daba el gustazo de publicar una pequeña biblioteca, escogiendo, con un criterio

de galápago, lo más ramplón y lo más chirle de cuanto se ha escrito contra la sociedad.

El señor Suñer intentaba demostrar en su conversación que, como crítico de los prejuicios sociales, no tenía rival, y lo único que demostraba era cómo pueden ir juntos, mano a mano, la pedantería con el anarquismo. Hacía este Kant de la Barceloneta los descubrimientos típicos de todo orador de mitin libertario. Generalmente, esos descubrimientos se expresan así: «Parece mentira, compañeros, que haya nadie que vaya a morir por la bandera. Porque, ¿qué es la bandera, compañeros? La bandera es un trapo de color...» El señor Suñer era capaz de estar haciendo descubrimientos de esta clase días enteros, sin parar.

La bandera es un trapo de color, la Biblia es un libro, las armas sirven para herir o matar, etc., etc. El señor Suñer era un pozo de ciencia y de profundidad. La señorita rusa era una judía que iba rodando por el mundo en busca de un nombre que explotar. Esta señorita, fea, vanidosa, petulante, sin inteligencia, tenía aire doctoral, cara de mulato, color de dulce de membrillo y lentes.

Aracil habló con Suñer y con la señorita rusa, y discutieron acerca de la acción directa. La judía decía que, con el tiempo, los anarquistas rusos se darían la mano, por encima del Rhin, con los italianos y los españoles.

El señor Suñer pidió un libro a Aracil para su biblioteca; un libro pequeño, de consejos médicos.

—Esto no le hace a usted solidario con nosotros —dijo Suñer.

—Lo soy. Donde otro vaya iré yo.

Suñer, Brull y la rusa estrecharon con fuerza la mano de Aracil. Era un pacto, un compromiso solemne y teatral, al que no le faltaba mas que música.

—Si esperan que yo haga algo —dijo Aracil, cuando se vió solo y se sintió frío y prudente—, están divertidos.

Al cabo de algún tiempo, María recibió una carta de Brull, fechada en París, una carta larga, inquieta, exasperada y artística. Terminaba diciendo: «Alguna vez oirá usted hablar de mí. ¡Adiós!»

—¡Adiós! —dijo María, y rompió la carta con disgusto. Aquella gana de tomar la vida siempre en trágico le molestaba. Además, creía que Nilo Brull, sobre ser desagradable y antipático, era un farsante.

VII

EL FINAL DE UNA SOCIEDAD ROMÁNTICA

La víspera de la fiesta, por la noche, el doctor Iturrioz fué a casa de Aracil; se sentó en su butaca, paseó la mirada por el cuarto, y, después de hacer la observación, que no olvidaba nunca, de que Aracil y su hija vivían muy bien, pidió a María una copa de coñac.

—¡Ah! ¿Pero puede usted tomar alcohol? —preguntó María, riendo y levantándose para servirle la copa.

—Hoy sí. Hasta el veintiuno de junio. Desde el veintiuno de junio en adelante no tomaré ya alcohólicos hasta el año que viene.

Luego, con la copa en la mano, dijo:

—¿Y qué os parece de este matrimonio? Vamos a ver cosas buenas en España.

—Yo creo que no pasará nada —aseguró Aracil.

—¡Qué sé yo! Hay un dato que a mí me intriga.

—¿Y es? —preguntó María.

—Es, con vuestro perdón, que el urinario

que hay en la calle de la Beneficencia, delante de la capilla protestante, lo van a quitar.

—¿Y eso qué importa? —dijo, riendo, María.

—Mucho. Eso indica que los protestantes empiezan a tener fuerza. Ahora quitan el urinario, mañana quitarán la fe católica. El catolicismo va a marchar mal. ¡Una reina que ha sido protestante! Es grave. La verdad es que los reyes son siempre muy religiosos, pero, cuando les conviene, cambian de religión como de camisa. A nuestra aristocracia, tan católica, no le gusta nada la boda, y doña Dientes debe estar que echa las muelas.

—Eres un fantástico, Iturrioz —murmuró Aracil, que hojeaba un periódico de la noche.

—No; soy un hombre previsor.

—¡Bah!

—Pero vosotros no notáis lo que cambia Madrid. Toda la vieja España se derrumba.

—Yo no veo que se derrumbe nada —replicó María.

—Sí, sí; hay muchas cosas que se derrumban y que no se ven. Tú no sabes, María, cómo era el Madrid que hemos conocido nosotros. Todos eran prestigios. ¿No es verdad, Aracil? Echegaray, Castelar, Cánovas, *Lagartijo*, Calvo, Vico, Mesejo, ¡qué sé yo! Era un pueblo febril, que daba la impresión de un tísico que tiene la ilusión de sentirse fuerte. Y ahora nada, todo está apagado, gris. Se dice que todo es malo..., y es posible que tengan razón.

—Yo no encuentro tanta diferencia —replicó Aracil.

—No digas eso. Madrid, entonces, era un

pueblo raro, distinto a los demás, uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir. Con una quintilla bien hecha se conseguía un empleo para no ir nunca a la oficina. El Estado se sentía paternal con el pícaro, si era listo y alegre. Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, las calles, las tabernas y los colmados estaban llenos; se veían chulos y chulas con espíritu chulesco; había rateros, había conspiradores, había bandidos, había matuteros, se hacían chascarrillos y epigramas en las tertulias, había periodicuchos en donde unos políticos se insultaban y se calumniaba a otros, se daban palizas y, de cuando en cuando, se levantaba el patíbulo en el Campo de Guardias, en donde se celebraba una feria, a la que acudía una porción de gente en calesines. De esto hace veinticinco o veintiséis años, no creas que más. Entonces, los alrededores de la Puerta del Sol estaban llenos de tabernas, de garitos, de rincones, lo que permitía que nuestra plaza central fuera una especie de Corte de los Milagros. En la misma Puerta del Sol se podían contar más de diez casas de juego abiertas toda la noche; en algunas se jugaba a diez céntimos la apuesta. Los políticos eran, principalmente, chistosos. Albareda se jactaba de no entender de política y de hablar caló. ¡Y Romero Robledo! ¿Hay algún hombre ahora como aquél? ¡Qué ha de haber! Don Francisco era un tipo magnífico. Siendo él un hombre honrado, tenía una simpatía por el ladrón completamente ibérica. Pro-

tegía a los bandidos andaluces y tenía en Madrid amistades con los mayores truhanes. Sólo este episodio que os voy a contar retrata la época. Solía dar don Francisco reuniones, a las tres de la mañana, en su despacho del ministerio de la Gobernación, y entre los invitados había desde gente riquísima hasta desharrapados, que se llevaban lo que veían: tinteros, plumas, tijeras, todo. Una vez el ministro vió que habían arramblado con un candelabro de más de un metro de alto. Aquello le pareció excesivo; llamó al portero mayor, le preguntó si sabía quién era el autor de la hazaña, y el portero dijo que uno de los amigos del señor ministro había salido con un bulto enorme debajo de la capa. Entonces don Francisco escribió una carta atenta a su querido amigo, diciéndole que, sin duda, inadvertidamente, se había llevado el candelabro; pero, como éste era necesario en el despacho, le rogaba que lo devolviera. ¿Qué crees, tú, María, que hubiera hecho un ministro de hoy?

—Llevarle a la cárcel al ladrón, probablemente —dijo ella.

—Con seguridad. Y entonces, no; había gusto por las cosas. Atraía lo pintoresco y lo inmoral. A la gente le gustaba saber que el Ayuntamiento de Madrid era un foco de corrupción; que un señor concejal se había tragado las alcantarillas de todo un barrio, y se reía al oír que los pendientes regalados por un matutero ilustre adornaban las orejas de la hija de un ministro. Yo comprendo que aquella vida era

absurda; pero, indudablemente, era más divertida.

—Sí —dijo Aracil—; era más divertida.

—Luego, el que se creía austero y terrible, se hacía republicano. Claro que era una ridiculez, pero era así. Y el hombre se entretenía. Hoy la República no es nada.

—Sí; la verdad es que ha bajado mucho la pobre —exclamó Aracil—. Hoy ya tiene las trazas de un ideal de porteros. A mí, cuando me hablan de republicanos entusiastas, recuerdo siempre al conserje del hotel donde viví en París, y le veo con su mandil y su gorro redondo, refiriéndome anécdotas de Gambetta. Para mí, republicano y portero francés son cosas sinónimas.

—Ya ves, en cambio, a mí —dijo Iturrioz—, cuando pienso en un republicano, me viene siempre a la imaginación un fotógrafo de mi pueblo, hombre muy exaltado. Y luego, cosa extraña, a todos los fotógrafos que he conocido les he preguntado si eran republicanos, y todos me han dicho que sí. Yo no sé qué relación misteriosa existe entre la República y la fotografía.

—¿Y usted no es republicano, Iturrioz? —preguntó María.

—Yo, no; ni republicano ni monárquico; lo que soy es antiborbónico. Para mí, eso de Borbón es una cosa arqueológica y deletérea, como una momia que hiede; así, cuando me dicen: «Ahí va el príncipe tal de Borbón», me dan ganas de taparme las narices con el pañuelo.

—Un rey que no sea Borbón será muy difícil en España —dijo María.

—Por eso le parece bien a Iturrioz —saltó Aracil—, porque es absurdo.

—Lo que en el fondo le gustaría al país —dijo Iturrioz— es el rey caudillo, el rey guerrero; no reyes como los modernos, viajantes de comercio, matadores de pichones, automovilistas... Esto es ridículo.

—Y, ¿para qué un rey guerrero? —dijo María.

—Daría un poco de prestigio y un poco de alegría a España. Un pueblo no se puede regir por un libro de cuentas, y yo creo que si el español se va enfangando en esta corriente de mercantilismo, se deshará, se hará un harapo, perderá todas las cualidades de la raza.

—Pero, ¿usted cree que los españoles han cambiado de veras? —preguntó María.

—Sí.

—¿En veinte o treinta años?

—Sí; ha cambiado su manera de pensar, que es lo que más pronto puede variar en una raza. Un hombre del Norte discurre pronto como un meridional, si vive en el Mediodía, o al contrario; el pensamiento y la cultura se adquiere rápidamente; para que el instinto cambie, ya es imprescindible mucho tiempo; para que el color del pelo varíe, se necesita la vida de varias generaciones, y para que un hueso se transforme, ya son indispensables eternidades. ¿Cuántos miles de años hará que el hombre no mueve las orejas? Una atrocidad. Y, sin embargo, los músculos para moverlas los tiene todavía,

atrofiados, pero existen. No; no hay que asombrarse de que los españoles hayan variado de manera de pensar en pocos años. El germen del cambio está ya en nuestro tiempo, y antes —siguió diciendo Iturrioz— mucha gente encontraba aquella vida falsa y superficial. La sociedad española era como un edificio cuarteado, pero que se iba sosteniendo. Viene la guerra de Cuba y la de Filipinas, y, por último, la de los yanquis, y se pierden las colonias, y no pasa nada, al parecer; pero la gente empieza a discurrir por su cuenta, y el que más y el que menos dice: «Pues si nuestro ejército no es, ni mucho menos, lo que creíamos; si la marina es tan débil, que ha sido aniquilada sin esfuerzo; si estábamos engañados en esto, es muy posible que estemos engañados en todo». Y desde este momento empieza a corroer el análisis, y suponemos que los escritores, y los políticos, y los oradores, y los ingenieros, y los cómicos españoles deben ser tan malos, tan ineptos como nuestros generales y nuestros almirantes; y suponemos que nuestros campos son pobres y hay quien lo comprueba, y cada español, que ve y observa por sí mismo, echa abajo toda la leyenda dorada de su patria. Y se acostumbra la gente a la crítica, y así resulta que hoy los prestigios nuevos no se pueden consolidar y los viejos han desaparecido. En España, actualmente, hay estos dos criterios: el del conservador, que lo mismo puede tener la etiqueta de íntegro como la de anarquista, que dice: «¿Esta es la ciencia oficial, la política oficial, la literatura oficial? Pues ésta, buena o

mala, es la respetable». Y el del no conservador, que es todo hombre que discurre, que ha llegado a tal desconfianza por lo sancionado, que dice: «¿Esta es la literatura oficial, la ciencia oficial, el arte oficial? Pues éste es el malo». Entre uno y otro criterio no hay transacción posible. Así, no se afirma nada en España. ¿Qué queda de nuestra época? Nada. ¿Quién se acuerda ya de Castelar, ni de Cánovas, ni de Ruiz Zorrilla, ni de Campoamor, ni de Núñez de Arce? Nadie. Todo eso parece un peso muerto que la memoria de la gente lo ha echado ya por la borda, condenándolo al olvido. Hoy se empieza negando, por lo menos dudando, tratando de buscar la verdad, el positivismo..., y el poeta listo, el de la quintilla, que hace veinte o treinta años hubiera vivido sólo con eso, hoy se muere de hambre o tiene que entrar de escribiente; y el que se sintió chulo, se pone a llevar baúles, porque la chulería no da; y el matón de la casa de juego, se encuentra con que cierran todos los garitos; y el que soñó con hacer su pacotilla de concejal, ve que el Ayuntamiento se moraliza...; y el hampa se va..., y todo se va...; y así en España tenemos, no ya fracasados de la virtud, de la gloria y del arte, como en todas partes, sino fracasados de la inmoralidad, fracasados del agio, fracasados del chanchullo, como en política tenemos lo último de lo último: los fracasados del anarquismo.

—¿Y usted cree que eso es malo de veras? —preguntó María.

—Malo, no. A la larga es posible que sea la salud. Vamos hundiéndonos, hundiéndonos...

Alguno encontrará tierra firme y volveremos a subir. Entonces renacerá España...

—*Incipit Hispania!* —exclamó Aracil.

—Y si cree usted esto, ¿por qué se queja? —preguntó María.

—¿No me he de quejar? ¿No ves que yo soy un hombre de otra época? Antes decían que hay en todas las sociedades tres períodos: el teológico, el metafísico y el positivo. Yo soy un tipo que está entre el período teológico y el metafísico. ¿Qué voy a hacer en esta sociedad positiva, como la que se intenta crear? ¿Me lo quieres decir, María? ¿No comprendes que quieren hacernos ingleses y somos españoles? No, no; esto es grave. Estamos asistiendo a la ruina de un mundo, al final de una sociedad romántica. Yo estoy asustado, y voy a hacer como dama Javiera, una señorita vieja de mi pueblo.

—Y ¿qué hacía esa dama Javiera? —dijo María, riendo.

—Pues la dama Javiera era una señorita de setenta años, que venía de tertulia a mi casa, cuando yo era chico. Dama Javiera, que ya tenía esta maldita tendencia analítica, que nos ha perdido a todos, jugaba a las cartas con mi abuela y con un cura viejo, que se llamaba don Martín, y entre jugada y jugada le preguntaba al cura acerca de cuestiones de religión: «¿Será posible esto, señor cura? ¿Podrá suceder tal cosa?», le decía. Y don Martín contestaba sentenciosamente: «Dama Javiera, conviene no escudriñar», y se apuntaba un tanto con una habichuela encarnada o blanca.

Yo antes me reía; pero empiezo a creer que el consejo que daba a dama Javiera era muy exacto, y que conviene no escudriñar.

—Lo que no es obstáculo para que usted esté escudriñando siempre —repuso María.

—Es un defecto. Y tú, Aracil, ¿crees que este matrimonio cambiará algo España?

—Según. Si la reina es inteligente...

—Debe serlo —dijo María—. Es inglesa, de una familia donde abunda la gente lista.

—No; es medio alemana —repuso Iturrioz.

—¿Y usted no cree en las alemanas?

—No; en general, la mujer alemana es, poco más o menos, tan espiritual como una ternera.

—¡Estás adulador, chico! —dijo Aracil.

—Es mi opinión. Pero, yo, ya te digo: me alegraría que no pasara nada. Y no sólo para el porvenir, sino para mañana, se anuncian graves acontecimientos. Se dice que han venido dinamiteros.

—¡Fantasías! —murmuró Aracil.

—Pues yo he oído decir que hay un canguelo terrible; que el niño encuentra anónimos debajo de la almohada. A mí esto me indigna, te advierto. Estamos molestando tanto a estos pobres reyes, que se van a unir todos en apretado haz y se van a declarar en huelga. Y ¡a ver entonces qué hacemos en España con los uniformes de los alabarderos! Vamos tirando de la cuerda demasiado, y nos va a pasar con los reyes lo que nos ha pasado con los santos.

—Y ¿qué nos ha pasado con los santos? —dijo María.

—Nada, que han cortado la comunicación

con la tierra. En fin, que esto se pone muy mal, y yo no pienso salir mañana, porque, chica, me estoy haciendo viejo y muy miedoso; si pasa algo me cogerá en la cama.

Iturrioz siguió fantaseando sobre una porción de cosas, hasta que, al dar las once, tomó su capa y se largó, después de dar las buenas noches y de exhortar, bromeando, a que tuvieran prudencia.

VIII

EL DÍA TERRIBLE

Al día siguiente, María pensaba ir con su primo Venancio y sus hijas a Cercedilla, cuando se suspendió el viaje, porque la noche antes, Paulita, la menor de las niñas del ingeniero, cayó enferma con el sarampión.

Aracil fué a verla. El doctor tenía bastante trabajo por la tarde, y estaba, además, invitado a comer en casa del marqués de Sendilla. Había aceptado la invitación, creyendo que su hija iría de campo con Venancio, y como la enfermedad de la niña imposibilitaba la excursión, quedaron de acuerdo en que María, después de comer con el ingeniero, iría a casa de doña Belén, en donde la recogería Aracil.

Paulita, la enferma, era la predilecta de María, y deseaba que su tía estuviese constantemente a su lado, acariciándola y besándola.

—Yo no puedo permitir esto —dijo el ingeniero—; se te puede pegar la enfermedad.

—¡Qué se va a pegar una enfermedad de niños!

—¡Ya lo creo que se pega! Nada, nada; no estés ahí —y Venancio obligó a salir a la muchacha y a que se lavara con agua sublimada y desinfectara las ropas.

Comieron; María se encerró en el cuarto con las niñas mayores; pero la enfermita lo notaba y pedía que fuera a verla, y si no empezaba a llorar.

—Mira, lo mejor es que te vayas —dijo Venancio, que estaba algo preocupado con la enfermedad de la niña y con el temor de que su sobrina se contagiase—. La criada te acompañará.

—¿Para qué? Iré yo sola —y María se despidió de las niñas y tomó el tranvía rojo en el paseo de Rosales.

La tía Belén vivía en la calle del Prado; el tranvía llegaba hasta cerca de su casa. Al paso notó María que en las calles se hablaba animadamente, pero no prestó atención.

Serían las tres y media o cuatro cuando llegó a casa de la tía Belén. Llamó, pasó al gabinete y se encontró con que todos reunidos allí charlaban a la vez.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿No sabes nada?

—No.

—Pues que han tirado una bomba.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y hay desgracias?

—Muchísimas. El tío Justo ha dicho que dos muertos; pero ahora dicen que hay cinco y una infinidad de heridos.

—¡Qué horror!

Y María dijo esto con esa solemnidad superficial con que se comentan los hechos que no se han visto ni sentido. Luego, de pronto, pensó en su padre y se alarmó: «¿Dónde estaría en aquel momento? ¡Él, que era tan curioso! Quizá habría ido al lugar del atentado.»

El tío Justo, la tía Belén, Carolina, unos señores y señoras que se hallaban de visita se enredaron en una conversación de anarquistas y de bombas, que a María comenzó a sobresaltar. Todos execraban el atentado, pero consideraban el crimen de distinta manera.

—Para mí son locos —aseguraba el tío Justo.

—No, son fieras —replicaba otro señor, fuera de sí, que era contratista de paños para el ejército, lo que le daba, sin duda, cierta inclinación a la violencia—; y había que cazarlos.

—Yo creo lo mismo —agregó Carolina—, y aun no me contentaría con cazarlos, sino que los haría sufrir antes.

—Yo no —y el tío Justo se paseó por el cuarto—; lo mejor sería deportarlos; a todos los que tengan esas ideas, que no estén conformes con la manera de vivir general, los llevaría a una isla y los dejaría allí, con aparatos y máquinas, para que trabajasen y viviesen.

—¡Qué aparatos ni qué máquinas! —exclamó el pañero, furioso—; hacerlos pedazos. «¿Es usted anarquista?» «Sí». «Pues tome usted», y pegarle un tiro a uno. Porque esos crímenes son cobardes e infames.

Y el señor repitió estas palabras, como si en aquel instante hubiera hecho un gran hallazgo.

—Sin embargo, ya verá usted —dijo el tío Justo— cómo se llega a hacer también la apología de este crimen.

—Pues yo, al que hiciera esa apología, le pegaría un tiro.

—La verdad es que esa pobre gente —murmuró la tía Belén, con voz plañidera— ¿qué culpa tendrían? ¡Y esos pobres soldados! Porque yo comprendo que vayan contra un hombre, como Cánovas, y que lo maten.

—¡Claro! —dijo cínicamente el tío Justo—. Eso es mucho menos peligroso para nosotros, que no somos políticos.

María estaba cada vez más inquieta, pensando en su padre; la tía Carolina sobre todo, y los demás también, al hablar de anarquistas se referían a ella, reprochándole tácitamente que su padre tuviera tan nefandas ideas.

En esto llegó el marido de doña Belén con nuevas noticias: los muertos llegaban a diez. Había hablado con un amigo suyo, empleado en Palacio. Los reyes habían vuelto impresionadísimos; ella estaba con convulsiones y él lloraba emocionado.

—Es falso —gritó el pañero—. Ese señor le ha engañado a usted. El rey no ha llorado.

—Pero, ¿usted qué sabe? —le preguntó el tío Justo.

—Lo comprendo, porque un rey no llora.

—¿Por qué no? ¿Eso qué tiene de extraño?

El marido de doña Belén añadió que su amigo le había dicho que sólo uno de los grandes duques rusos, como acostumbrado a escenas de esta índole, estaba tranquilo, y que el tal

había aconsejado al rey que saliera inmediatamente a dar un paseo por las calles, con lo que sería ovacionado por el pueblo. Al parecer, el rey no se había decidido. En cambio, el gran duque ruso había salido, de paisano, a ver la casa del crimen, y como en su real familia habían muerto de atentado varios individuos, y miraba ya, sin duda, con cierta familiaridad amable la metralla anarquista, había pedido a un jefe de policía que le regalara un trozo de bomba, porque hacía colección.

La tarde fué para María un verdadero suplicio. Tenía ganas de marcharse, pero esperaba porque había quedado de acuerdo en que su padre se le reuniría allí. Serían las seis cuando paró un coche delante de la casa; María, atenta a todos los ruidos de la calle, escuchó con ansiedad; se abrió la puerta del gabinete y una criada entró. A María le dió un vuelco el corazón.

—Señorita, haga usted el favor de salir, que la espera su papá.

María saludó rápidamente a los parientes y amigos y bajó de prisa las escaleras. Al ver a su padre comprendió algo grave. Aracil tenía el rostro desencajado, el cuerpo tembloroso, los labios completamente blancos. Llevaba un gabán al brazo, lo que en él era rarísimo.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? —fué a preguntar María; pero la voz expiró en su garganta.

Aracil, sin contestar a la interrogación muda, tomó el brazo de su hija y murmuró, casi sin aliento:

—Vamos.

—Pero ¿qué pasa?

—Que el que ha puesto eso es Brull.

—¿Él?

—Sí..., y me lo he encontrado..., y me ha pedido protección..., y le he llevado a casa... No sé a qué vamos por aquí... ¿Dónde podríamos ir? ¡Oh, Dios mío!... ¡Estoy perdido!

María oprimió el brazo de su padre.

—Serénate —le dijo—. Vamos a ver qué hacemos... ¿Qué piensas? ¿Qué quieres?

—No sé —exclamó Aracil—; no sé qué hacer... La cuestión sería que pudiese meterme en algún lado, disfrazarme y huír.

—Y ¿dónde podríamos meternos?

—¿Dónde? ¿Dónde?... No sé.

—En el hospital, quizá...

—Sí, vamos al hospital... ¿Cómo se te ha ocurrido eso?... Vavos, sí, vamos.

Tomaron por la calle del León, salieron a la plaza de Antón Martín y bajaron por la calle de Atocha. El doctor miraba a un lado y a otro, temblando de ser conocido. De pronto, Aracil apretó el brazo de su hija.

—¿Qué hay? —preguntó María, sobresaltada.

—¿No oyes? Un extraordinario con los detalles del atentado. Cómpralo. No, no lo leamos aquí.

Llegaron al Hospital General. El portero no les salió al encuentro; subieron por unas escaleras iluminadas con grandes faroles, muy tristes. Una monja se acercó al doctor a hacerle una pregunta. Aracil contestó como pudo y entró en el cuarto de guardia, seguido de su

hija; cerró la puerta, y, sentándose luego en una silla, murmuró:

—Estoy rendido.

—Pero, al fin, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha pasado? —dijo María—. Cuéntalo todo.

—Pues iba por la calle de Fuencarral, después de comer en casa del marqués, cuando, al entrar en la botica de don Jesús, un hombre me agarró del brazo con una fuerza extraordinaria. Me volví. Era Brull. «Acabo de echar una bomba al paso de la comitiva. Hay desgracias», me dijo. Yo, al principio, no comprendí lo que decía, y tuvo que explicar lo que había pasado. «Y, ¿qué piensa usted hacer, le pregunté. «No sé; iba a suicidarme, pero viendo que nadie me seguía ni intentaba prenderme, he venido hasta aquí». «¿Tiene usted algún sitio donde esconderse?». «No, y he pensado en usted. Protéjame usted, Aracil. Si me cogen me van a hacer pedazos». Hemos subido a casa sin hablarnos. Yo no comprendía entonces por completo la gravedad de las circunstancias. Abrí la puerta, pasó él y pasé yo. El se abalanzó hacia el armario del comedor y bebió con avidez dos vasos de agua. «Creo que lo mejor es —le dije yo— que se esté usted aquí ocho o diez días». «¿Y usted»?, preguntó Brull. «Yo le diré al portero que me voy». «No, no»; yo me voy con usted. Yo no me quedo. Usted me quiere denunciar y yo le pego un tiro a quien me denuncie», y, rápidamente, sacó una pistola y la blandió en el aire. En aquel momento yo no sentía tanto miedo como ahora. Estábamos en esta situación, mi-

rándonos con espanto, cuando sonó el timbre. «Escóndase usted», le dije a Brull. Fuí a la puerta. Era el cartero, que me entregó el periódico de Medicina. Cerré, llamé al anarquista y, con tono decidido y casi burlón, que a mí mismo me chocaba, le dije: «Aquí, en casa, viviendo conmigo, no se puede usted quedar; mi hija, las criadas, los vecinos, todo el mundo se enteraría. Si le parece a usted, hay ahí un cuarto independiente, con baúles y trastos viejos, que da a un tejado. No entrarán; tengo ahí un esqueleto, y las criadas, que lo saben, no se atreverían a abrir esa puerta. Además, usted se puede quedar con la llave. Métase usted ahí, enciérrese usted y estése usted quince días». «¿No me hará usted traición, Aracil?» «No». «¿Me lo jura usted?», gritó él casi llorando. «Se lo juro». Entonces Brull se ha metido en el cuarto y, al instante, yo he pensado en huír. Pasé una media hora de angustia, porque decía: «Si oye mis pasos y cree que intento escaparme, va a salir y a pegarme un tiro». Estaba deseando que alguno llamara a la puerta, para marcharme. En esto he oído unos pasos; alguien subía al piso de arriba. He recordado que tenía allí el timbre cerca y he llamado yo mismo. He ido a la puerta, he hecho una mojiganga como si hablara con alguien, he entrado en el despacho, he abierto el cajón, he cogido todo el dinero y he salido volando.

—Y ¿qué te pueden hacer por haber protegido a Brull? —preguntó María.

—¿Qué me pueden hacer? Pueden mandarme a presidio para siempre.

—¡Ca! Es imposible.

—No digas eso, María. Tú no sabes lo que es la justicia. Me considerarán como cómplice, como encubridor. Quizá me condenen a muerte. ¿Cómo demuestro yo que no tengo participación en ese crimen?

—Pero eres inocente.

—Sí; los de Montjuich dicen que también eran inocentes, y los fusilaron y los atormentaron.

—Entonces no hay que esperar; hay que huír y disfrazarse... Córtate la barba y el pelo; yo te lo cortaré.

Aracil sacó de un estuche unas tijeras y se sentó en la silla, sumiso como un niño. María recortó el pelo a su padre.

—Ahora, lo mejor sería que te afeitaras.

Aracil se dispuso a afeitarse.

—Mira tú, mientrastanto, lo que dice el extraordinario —murmuró el doctor.

María comenzó a leer la hoja con ansiedad. En el preámbulo, todos eran lugares comunes, frases hechas a propósito para catástrofes de este género; luego venía, de una manera confusa, el relato de lo ocurrido. Había diez muertos y muchísimos heridos graves y moribundos. María, al leer algunos detalles, palidecía y le temblaban las manos. La sangre que corría en chafarrinones por la fachada de la casa, los trozos de masa encefálica en las aceras... Aquellos detalles daban a María la sensación real, el horror y la magnitud del crimen. Las noticias estaban mezcladas con inoportunos comentarios, y el «inicuo», el «cobarde» y el

«salvaje» aparecían de cuando en cuando, esmaltando simétricamente el texto.

No parecía sino que lo principal era encontrar un adjetivo exacto para calificar el atentado.

Aracil, mientras se afeitaba, volvía de cuando en cuando la cabeza para mirar a María, y preguntaba, pálido como el papel:

—Debe haber horrores, ¿eh?

—Sí, cosas terribles.

En esto, María echó una ojeada a las últimas líneas del extraordinario, y lanzó un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Aracil, con la navaja en la mano.

María leyó:

«*Ultima hora:* Se sospecha que el autor del atentado es un joven catalán apellidado Brull, llegado hace tres días a una fonda de la calle Mayor. El anarquista ha tenido tiempo de huír, valiéndose de la confusión general. Al entrar en el cuarto desde donde lanzó la bomba, se ha encontrado sobre un lavabo una jeringuilla y un frasco a medio llenar de nitrobencina. La maleta del criminal contenía solamente un gabán de verano, dos botellas grandes, vacías, una cajita con bicarbonato de sosa y dos libros, el uno en francés, titulado *Pensamiento y Realidad*, de A. Spir, y el otro, la «Memoria» del doctor Aracil, *El anarquismo como sistema de crítica social*, dedicada a Brull por su mismo autor.»

—¡Oh! —murmuró Aracil, con desaliento—. Me ha matado —y dejó caer la navaja sobre la silla.

—No —exclamó María—. Lo que hay que hacer ahora es no perder tiempo. Sabemos que nos buscan o que nos van a buscar. Hay que darse prisa. Acaba de afeitarte, y marchemos.

—Vámonos, sí —dijo él—. Tú debías dejar el sombrero aquí, para no llamar la atención.

María se quitó el sombrero, lo deshizo con las tijeras en varios pedazos, y los envolvió en un periódico.

Tenía miedo el doctor de que advirtieran, al salir, su cambio de aspecto, y su hija le recomendó que, al bajar las escaleras, aunque no hacía frío, se levantara el cuello del gabán y se tapara la boca con el pañuelo. La luz era demasiado escasa para que se notara su cambio de fisonomía.

—Adiós, don Enrique —le saludó un mozo, al pasar por el corredor.

—Adiós; buenas tardes.

—¿Ha visto usted eso?

—Sí; es terrible.

—¿Qué tiene usted?

—Que me he puesto un poco malo. ¡Adiós!

—Buenas, don Enrique. Y aliviarse.

Salieron del hospital, y padre e hija fueron por el Prado.

—Quítate los anteojos —dijo María.

Aracil se los quitó y los guardó en el bolsillo.

—Estás completamente desconocido.

—¿De veras?

—Por completo.

El ilustre doctor, afeitado y rapado, tenía todo el tipo de un hortera. Se sentaron los dos

en un banco del Prado y discutieron. ¿Qué iba a hecer? Meterse en el tren era peligroso. María pensó en el primo Venancio; pero desechó inmediatamente esta idea. Le comprometerían sin resultado. Había que hacer algo, pronto, en seguida. Pero, ¿qué? No querían moverse de allí sin tener algún plan. Pasaron revista a todos los amigos que podían esconder a Aracil.

Ninguno había que, de prestarse a ocultarle, no infundiese sospechas.

De pronto, María exclamó:

—¿Y el guarda de la Casa de Campo a quien curaste la niña?

—¿Isidro?

—Sí.

—Es verdad. Eso sería lo mejor. Allí estaríamos seguros. Es una idea, una idea magnífica. ¡Nadie puede sospechar de él! Pero, ¿cómo entrar en la Casa de Campo?

—Podemos ir mañana.

—Pero ¿mientrastanto...? ¿Esta noche?

—Podríamos ir... ¿Adónde podríamos ir, Dios mío?

—No sé; no sé.

—¿Adónde van los hombres con las mujeres alegres?

—A Fornos..., a la Bombilla.

—Pues vamos a la Bombilla.

—¿A la Bombilla?

—Sí; precisamente está cerca de la Casa de Campo, y por la mañana podemos ir a ver al guarda.

La idea era buena, tan buena que al doctor le pareció inmejorable. Dejó María el paquete,

con los trozos de su sombrero, debajo del banco. Salieron del Prado a la calle de Alcalá. Resplandecían los focos de luz eléctrica en el aire limpio de la noche; por la ancha calle en cuesta brillaban, como estrellas fugaces, los discos de color de los tranvías y los faroles de los coches. Iban marchando entre la multitud, cuando Aracil reconoció delante de él a uno de sus amigos de la tertulia del Suizo.

—Aracil debe estar en la cárcel —decía.

—¿Cree usted? —preguntó otro.

—Sí, hombre.

—Pero, ¿conocía a ese Brull?

—¡No le había de conocer! ¡Si era amigo suyo!

Al primer movimiento de asombro, siguió en Aracil un terror espantoso.

—Tranquilízate —dijo María—; no te conocen.

Pero Aracil seguía temblando. Su hija le contempló con asombro. Le chocaba que su padre fuera tan cobarde. Le había dado siemla impresión de hombre enérgico y decidido, y lo había sido, sin duda, alguna vez, pero en su centro, entre los suyos; solo, separado de sus amigos y jaleadores, era pusilánime como un niño enfermizo.

Llegaron a la Puerta del Sol; la plaza rebosaba gente; no se podía dar un paso; reinaba un gran silencio y un pánico sordo. Cualquier ruido producía una alarma, y la multitud, inmediatamente, se disponía a huír.

Tomaron padre e hija por la calle del Arenal y luego por la de Arrieta. En el solar de la an-

tigua Biblioteca se bailaba; una banda tocaba en un tablado, adornado con guirnaldas de papel; los bailarines se contoneaban a los acordes de un pasodoble, pero no había animación ni alegría. En los portales, en los corros, la gente hablaba del atentado; por encima del pueblo entero parecía pesar la tragedia del día, llevando a la masa el estupor y la desolación. La gente sentía la desarmonía de aquel zarpazo brutal del anarquismo con la placidez del ambiente. ¡En Madrid! En este pueblo tranquilo, correcto, insensible a la exaltación colectiva; en este pueblo de los señoritos discretos e ingeniosos, de las muchachitas inteligentes y escépticas, de los hambrientos resignados, ¡una bomba! Era absurdo, incomprensible, inexplicable. Se daban explicaciones fantásticas para aclarar esta discordancia: quizá los carlistas, quizá los jesuítas... ¿A quién podía convenir aquello? Y no se aceptaba la explicación más sencilla, el caso del hombre solo, enfermo, teatral en su desesperación, a quien antes que la bomba, le había estallado el cerebro dentro del cráneo...

Se sentaron Aracil y María en un banco de la plaza de Oriente, donde no daba la luz de los faroles. Al lado, dos viejas vestidas de negro, una de ellas con un niño, charlaban.

—Ya no hay religión —decía una—; crea usted, señora, que el mundo está muy perdido; ¿ha visto usted?, ahí cerca, en esa calle, están bailando.

—Deje usted que se diviertan.

—Sí, pero en un día como el de hoy, que ha

habido tantas víctimas... ¡Crea usted que cuando lo pienso...! Yo, si supiera quiénes son, los haría pedazos.

—Pues mire usted, señora; yo creo que han hecho muy mal, y que los que han puesto esa bomba son muy infames; pero eso también de pasear toda la corte y la aristocracia llena de alhajas en medio de la gente pobre, con la miseria que hay en Madrid... ¡Vamos, eso también...! Porque usted no sabe, señora, la pobreza que hay aquí.

—¡Dígamelo usted a mí, que vivo en barrios bajos!

Aracil, impaciente, se levantó.

—¿Quieres que tomemos un coche? —preguntó a María.

—No, no.

—Y si vamos solos por el camino de la Bombilla ¿no infundiremos sospechas?

—Lo mejor será tomar el tranvía.

IX

EN LA BOMBILLA

Bajaron a la plaza de San Marcial. Voceaban los vendedores los periódicos de la noche. Compró María *La Correspondencia* y el *Heraldo,* y montaron Aracil y su hija en un tranvía lleno que iba a la Bombilla.

—Así, con tanta gente —pensó el doctor—, no se fijarán en nosotros.

En el trayecto, un señor siniestro, de bigote negro y algo bizco, se dedicó a lanzar miradas asesinas a María, y, por último, le preguntó, en voz baja, si podía hablarla. Ella volvió la cabeza y no hizo caso.

Bajaron en la estación del tranvía. El señor bizco, al ver a María cogida estrechamente del brazo de Aracil, desapareció.

Siguieron un poco más adelante padre e hija, y llegaron a la parte ancha del camino, que tenía a un lado y a otro unos merenderos iluminados fuertemente por luces de arco voltaico.

Entraron en uno de éstos; pasaron a un

vestíbulo grande, con un mostrador y varias mesas. Enfrente de la puerta de entrada se habría un patio con árboles, donde tocaba un organillo; de ambos lados del vestíbulo partían dos escaleras.

—Yo quisiera un cuarto —dijo Aracil a un mozo viejo que les salió al encuentro.

Subieron por una de las escaleras, y el mozo les llevó a un balcón galería, dividido por persianas, que daba al patio con árboles, en donde bailaban, al son del organillo, unas cuantas parejas.

En otro cuarto de la galería, separado del departamento donde entraron el doctor y su hija por una persiana verde, había un hombre grueso, rojo, de sombrero cordobés, en compañía de una mujerona brutal.

—¡Vaya canela! —dijo el hombre gordo a María, con voz ronca, echándose el sombrero hacia la nuca—, y ¡olé las mujeres en el mundo!

María se volvió a mirar a este hombre con severidad, y él la dijo:

—¡No me mire usted así, niña, que me vuelve usted loco! ¡No sabe usted lo que a mí me gustan las mujeres de mal genio!

A María le dió ganas de reír la ocurrencia. Aracil, iracundo, salió rápidamente al pasillo y le dijo al mozo:

—Hombre, a ver si hay otro cuarto mas aislado, porque se están metiendo con nosotros.

—Usted querrá —dijo el mozo, desgranando socarronamente las palabras— un cuarto de los escondidos, de los recónditos, vamos.

—Sí, señor.

—Bueno, bueno. Vengan ustedes conmigo —y el mozo guiñó los ojos con malicia; les guió luego por un largo pasillo, con puertas pintadas de gris a los lados, y abrió un cuarto y encendió la luz eléctrica. Se sentía allí un olor de vino y de coñac tan fuerte, que María creyó marearse.

—¿Van ustedes a cenar? —preguntó el mozo.

—Sí.

Mientras hacía Aracil la lista de los platos, entró una florista con una cesta de claveles rojos, y ofreció sus flores a María.

—¿Quiere usted?

—Bueno.

María tomó dos claveles grandes y rojos, y como había visto a todas las pendonas que danzaban por allí con flores en la cabeza, se las puso ella también, para parecer una de tantas. Luego se asomó a la ventana; Aracil hizo lo mismo, y pasó la mano por la cintura de su hija. Estaban así, como protegidos el uno con el otro, cuando el mozo llamó:

—¡Eh, señorito, que está la cena!

María se volvió, y la expresión del camarero le hizo ruborizarse.

¡Qué opinión tendría de ella aquel hombre! Pero, en fin, esto era precisamente lo que se deseaba, que los tomaran por enamorados. Se sentaron a la mesa; ninguno de los dos sentía el menor apetito, y como Aracil pensaba que cualquier cosa podría servir de indicio para descubrirles, fué cogiendo la comida y tirándola por la ventana. No hicieron mas que beber

agua y tomar café con coñac. Cuando terminó la cena el camarero se retiró, y María cerró la puerta. Ya solos, Aracil comenzó a leer un periódico; pero se excitaba de tal manera, que se ponía a temblar, y le castañeteaban los dientes.

—¿Para qué lees? —le dijo María—; hay que tener serenidad. Vamos a ver el baile.

Se oía algazara de palmas y de gritos, que llegaba del patio. Se asomaron a la ventana. Enfrente, en un cuarto galería, a la vista del público, una mujer y un hombre bailaron un zapateado al son de la guitarra. Debían de ser profesionales, a juzgar por la perfección con que se zarandeaban.

—¡Olé! ¡Venga de ahí! —gritaban unos cuantos sietemesinos, golfos y galafates, que formaban la reunión.

Un bárbaro, con una voz monótona de borracho, empezó a cantar, de un modo estúpido, una canción de cementerios y de agonías, cuando otro, imperiosamente, le dijo:

—¡Calla, imbécil!

Después, a ruego de la gente, el que tocaba la guitarra, un hombre pequeño, ya viejo, se dispuso a cantar; los señoritos y chulapones formaron un corro, y el cantador comenzó, con una voz muy baja, de recitado, y como si tuviera prisa, el tango del *Espartero:*

La muerte del *Espartero*,
en Sevilla causó espanto;
desde Madrid lo trajeron,
desde Madrid lo trajeron
hasta el mismo camposanto.

Luego, la voz del cantador subió en el aire, como una flecha, hasta llegar a un tono agudísimo, y en este tono cantó el entierro del torero, las coronas que llevaba, las dedicatorias de los compañeros, la tristeza del pueblo, y, al terminar esta parte, la guitarra animó el final con unos cuantos acordes, como para no dejarse entristecer por la muerte del héroe.

Después, el cantador terminó el tango en tono de salmodia, con estas palabras:

Murió por su valentía
aquel valiente torero,
llamado Manuel García
y apodado el *Espartero*.

En el circo madrileño
toreó con mala suerte;
la afición, que no dormía,
le llorará eternamente.

Y el cantador dió fin con un rasguear furioso de la guitarra, y la gente del cuarto y la del patio aplaudió con entusiasmo. Pidieron que repitiese la misma canción, y volvió el hombre a cantarla de nuevo.

Aracil y María escuchaban absortos. En medio de la noche, aquel canto de fiereza, de abatimiento, de brutalidad y de dolor, producía una impresión honda y angustiosa.

—¡Qué país más terrible el nuestro! —murmuró Aracil, pensativo.

—Sí, es verdad —dijo María.

—Esa canción, ese baile, las voces, la música, todo chorrea violencia y sangre... Y eso es España, y eso es nuestra grandeza —añadió el doctor.

Padre e hija tuvieron que dominarse con un esfuerzo sobre sí mismos, para volver a sus preocupaciones. Discutieron la hora de encaminarse a la Casa de Campo.

—Cuando esto acabe y ya no haya por aquí gente, creo que será lo mejor —dijo María.

—Y ¿por dónde iremos?

—Por ahí; por ese puente que se llama de los Franceses.

—Pero yo creo que hay una estacada.

—La saltaremos.

—¡Qué valiente eres, María! Yo envidio tu serenidad; yo soy un cobarde, un harapo.

—¡Ca! Déjate de eso. Cree, por lo menos durante unas horas, que eres el mismo Cid.

Estuvieron sentados en el diván, mirando el suelo, sin decir nada; de cuando en cuando María preguntaba: «¿Qué hora es?» Aracil sacaba el reloj. No parecía sino que se habían paralizado las agujas; tan lentas pasaban las horas para ellos.

Al dar las doce, el doctor suspiró:

—Todavía tenemos dos o tres horas para estar aquí. ¡Qué horror!

—Si quieres, vamos.

—¿Te parece bien?

—¿Por qué no? Anda. En marcha.

—Bueno. Vamos.

—El doctor llamó al mozo, le pagó y le dió una buena propina; tomó otra copa de coñac,

y padre e hija salieron del merendero, y, dando la vuelta a la casa, entraron en la parte de la Florida, obscura y desierta. A María le resonaban sin cesar en los oídos las notas del tango que acababa de oír.

X

BUSCANDO EL CAMINO

HACÍA una magnífica noche; el cielo, estrellado, resplandecía entre el follaje. Avanzaron los dos fugitivos a prisa, recatadamente; cruzaron un camino hondo y llegaron a la valla que limitaba la vía del tren.

—Por aquí debe haber un paso —dijo Aracil.

—Pero en la caseta habrá un guarda. No vayamos por ahí.

Siguieron a lo largo de la estacada, que era más alta que un hombre, buscando el sitio mejor para saltarla. Cerca del Puente de los Franceses, la vía estaba a mayor nivel que el terreno de ambos lados, de tal modo, que la altura de la estacada era grande por fuera, pero, en cambio, era pequeña por dentro. La caída, al saltar el obstáculo, no podía ser peligrosa.

Encontraron un punto en donde se levantaba un árbol al borde de la vía, embutido entre las estacas de la empalizada.

—Este es el mejor sitio —dijo María—. Vamos. Mira a ver si anda alguno por ahí.

—No, no hay nadie.

Aracil cruzó las dos manos fuertemente, para que sirvieran de estribo; María puso en ellas el pie izquierdo y se agarró al árbol. Al primer intento no pudo encaramarse; las faldas le estorbaron; pero luego, con decisión, apoyó el pie derecho sobre las estacas y saltó al otro lado, sin lastimarse ni desollarse las manos.

—¿Te has hecho daño?

—No. Nada. Anda tú ahora.

Aracil intentó subir a la valla, pero no pudo; se martirizaba las manos, y, convulso y jadeante, forcejeaba, hasta que, aniquilado por el esfuerzo, se sentó en el suelo, sollozando.

—Descansa, descansa un rato —dijo María—, y luego vuelves a intentar.

—¿Y si viene alguno?

—No, no vendrá nadie.

Estuvieron sentados en el suelo, a los lados de la valla. De pronto se oyó el trepidar lejano de un tren, que se fué acercando con rapidez.

—Ocúltate —dijo Aracil.

—¿En dónde?

—Junto al árbol.

Se ocultó María; Aracil se tendió en el suelo, y el tren avanzó despacio, con un estrépito de hierro formidable. Aparecieron las luces de la locomotora, y comenzaron a pasar vagones. De pronto, la máquina lanzó un silbido estridente y echó una bocanada de humo negro, llena de chispas, que saturó el aire de olor a carbón de piedra.

—Vamos a ver ahora —dijo María, cuando se perdió de vista el tren.

—Parece mentira que sea uno tan botarate —murmuró Aracil.

—Mira. Espera un momento —y María, sentándose en el suelo y tirando con violencia, arrancó el volante de su vestido.

—¿Qué haces?

—María no respondió; hizo un nudo con las dos puntas del volante y lo colocó en una estaca, como un estribo. Resultó demasiado bajo, y Aracil tuvo que hacer otro nudo. Luego apoyó el pie y vió que se sostenía; se agarró al tronco del árbol, y, con alguna dificultad, logró saltar, no sin desollarse las manos y lastimado un pie. Al asalto, el gabán del doctor cayó fuera de la vía.

—Vamos —dijo Aracil.

—No; hay que coger el gabán. Si lo dejamos en el suelo, pueden averiguar por dónde nos hemos escapado.

Con ayuda del bastón recobraron el abrigo, guardaron el volante roto y echaron a andar por la vía. Comenzaron a cruzar despacio el Puente de los Franceses, pasando por encima del camino de la Florida y de la carretera del Pardo. Abajo, en un merendero, se zarandeaban unas parejas al son de un organillo. Atravesaron el río, pasaron por delante de la casilla, iluminada, de un guardagujas y entraron en la Casa de Campo. Nadie les salió al encuentro. Avanzaron por la posesión real rápidamente, subieron el talud de la trinchera por donde iba la vía, cruzaron la estacada, en la

cual faltaban varias estacas, que dejaban hueco de fácil paso, y salieron a terreno de árboles y matas.

Marchaban los dos entre la maleza, desgarrándose las ropas, sin querer tomar el camino. Aracil iba callado; María tarareaba, sin querer, el tango que acababa de oír. No podía olvidar esta canción; la obsesionaba y perseguía de una manera fastidiosa y molesta.

Perdían mucho tiempo marchando por entre los árboles. Además, era imposible orientarse. No tuvieron más remedio que salir al camino, y, después de andar mucho, Aracil, manifestando un profundo desaliento, dijo:

—La casa de Isidro no está por este lado de la vía, sino por el otro. Tendremos que bajar y volver a subir, y yo estoy rendido.

—No, no es necesario; hay un puente allá.

Efectivamente, había uno por encima de la vía. Lo atravesaron rápidamente, y, poco después, vieron a una pareja de guardias civiles. Se ocultaron María y Aracil entre los árboles; cuando los guardias se perdieron de vista, siguieron andando, pero sin atreverse a marchar por el camino.

Ya comenzaba a clarear; las estrellas palidecían, las ramas de los árboles iban destacándose más fuertes en el cielo, todavía obscuro. Aracil se ponía los anteojos, miraba a un lado y a otro y se orientaba. Se acercaron a la tapia de la posesión real, y el doctor reconoció la casa de Isidro el guarda: una casa pequeña, que tenía un gran emparrado. La puerta aun no se había abierto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aracil—. ¿Llamaremos?

—No; habrá que esperar a que abran.

—Sí; será lo mejor. Vamos a ocultarnos por aquí.

Se tendieron en la hierba húmeda de rocío, entre los árboles y frente a la casa del guarda, y, una vez uno y otra vez otro, aguardaron a que se abriera la puerta. Estuvieron así más de media hora; el cielo se aclaraba por instantes, los pájaros piaban en la espesura. De pronto, María dijo:

—Han abierto una ventana.

Luego, al cabo de poco tiempo, se abrió la puerta.

—Ahora ha aparecido un hombre en mangas de camisa.

Aracil se puso los anteojos y miró: era Isidro. El guarda abrió un corral, de donde salió una nube de gallinas.

—Creo que ya debes ir —dijo María.

Aracil, con el corazón palpitante, se levantó y se acercó al guarda. Este, al ver a aquel hombre lívido y destrozado, se detuvo, sin reconocerlo.

—Soy Aracil. Enrique Aracil, el médico, que viene huyendo —dijo el doctor, con voz lastimera como un sollozo—. Vengo a que usted me proteja.

El guarda agarró del brazo al doctor y, empujándolo violentamente, lo metió por la puerta del corral, que acababa de abrir.

—Entre usted ahí —le dijo al mismo tiempo.

María, al presenciar lo ocurrido, se sobresaltó.

—¿Qué pasará? —se dijo.

La brusquedad del guarda quedó pronto explicada, porque, un momento después, una mujer, con un cesto de ropa en la cabeza, salió de la casa, y, tras una corta charla con Isidro, se fué. Entonces el guarda volvió a buscar al doctor.

—Ahí está mi hija —le dijo Aracil.

Isidro fué a su encuentro, y les hizo pasar a los dos a un corralillo.

—¿Cómo han venido hasta aquí? ¿No les ha visto nadie?

—Nadie —y María contó lo que habían hecho para llegar.

—Muy bien —exclamó el guarda.

Aracil quiso explicar lo ocurrido con el anarquista, pero balbuceaba, sin encontrar las palabras.

—No me tiene usted que decir nada, don Enrique —interrumpió el señor Isidro—; usted me necesita a mí, y yo tengo la obligación de servirle a usted. Y si usted pide la vida, también. ¿Que usted no ha querido denunciar a un amigo? El mismo rey no hubiera podido hacer otra cosa. Vale más ir a presidio para toda la vida que no denunciar a un hombre.

El señor Isidro tenía sentimientos hidalguescos. Era lógico en un español, y quizá en todo hombre sencillo que considerase la ley de la hospitalidad como una ley superior a toda otra social o ciudadana. Luego de exponer sus ideas acerca de este punto, el guarda añadió:

—Ahora, que van a pasar aquí una mala temporada.

—Peor la pasaríamos presos —dijo María.

—También es verdad. Yo les llevaría a mi casa; pero hay mujeres, y algunas son blandas de boca.

—En cualquier lado estamos bien —replicó Aracil.

—Bueno, pues aquí se quedan ustedes —contestó el guarda—. Y no hay que apurarse, que para todo hay arreglo en este mundo. Ahora, sí; van ustedes a tener que dormir en el pajar.

—Muy bien —dijeron padre e hija.

—Hay otra cosa; que no podrán ustedes salir de este corralillo en todo el día.

—Nos conformaremos con todo —murmuró Aracil.

—Respecto a la comida, hay que ver cómo nos arreglamos. ¿La señorita sabe guisar algo?

—Sí.

—Pues yo les traeré unos cuantos celemines de habichuelas y de garbanzos, y todos los días matan una gallina o dos.

—No, no hay necesidad —dijo María.

—Bueno; pues yo enviaré un trozo de cecina para hacer una miaja de puchero. Aquí tienen ustedes leña.

—Muy bien. ¡Muchas gracias! —exclamaron padre e hija a la vez con efusión.

—Las gracias a ustedes —contestó el señor Isidro—. Bueno; pues ahora vengo con todo. Yo tengo la llave del corral, y aquí no entra

nadie... Y, paciencia, que las cosas del mundo conforme sean se toman.

El señor Isidro salió del corralillo, y María y Aracil se hicieron lenguas de la nobleza de este hombre. Ciertamente, su cara no indicaba, ni mucho menos, su bondad; tenía un tipo de facineroso para dar miedo a cualquiera. Estaba curtido por el sol, y gastaba bigote y patillas de boca de hacha, ya grises. Llevaba sombrero blanco, traje de pana y polainas.

Volvió el señor Isidro al poco rato, y en varios viajes llevó lo que necesitaban los fugitivos, y encendió fuego.

—Ahora, lo que deben ustedes hacer es dormir. Y tranquilidad, que no dan con ustedes ni con podencos. Yo echaré un vistazo a la comida, y ustedes a descansar.

Y el guarda tomó una escalera de mano y la apoyó en la pared de una casucha encalada que había en el fondo del corralillo. Aracil y María subieron por ella y entraron por una ventana en el pajar. Ninguno de los dos pudo dormir en paz. Aracil se despertaba a cada momento, hablando; María soñó que estaba en un pueblo ceniciento, en donde todo el mundo huía sin saber de qué, y, de cuando en cuando, en alguna calle o plazoleta, había un hombre cantando una canción, y la canción era siempre lu misma: el tango oído por ella en el merendero.

XI

LO QUE DIJERON LOS PERIÓDICOS

La vida en aquel rincón fué para los dos fugitivos muy extraña y distinta de la normal. Se levantaban de madrugada, cuando oían al señor Isidro llamando a sus gallinas, y desde aquellas horas comenzaba para ellos una serie de operaciones que les distraía.

Por la mañana, Aracil, con una paciencia inaudita, machacaba entre dos piedras granos de cebada y avena, y con la especie de harina gruesa que quedaba hacía una pasta, que les servía, como un puré, para el desayuno. Después, sólo con el cuidado de hacer hervir la olla se pasaban toda la mañana.

María se entretuvo en quitar las iniciales a la poca ropa blanca que llevaban encima. Una de las preocupaciones del doctor Aracil fué la de curtirse al sol para quedar más desconocido; tenían padre e hija la cara blanca de los que no andan a la intemperie, y todos los días los dos se pasaban largos ratos al sol, para ir ennegreciendo.

Entre la comida, el tomar el sol y discutir proyectos de fuga, tuvieron, al principio, ocupación bastante.

El segundo día, el señor Isidro les dejó por la mañana un periódico. Lo leyeron, y renovó en ellos las tristezas y las angustias. No habían cogido todavía a Brull, y se perseguía como cómplice al doctor.

Las noticias más interesantes para Aracil publicadas por los diarios eran éstas:

«*En casa del doctor Aracil.*

»Esta mañana se ha presentado un inspector de policía en casa del doctor don Enrique Aracil, pues está plenamente demostrado que el doctor era amigo del anarquista Brull. Se ha llamado repetidas veces en casa del señor Aracil, y, viendo que nadie contestaba, ha habido que buscar un cerrajero para que abriese la puerta. En la casa no había nadie. Interrogada la portera, ha dicho que vió salir al doctor Aracil a eso de las seis de la tarde del día del atentado. Se le preguntó si no le pareció extraño el ver la casa cerrada, y dijo que no, porque muy frecuentemente el doctor Aracil y su hija salían de Madrid sin avisar a nadie. Mientras el inspector hablaba con la portera, una muchacha, sirviente en un cuarto del mismo piso en donde vive el señor Aracil, ha dicho que ayer oyeron en la habitación del doctor el ruido de una fuente que corría. Preguntó a una de las criadas del señor Aracil: «¿Están tus

señoritos?» Y ella dijo: «No». «Pues he oído el ruido de la fuente».

»Por el examen de la casa y por la declaración de esta muchacha, hay motivos para creer que Nilo Brull estuvo en casa del doctor Aracil, y que después los dos, juntos o separados, han huído.»

«*El cochero que condujo al doctor Aracil.*

»Se ha presentado el cochero del coche número 1.329 en el Juzgado de Palacio. Ha declarado que llevó a un hombre de las señas de Aracil, elegante, de barba negra, con anteojos, gabán al brazo, desde la calle de Fuencarral a la del Prado.»

«*La familia de Aracil.*

»Don Venancio Arce, ingeniero de minas, llamado por el juez del distrito de Palacio, ha dicho que su sobrina María Aracil estuvo el día del atentado en su casa, y que fué a visitar a una hija del ingeniero, enferma del sarampión. El señor Arce cree que su pariente Aracil conocía a Brull; pero que se puede tener la seguridad absoluta de que el doctor no tiene participación en el atentado. Pensar otra cosa le parece una locura.

»Doña Belén Arrillaga dijo que su sobrina María, hija del doctor Aracil, estuvo en su casa el día del atentado, desde las tres a las

siete de la tarde, hora en que fué a recogerla su padre.»

«*Sor María, del Hospital General.*

»Sor María, de la sala de enfermos que está a cargo del doctor Aracil, ha declarado que la tarde del atentado vió entrar al doctor con una mujer. Le hizo la hermana una pregunta a Aracil respecto al tratamiento de un nefrítico, y luego no le vió más. Un mozo del hospital vió salir al doctor Aracil, con su hija, a eso de las siete o siete y media de la noche; habló un momento con ellos, pero el doctor no tenía ganas de conversación.

»Desde este momento nadie ha visto al doctor Aracil y a su hija.»

«*Señas de los anarquistas.*

»Se han dado órdenes telegráficas a las estaciones de todas las líneas con las señas de Nilo Brull, del doctor Aracil y de su hija. Se duda que consigan salir de España.»

«*El doctor Aracil.*

»El doctor Aracil tiene cuarenta y dos años, es de mediana estatura, delgado, de barba negra. El doctor es médico del Hospital General, y goza de justa fama. Su clientela, numerosa,

no es mayor, según dicen, porque él mismo no la cultiva. Es uno de los médicos más ilustres e inteligentes de Madrid. Su hija María es una linda muchacha de diez y ocho años, muy conocida en la sociedad madrileña.

»Los amigos del doctor Aracil afirman que es un absurdo suponer que el doctor tenga complicidad en el atentado Brull. Sin embargo, parece confirmarse que Aracil se hallaba relacionado con los anarquistas, a quienes favorecía con su influencia y su dinero.»

«*Una rusa.*

»Se dice que una señorita rusa, afiliada al terrorismo, en compañía de un significado anarquista de Barcelona, que ha desaparecido, y de Brull, estuvieron en casa del doctor Aracil conferenciando con él. Por algunas personas se asegura que el doctor Aracil ha sido el inductor de este atentado, y que Brull ha obrado sólo como un instrumento.»

Cuando Aracil leía estas noticias, en el rincón de la Casa de Campo, se estremecía de terror.

—La verdad es que esto —pensaba— parece una pesadilla, un sueño de fiebre.

Al cuarto día, la excitación que reflejaban los periódicos iba en aumento. Se detuvo a un italiano, tomándolo como anarquista, y estuvo a punto de ser linchado, pero demostró claramente su inocencia. Ni el criminal, ni el encu-

bridor parecían. En los periódicos, Aracil tomaba una personalidad siniestra; se le quería complicar en la bomba de París y en las de Barcelona, y se suponía que era el jefe de una asociación terrorista. Desde Londres enviaron a Madrid una información folletinesca de lo más absurdo posible. Según esta información, en el Centro Anarquista Internacional de Londres se había celebrado una gran reunión, en donde se había discutido y aprobado la muerte de los reyes de España. Brull, que asistió a la reunión, dijo que él, en compañía de un señor don José, iría a España a dinamitar a los reyes. El relato tenía el aspecto de una filfa, y el fantástico y anarquista señor don José parecía salido de la ópera *Carmen*, más que de la realidad.

Para fin de fiesta, el doctor Iturrioz comenzó a contar una de historias que acabaron de embarullar por completo el asunto. Iturrioz habló de un millonario extranjero que protegía a su amigo Aracil, y cuyo automóvil rojo había visto pasar a toda velocidad el mismo día del atentado, y pintó tales misterios, siempre diciendo que no sabía nada, que no tenía dato alguno, sino que suponía, pensaba, que puso en movimiento a toda la policía y la lanzó sobre una serie de pistas falsas.

—¿Para qué hará eso Iturrioz? —preguntaba Aracil a María.

—Para engañar a la policía, seguramente.

—Eso debe ser. Lo que a mí me preocupa es Brull. ¿Qué hace ese hombre?

Al quinto día, un periódico afirmó que Aracil

estaba ya en París, y la noticia le hizo pensar al doctor.

—¿Qué te parece —le dijo a María—, si escribiera a mi amigo Fournier para que diga que me han visto allí?

—Muy bien.

Escribió una nota Aracil, firmándola.

—¿Y si alguno del correo la ve? —preguntó María.

—No van a abrir las cartas.

—¡Fíate! Por si acaso, convendría no firmar. ¿No podrías decir algo a tu amigo que le indicase que eras tú quien le escribías, sin poner tu nombre?

—Sí; pondré esto: «El antiguo compañero del número siete del hotel Médicis.»

—Sí, es lo mejor. También estaría bien ponerlo en un idioma que no lo comprendiesen.

—Fournier sabe el inglés.

—Pues escribiré yo en inglés.

—Sí, es buena idea. Además, le voy a decir que haga unas tarjetas con mi nombre y las deje en cuatro o cinco sitios.

Tradujo María la carta al inglés, la copió Aracil y escribió ella el sobre. El señor Isidro echó la carta, con grandes precauciones, comprando primero el sello, y luego pegándolo él mismo.

XII

LA DESPEDIDA DE BRULL

Tres días después de enviada la carta, los periódicos trajeron una noticia sensacional: la muerte de Brull. Una mañana, al amanecer, se oyeron dos tiros en una casa de la calle de San Mateo. El sereno y los guardias de servicio llamaron en la casa en donde se habían oído las detonaciones; despertaron a la portera y reconocieron todos los cuartos. Ya se iban a marchar, cuando uno de ellos vió que por debajo de la puerta de una guardilla deshabitada salía un reguero de sangre. Descerrajada la puerta, los guardias encontraron el cuerpo de Nilo Brull, que acababa de expirar. El anarquista se había suicidado. Junto a él, en un cuaderno escrito con lápiz, encontraron los guardias una carta de despedida del anarquista, que publicaron y comentaron los periódicos.

Decía así:

«A los españoles.

»Momentos antes de morir, frío, tranquilo, con el convencimiento de mi superioridad sobre vosotros, quiero hablaros.

»Durante toda mi vida, la sociedad me ha perseguido, me ha acorralado como a una fiera. Siendo el mejor, he sido considerado como el peor; siendo el primero, se me ha considerado como el último.

»Daría los motivos de mi Gran Obra de Altruísmo, si los españoles pudieran comprenderme; pero tengo la seguridad de que no me comprenderán, de que no pueden comprenderme. Los esclavos no se explican al rebelde, y vosotros sois esclavos, esclavos todos, hasta los que se creen emancipados. Unos del rey, otros de la moral, otros de Dios, otros del uniforme, otros de la ciencia, otros de Kant o de Velázquez.

»Todo es esclavitud y miseria.

»Yo sólo soy rebelde, soy el Rebelde por excelencia. Mi rebeldía no procede de esas concepciones necias y vulgares de los Reclus y de los Kropotkine.

»Yo voy más lejos, más lejos que las ideas.

»Yo estoy por encima de la justicia. Mi plan no es mas que éste: empujar el mundo hacia el caos.

»He realizado mi Gran Obra solo. Quizá no lo crean los imbéciles que suponen que los atentados anarquistas se realizan por complot.

»Sí; he estado solo; solo frente al destino.

»Si hubiese tenido necesidad de un cómplice, no hubiera llegado al fin. En España no hay un hombre con bastante corazón para secundarme a mí. No hay dos como yo. Yo soy un león metido en un corral de gallinas.

»Hubiese escrito con gusto un estudio acerca

de la psicología del anarquista de acción, para dedicárselo a la Sociedad de Psicología de París, pasándome en observaciones mías interesantísimas, pero no hay tiempo.

»Durante estos últimos meses tenía la idea vaga de llevar a cabo mi Gran Obra. Cuando me convencí de la necesidad de ejecutarla, mis vacilaciones desaparecieron y viví tranquilo, estudiando el momento y la manera de conducirla al fin.

»Viví tranquilo, y la vida que me escamotearon los demás la viví enérgicamente en el tiempo en que preparaba mi obra.

»Se puede comparar la intensidad extraordinaria de mi vida con la existencia ridícula de los sibaritas de la antigua Roma o con la no menos ridícula de los cortesanos de Versalles?

»Sólo en cualquier noche antes del atentado, cuando tiraba desde el balcón una naranja, para ver dónde caía en la calle, y poder precisar el modo de echar la bomba, tenía yo más emociones que todos ellos.

»Sí. Me he resarcido en grande.

»En el último momento, al tomar la bomba entre las manos, y al inyectarle la nitrobencina, temblaba: «Tiembla, grande hombre, me dije a mí mismo; tienes derecho a eso y a más.»

»¡Y cuando la lancé, rodeándola con flores! Al estallar, creí que se me desgarraban las entrañas.

»Algo semejante debe sentir la mujer al parir. Yo acababa también de dejar en el mundo algo vivo.

»Antes de mí, en España no había nada.

¡Nada! Después de mi Gran Acto vivía ya un ideal: la Anarquía. Yo lo acababa de echar al mundo en aquel momento terrible.

»Si hubiese posibilidad de comparación entre el autor de un hecho individual obscuro y sin trascendencia y el autor de un acontecimiento que habrá conmovido el mundo, diría que mi estado de automatismo cerebral, desde que pensé mi Obra hasta que la realicé, era idéntico al de Raskolnikof, en *Crimen y Castigo*, de Dostoievski.

»Creo que pocos hombres hubieran tenido mi serenidad. En el momento terrible, cuando estaba en el balcón con la bomba en la mano, vi en la calle unas cuantas muchachas que reían. Sin embargo, no vacilé. Implacable como el Destino, las condené de antemano a la muerte. Era necesario.

»He realizado mi Gran Obra y la he realizado solo y con éxito.

»Creo que mi atentado es el más grande de cuantos se han cometido. Todos los españoles, si no fueran cretinos, debieran agradecerme, todos, el rey, porque he dignificado su cargo; la burguesía, porque ante el peligro parece menos egoísta y vil; el pueblo, porque ha aprendido de mí la forma más eficaz y más enérgica de la protesta.

«He tenido un instante de debilidad, es cierto, al acogerme en casa del doctor Aracil. No me arrepiento. Este instante pasajero de flaqueza me ha permitido tener, en el último momento, la conciencia de mi vida y de la magnitud de mi obra.

»Me voy a hundir en la nada incrustándome una bala en el corazón. Deshacer mi cerebro, disparar contra él, me parecería un sacrilegio. Además, no lo podrían estudiar los médicos, y como este cerebro no encontrarán muchos.

«Adiós.

NILO BRULL.»

Aracil, al leer esta carta, quedó pensativo.

La parte teatral, enfática, el bello gesto de mediterráneo que había dejado Brull, le producía cierta envidia.

—La verdad es que era todo un hombre —murmuró.

Luego, volviendo sobre su sentimiento, pensó en la fuerza de ilusión que tiene el hombre para convertir las acideces de su estómago y las irritaciones del hígado en motivos idealistas y metafísicos...

Se pudo seguir el camino llevado por el anarquista, saltando tejados desde el cuarto de la casa del doctor Aracil, hasta allí.

Ya resuelto el desenlace del actor principal del drama, aunque no a satisfacción de la justicia ni del público, los periódicos comenzaron a zaherir y a burlarse de la policía y del Gobierno porque no lograba coger a Aracil.

Algunos aseguraban que el doctor había salido de España en automóvil, en el célebre automóvil rojo del millonario, visto por Iturrioz; otros, que en el tren, disfrazado; pero la mayoría opinaba que el doctor y su hija se hallaban escondidos en Madrid.

En esto, a los cinco días de enviar Aracil la carta a su amigo de París, trajeron los periódicos la siguiente noticia con letras grandes: «El doctor Aracil en París», y a continuación una serie de telegramas.

El doctor había estado en la redacción de *El Intransigente* a saludar a Rochefort, y en su conversación con uno de los redactores de dicho periódico había dicho que Nilo Brull, sin duda se dirigió a su casa a pedirle protección por ser su amigo. El doctor no podía desampararle ni protegerle, y había optado por abandonarle la casa. Aracil había pasado la frontera en el automóvil de un amigo y se disponía a marchar a América, pero no tenía inconveniente en volver a España, cuando se calmara la efervescencia del momento, para probar su absoluta inocencia. Aracil había estado en casa de los corresponsales de los periódicos madrileños en París, dejando su tarjeta.

La campaña estuvo lo bastanta bien hecha para que nadie dudara. Se intentó averiguar quién había salvado al doctor, pero no se puso nada en claro.

Se discutió la cuestión de la extradición de Aracil, y a los cuatro o cinco días los periódicos comenzaron a dar este asunto por terminado.

La Epoca dijo: «Los anarquistas pueden estar satisfechos; han dado la batalla sin pérdidas por su parte».

XIII

LA PARTIDA

A las dos semanas de encierro, Aracil se sentía aplanado por la soledad y el silencio.

—Creo que debíamos marcharnos ya —dijo Aracil a su hija, después de pensarlo varios días—. Isidro no puede vivir en paz teniéndonos a nosotros aquí.

—¿Por qué?

—Porque ya es molestar demasiado.

—No; es algo más que molestar. Pero a Isidro no le importa. Por él podemos estar aquí un año si queremos.

Y era verdad. El guarda tenía una abnegación extraordinaria. El devolver el beneficio al doctor Aracil, que le había curado su hija, le producía tal júbilo, que rebosaba de contento.

A pesar de esto, Aracil quería marcharse; se sentía abatido, achicado de encontrarse solo, y necesitaba verse entre gente, en un sitio donde poder hablar y lucirse.

María era partidaria de pasar allí todavía un par de meses y luego marcharse en el tren, sin tomar precaución alguna; pero Aracil confesó que no podía más, que estar metido en aquel rincón le era insoportable.

—Bueno, pues nos iremos —dijo María.

Decidieron la marcha. Lo más prudente era que Aracil fuese solo, aprovechando trenes de ferias, y que esperase a María en la frontera; pero el doctor aseguró que temía la soledad, pues era capaz de hacer cualquier tontería. Yendo juntos era una locura tomar el tren, estando todavía tan reciente el atentado y las órdenes dadas a la policía. Lo mejor era ir a caballo. De acuerdo padre e hija en este punto, discutieron por dónde intentarían salir de España. Aracil creía lo más sencillo encaminarse directamente a Francia. María encontraba mejor marchar a Portugal.

—En primer término, el viaje es más corto —dijo ella—; luego, la que hay que cruzar es tierra más despoblada y seguramente camino menos vigilado.

María había oído hablar de este viaje varias veces a su primo Venancio. Consultaron con Isidro, y éste fué partidario de la marcha por Portugal.

—Nada; pues vamos por Portugal —dijo el doctor.

Se comenzaron a hacer los preparativos; Isidro compró dos caballejos baratos y los dejó en una cuadra de un amigo suyo de las Ventas de Alcorcón. Trajo ropas de campesino usadas; para Aracil una especie de marsellés, faja

y pantalones de pana, y un refajo y una chaqueta para María.

María cosió unos cuantos billetes de Banco, el capital con que contaban, en el forro de la americana de su padre después de haberlos envuelto en un trozo de hule, y se quedaron con unos duros y unas pesetas sueltas para el camino.

El señor Isidro enseñó a Aracil, en un borrico que tenía, la manera de echarle las albardillas y ponerle la cincha y el ataharre. Luego compró el guarda una manta y una alforja, en donde metió unas cuantas libras de chocolate, un queso, una bota y pan, por si algunos días no encontraban comida en el camino. María le mandó comprar una tetera, un bote de té y una maquinilla de alcohol.

El señor Isidro se agenció un plano de España, y, por último, le dió al doctor su cédula y sus papeles.

—Usted se llama como yo, Isidro García; es usted guarda de la Casa de Campo y va usted con su hija a San Martín de Valdeiglesias. Desde San Martín dicen ustedes que han ido hasta allá en tren, y que van a la Vera de Plasencia.

Hicieron una lista de los pueblos por los que tenían que cruzar, y ya decididos, fijo el día de salida y dispuesto todo, a media noche se presentó el señor Isidro, les hizo salir de su encierro, y los tres, cargados con una porción de cosas, y por entre las matas, cruzaron gran parte de la Casa de Campo hasta un lugar frontero a la aldea de Aravaca.

Al llegar a este punto, Isidro cogió una escalera de mano y la apoyó en la tapia. Subió, miró a derecha e izquierda, y dijo:

—¡Hala! Vengan ustedes.

Subieron María y Aracil. La tapia, por el otro lado, apenas levantaba un metro del suelo; así que de un brinco quedaron fuera.

—Ahora sigan ustedes bordeando esta tapia —dijo el señor Isidro—; yo voy a adelantarme para traerles a ustedes los caballos.

El guarda desapareció en un instante; Aracil y María continuaron solos. La noche estaba negra; en el suelo, mojado por la lluvia, se hundían los pies. No se cruzaron con nadie. Clareaba ya el alba cuando llegaron a las Ventas de Alcorcón.

En la carretera les esperaba el guarda, teniendo de la brida a los dos caballos.

—¡Ea, vamos allá! —dijo el señor Isidro. La yegua de usted, don Enrique, se llama *Montesina*, y el jaco de la señorita, *Galán*. Hábleles usted, porque estos animales obedecen muchas veces mejor a la palabra que al palo.

Prometió hacerlo así Aracil. El guarda ayudó a montar a padre e hija, dió una varita a cada uno de ellos, les estrechó la mano afectuosamente, y les dijo:

—¡Vaya, filando! Adiós, y buena suerte.

XIV

SE ALEJAN DE MADRID

El doctor y María comenzaron a marchar por la carretera hacia el Campamento de Carabanchel. Iba haciéndose de día. Madrid se destacaba sobre un fondo rojo de llamas; salía el sol por encima de la ciudad, y a poniente el cielo azul obscuro se velaba con nieblas blancas.

Se cruzaron Aracil y María con gran número de traperos, en sus carros, y lecheros que trotaban en pequeños caballejos peludos camino de Madrid.

No habían hecho mas que pasar del campamento, cuando la yegua de Aracil, comprendiendo, sin duda, la falta de condiciones ecuestres del jinete, se paró, sin querer andar más.

—¡Vamos, *Montesina!* ¡Vamos! —le dijo el doctor varias veces:

Todos los razonamientos suaves y persuasivos fueron inútiles. Era la yegua endiablada y terca, y parecía clavada en tierra; el doctor

bajó del caballo, para hacerle andar tirándole del ronzal, pero no consiguió nada. Así estuvieron cerca de una hora, cuando un chiquillo que venía caballero en un rocín, encaramado entre cántaros de leche, se paró y dijo:

—¿Qué, no quiere andar?

—No.

El chico bajó de su caballo y le dijo al doctor:

—Suba usted, ya verá usted cómo anda.

Aracil subió; el muchacho cogió la vara con las dos manos y le arrimó un estacazo a la yegua, que le hizo tomar por aquella carretera un trote cochinero. Aracil se agarró a la albardilla, y estuvo a punto de caerse, pero consiguió guardar el equilibrio.

El pobre animal, con el recuerdo del garrotazo, ya no volvió a pararse. Llegaron al mediodía a Alcorcón, y, como no querían preguntar nada a la gente, por no infundir sospechas, tomaron, por inspiración de Aracil, el camino de Móstoles, en vez del de Villaviciosa.

Ya llegaban al pueblo del célebre alcalde que declaró la guerra a Napoleón, cuando encontraron un mendigo desharrapado, de barba negra y mirada huraña.

—¿Es este pueblo Villaviciosa, buen hombre? —preguntó Aracil.

—No. Éste es Móstoles. Para coger el camino de Villaviciosa tienen ustedes que volver a Alcorcón y tomar la carretera de la izquierda, que parte de enfrente de unos alfares.

Volvieron grupas hasta encontrar el camino, y por la tarde pasaron por delante de Villavi-

ciosa. Comieron pan y chocolate, y, como estaban molidos y cansados por la falta de sueño de la noche anterior y por la falta de costumbre de montar, subieron, con los caballos de las riendas, a un bosquecillo de robles e hicieron allí alto. Aracil ató las caballerías a un árbol y después fué a buscar agua con una botella a un riachuelo que corría en el fondo de un barranco. Mientrastanto, María encendió una hermosa hoguera con ramas secas; y, cuando vino su padre, los dos se tendieron cerca del fuego, envueltos en la manta. Por la mañana se despertaron, ateridos de frío; María revolvió las cenizas de la hoguera y encendió un poco de lumbre. Calentó agua e hizo té, y estaban tomándolo cuando vieron, con gran susto, saliendo de entre la espesura, un hombre embozado en un tapabocas, con una escopeta en la mano.

—¿Qué hay? —le preguntó Aracil temblando.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Vamos a San Martín, y hemos descansado un rato.

—¿Son ustedes de Madrid?

—Sí. Yo soy guarda de la Casa de Campo.

—¡Ah! ¡Demonio! Tiene usted buen carguito.

—¡Psch!

—¡Ya lo creo!

—Y ¿por qué venía usted con tantas precauciones? —preguntó el doctor.

—Es que cuando he visto fuego, he pensado si serían ustedes húngaros. Y cuando veo esa gente voy preparado. Por si acaso. Porque a mí no me engaña ningún chato.

—Pues de chatos no tenemos nada, compadre —dijo Aracil, más tranquilo.

—Ya lo veo. Qué, ¿me quiere usted comprar una liebre, compañero? —preguntó el guarda.

—Según como sea.

—Ahí la tengo, en una casa de aquí cerca.

El guarda de Villaviciosa bajó los dos caballos a la carretera, luego ayudó a montar a María, y, hablándola de tú, le dedicó algunas galanterías montaraces.

Anduvieron un cuarto de hora los tres juntos hasta llegar a una casucha, en donde el guarda entró, y salió luego con una liebre en la mano.

—¿Cuánto es? —dijo Aracil.

—Dos pesetas.

—Es cara.

—¡Como ustedes la tienen de balde! En fin, se la daré a usted por seis reales.

Pagó Aracil.

—¿Pasarán ustedes pronto por aquí? —preguntó el guarda.

—Dentro de tres o cuatro días.

—Pues, adiós. ¡Adiós, chica!

—¡Adiós, tú! —dijo, con desenfado, María. Luego le preguntó a su padre—: ¿Por qué le has dicho que la liebre es cara, si es baratísima?

—Para que no sospeche que uno no es aldeano —contestó Aracil irónicamente—. Cuanto más roñoso, más carácter tiene uno de campesino.

—Sí, es verdad.

Pasaron varios automóviles por la carretera,

levantando nubes de polvo y dejando una peste de petróleo.

—Esta es la riqueza española —murmuró el doctor—; no sirve mas que para ensuciarnos y dejar mal olor en el camino.

Al mediodía, Aracil y su hija se acercaron a Brunete: lo perdieron pronto de vista y siguieron adelante, hasta detenerse en un ventorro, llamado de Los dos Caminos, levantado en un alto y en el cruce de dos carreteras.

Era la venta una casuca baja, de tejado terrero, colocada en un lugar solitario y triste. Aracil lo diputó seguro y tranquilo para ellos. Con el ensayo de la noche anterior, le pareció muy peligroso quedarse en el campo. Llamó a la ventera, le dió la liebre, encargándole que la guisara, y pidió paja y cebada para las caballerías.

Se calentaron padre e hija al amor de la lumbre, y ya confortados salieron al raso de la venta y se sentaron en un banco de piedra. El campo era allí desolado y yermo. El anochecer fué muy triste. Algún carromato pasó despacio, dando barquinazos por la carretera. El aire estaba frío, y silbaba el viento con violencia por aquellos descampados.

Ya de noche, llegó el ventorrillero seguido de su perro, y se sentó a la lumbre; la mujer sacó la liebre, guisada con arroz, en una cazuela, y Aracil y María comieron con gran apetito. Los chicos del ventorro les miraban comer con cara de golosina, y apiadada María de ellos, les dejó una buena ración, que devoraron con verdadera ansia.

Estaba María calentando agua para el te, cuando se presentaron dos guardas de uniforme. Eran de la finca de un ricacho de Brunete, y se daban tono de autoridades; llevaba cada uno su escopeta y su canana llena de cartuchos. Tomaron los guardas unas copas, charlaron un rato, y se fueron.

—Todos estos son unos matones —dijo el ventero, señalándolos.

—Sí, ¿eh?

—El que no es algo peor.

—¿Son mala gente esos guardas?

—Muy mala.

—El ventero cerró la puerta de la casa y luego estuvo contando a Araci l escenas de la guerra carlista, en la que había tomado parte como soldado. María dormitaba, y el ventero, comprendiendo el cansancio de sus huéspedes, tomo el farol y les acompañó al pajar.

El viento gemía en el silencio de la noche.

Se quitaron padre e hija las botas, metieron los pies entre la paja, se tendieron a lo largo, cubiertos con la manta, y quedaron dormidos.

XV

SAN JUAN DE LOS PASTORES

A la mañana siguiente, cuando salieron del ventorro de Los dos Caminos, amanecía. El cielo, bajo y gris, se disolvía en una lluvia fina y tenue. A la hora de salir de la venta, la llovizna se convirtió en chaparrón, y Aracil y María se guarecieron debajo de un puente echado sobre un arroyo.

Al acercarse a la orilla a cobijarse bajo el puente se encontraron con dos hombres de aspecto vagabundo, que descansaban sentados en la arena.

Les saludó Aracil, contestaron ellos con indiferencia al saludo, y, reunidos, esperaron a que escampara la lluvia. En esto aparecieron en la orilla del río los dos guardas que habían estado la noche anterior en el ventorro de Los dos Caminos, y uno de ellos, dirigiéndose a los vagabundos, les dijo:

—¡Hala! Fuera de aquí.

—Las orillas de los ríos no tienen dueño —murmuró el viejo, con acento irritado.

—Pues esto es de mi amo —replicó el guarda—, y haga usted el favor de marcharse de aquí.

—Así se trata a la gente honrada —exclamó el viejo con tono enfático—. Así va España. Pues sepa usted que yo, a pesar de venir a recogerme debajo del puente, soy un hombre conocido, sí, señor, y hasta ilustre...; soy Musiú Roberto del Castillo.

—¿Y a mí qué me cuenta usted? —dijo el guarda, con una grosería bestial—. Basta de conversación, y fuera de aquí.

—Bueno; ahuecando —dijo el pequeño.

Los dos vagabundos se levantaron; el uno tomó su zurrón y el otro un fardel de lienzo en la mano, y salieron de debajo del puente y echaron a andar en medio de la lluvia.

—¿No se puede estar aquí? —preguntó Aracil con voz agria.

—Sí, ustedes pueden quedarse.

Aracil no quería deber ningún favor a aquella gente grosera y despótica, y cuando el chaparrón amenguó un poco, sacó los caballos de la orilla del arroyo, ayudó a montar a María y se pusieron los dos en camino.

—¡Qué canallas! —exclamó Aracil—. ¡Que ganas tiene todo el mundo de ser déspota! ¿Eh?

—Sí. Es una cosa antipática.

—Si yo fuera como esa gente pobre, todos los días tiraría una tapia y mataría un guarda. Al cabo de diez años de este sistema la tierra sería de todos.

—Aracil empezaba a sentirse bravucón. Ha-

blando de estas cosas iban al paso, cuando notaron que comenzaba a variar y a elevarse el suelo. Entraban en terreno más agrio y riscoso. A un lado y a otro se veían enormes peñascos de granito, algunos colocados sobre otros, como grandes dólmenes. Iba tomando el campo aire de sierra. En la dirección de Madrid se veía una inmensa planicie; había salido el sol entre nubes y refulgía su luz en los campos verdes, y se destacaban las hondonadas en sombra, como pinceladas obscuras.

Estaban contemplando la vasta llanura cuando por una senda llegaron a la carretera los dos vagabundos del puente. El viejo vestía un levitón largo, una gorra y una bufanda, lo que le daba un aspecto extravagante para andar por el campo; el otro, bajito, afeitado, con una barba de diez o doce días, llevaba una chaqueta raída, un pantalón azul de mecánico, un gorro redondo, que antes debió de pertenecer a un soldado de caballería, alpargatas blancas y un fardelillo en la mano.

—Qué brutos han estado esos guardas con ustedes —dijo Aracil—; no tenían derecho a echar a nadie de allí.

—Aquí no importa nada tener derecho o no —dijo vivamente el viejo, con acento extraño.

—¿Van ustedes lejos? —preguntó Aracil.

—A la feria de La Adrada —contestó el pequeño—. Este señor es francés, y va luego a Portugal a embarcarse para América.

—¡Ah! Es francés.

María creyó que su padre tenía ganas de en-

trar en conversación con aquel hombre, y, por lo bajo, murmuró:

—Papá.

—¿Que?

—No hables en francés con este hombre.

—Aracil miró a su hija, extrañado, viendo que había comprendido su intención, y luego, dirigiéndose al viejo, le preguntó:

—¿De manera que es usted francés?

—No, señor; soy español, vendo específicos; pero, como he estado mucho tiempo en Argelia, me llaman todos Musiú Roberto del Castillo, o el *Musiú*.

—Y ¿qué específicos vende usted?

—Todos de mi invención. Tengo un elixir para las tenias.

—Hombre, ¿y de qué se compone? —preguntó Aracil, en tono de chunga.

—Aunque se lo dijera no lo comprendería usted, buen hombre.

El doctor botó en la silla; hubiese entablado una discusión con el inventor del elixir, para reírse de él, pero tuvo prudencia, y dejó que el *Musiú* lo tomará por un palurdo y lo despreciara.

—También tengo unos polvos para el cáncer —agregó el inventor.

—Quizá de arsénico —repuso Aracil.

—¡Ca! Hombre, no diga usted disparates —y el *Musiú* se echó a reír a carcajadas —. El arsénico es un veneno, hombre.

—Pero un veneno puede ser medicina —argulló Aracil.

—¡Calle usted, hombre! ¡Calle usted! —repli-

có el *Musiú*—; vale más que no hable usted de lo que no entiende.

Aracil, picado con las contestaciones del viejo, se dirigió al joven, y le dijo:

—La verdad es que esos guardas son muy brutos y no saben tratar a la gente.

—Pues éstos son canela fina al lado de algunos otros.

—¿Hay otros más brutos todavía?

—¡Uf! ¡Ya lo creo! Ya ve usted, yo soy el *Ninchi;* no sé si habrá usted oído mi nombre en los periódicos, porque me han llevado algunas veces de quincena por blasfemo. Pues bien: hace un año me pescaron unos guardas subido a una tapia cogiendo fruta, y me dieron una paliza de órdago. Ya ve usted, me han dejado manco —y el *Ninchi* mostró el brazo anquilosado e inútil.

—Y, ahora, ¿no podrá usted hacer nada?—preguntó María.

—Nada. No sé cómo no me mataron. ¡Me dieron una de palos! Verdad es que yo soy más fuerte de lo que parezco.

—Pero es una salvajada —dijo Aracil.

—Así va España; así va esta desgraciada nación—saltó diciendo Musiú Roberto del Castillo.

—El *Musiú* es un sabio —dijo el *Ninchi*, con ironía; luego añadió—: Si nos dieran ustedes unas perras para tomar algo aquí —y señaló un ventorrillo—, nos harían un favor.

Aracil le dió unos cuartos al *Ninchi*, y éste y el *Musiú* quedaron en el ventorro, y el doctor y su hija siguieron su camino.

Arreciaba la lluvia, y los viajeros se desviaron de la carretera, y se encaminaron, por una senda, a un pueblo que se veía a poca distancia.

—¿Qué pueblo es éste? —preguntó Aracil a un zagalillo, que volvía con unas cabras.

—Chapinería.

Llegaron a la posada y entraron en la cocina. La ventera, una mujer gorda, embarazada, de mal genio, hablaba con una comadre, sin mirarle a la cara. Aracil y su hija se secaron a la lumbre y pidieron de comer. La posadera, con muy mal gesto, les hizo la comida, consistente en un guisado de patatas, y comieron al mismo tiempo que un zapatero remendón y vagabundo, que andaba de pueblo en pueblo echando medias suelas.

En esto entró en la cocina un hombre charlatán y sabihondo, algún notable del pueblo, y, a las primeras de cambio, dijo con orgullo que era masón y socialista. El hombre, curioso como un diablo, después de interrogar al zapatero, quiso seguir su interrogatorio con Aracil, pero éste le contestó secamente que era guarda de la Casa de Campo, y que iban de viaje.

Después, aunque seguía lloviendo, advirtió a María que iban a continuar.

El charlatán masón y socialista dijo, para que le oyeran, que todos los guardas de las posesiones reales tenían más orgullo que don Rodrigo en la horca, y Aracil, haciéndose el ofendido, pagó la cuenta y salió de la posada.

Dejaron Chapinería, volvieron a tomar la carretera y cruzaron por un pueblecillo bas-

tante bonito, llamado Navas del Rey. A la salida del pueblo, un soldado joven de la Guardia civil les saludó amablemente, y quedó contemplando a María con gran entusiasmo.

—¡Has hecho estragos en la benemérita! —dijo Aracil, irónicamente, a su hija.

—Sí; me parece que sí —contestó ella, riendo.

Comenzaron a bajar una gran cuesta, entre dos vertientes cubiertas de pinares. El cielo, violáceo en una zona y plomizo en otra, se presentaba amenazador; las masas de pinos se ensanchaban sombrías y negruzcas en las laderas del monte. Por la carretera, cubierta de pinocha, pasaba alguno que otro carro de bueyes, cargado de maderas; una nube pizarrosa se extendió por el cielo. Comenzó a llover; el camino se puso resbaladizo y peligroso; luego, el tiempo se cerró definitivamente.

Bajaron despacio la cuesta, que trazaba varias curvas en espiral, hasta llegar, ya caída la tarde, a un ventorro largo y estrecho, construído con piedras gruesas, que se levantaba junto a un arroyo. El ventorro se llamaba de San Juan de los Pastores.

Dejaron Aracil y su hija los caballos, y se metieron en la cocina, al lado del fuego, que despedía un humazo que impregnaba las ropas y hacía llorar. Un zagal, con los pies desnudos, renovó unas rajuelas de tea que ardían en una hornacina labrada en la pared, de piedra, y la luz se extendió más fuerte por la negra cocina.

Se habían acogido en el ventorro unos cuan-

tos pastores trashumantes, y María y Aracil los estuvieron contemplando. Uno de ellos era un tipo flaco, aguileño, con aire triste de antiguo siervo. Venía de Extremadura con su rebaño, y marchaba a Castilla.

Llevaba como zagal a su hijo, un chiquillo enfermizo, rubio y delgado, con un tipo de príncipe. Estos dos pastores melancólicos, los dos montañeses, con sus ojos azules claros y su porte soñador, aristocrático, se distinguían en medio de los otros, plebe de la llanura, de nariz chata y pómulos salientes.

Entrada la noche, se presentó el ventero con cuatro guardianes de los pinares. El ventero era de Torrelodones, alto, jaquetón, de bigote negro. Le llamaban el *Mellado*; hablaba en un tono muy chusco, entre desdeñoso y agresivo, y decía a cada paso: «¡Mardita sea la pena!» El *Mellado* era hablador, y dijo que había sido amigo de *Frascuelo*, por lo cual ya creía que entendía más de toros que nadie. Los guardianes también tenían su opinión en cuestiones de tauromaquia, y hubo entre ellos y el *Mellado* una larguísima discusión acerca de todos los maletas y novilleros de Madrid; se hicieron cábalas acerca del porvenir de estos futuros toreadores, y María tuvo el gusto de oír por primera vez el nombre del *Polaca*, del *Mondonguito*, del *Guaja Chico*, del *Patata* y de otra porción de superhombres desconocidos para ella.

Por si uno de éstos era mejor que otro se entabló una agria discusión entre el *Mellado* y uno de los guardianes, y éste se permitió decir al ventero que era un blanco.

—A mí no me dice eso nadie —gritó el *Mellado*, con tono trágico—, porque por menos que eso mato yo a un hombre.

—¡Qué has de matar tú! ¡Boceras! —saltó la mujer—. Anda, que hay que ver si se encuentra sitio para el rebaño de estos pastores.

El *Mellado* no debía ser tan fiero como quería dar a entender, pues, dejando la discusión, salió de la cocina con el farol, y volvió al poco rato.

Después de comer, el ventero brindó con el pajar a María y al doctor, y él, con los guardianes de los pinos, se dedicó a jugar a la brisca y a seguir hablando de toros.

María y Aracil se tendieron en el pajar. Había ratas allí y se las oía correr por el suelo. María, asustada, temía que algún animal de aquellos le mordiera. Desvelada con tal preocupación, estuvo con los ojos abiertos, pensando en las mil peripecias que todavía les reservaría el viaje, y después de cavilar mucho se quedó dormida.

XVI

LA VENTA DEL HAMBRE

Por la mañana, con un día obscuro y nublado, salieron del ventorro. Cruzaron una aldea llamada Pelayos, pasaron por San Martín de Valdeiglesias, y a la salida de este pueblo comenzó a llover.

Se les reunió en la carretera un viejo campesino, que iba con un burro cargado con dos sacos de trigo. Tenía este viejo la cara llena de grietas, que parecían surcadas en madera, y hablaba en un castellano arcaico, empleando unos giros desusados y unas palabras extrañas. Aracil y María se entretuvieron en hacerle preguntas y ver cómo las contestaba.

A la hora de salir de San Martín, el viejo se desvió para tomar el atajo de un molino.

—¿No hay por aquí una venta? —le dijo Aracil.

—Sí; ahí mediata la tienen —contestó el viejo—; si toman por el atajillo, más aína la encontrarán.

Celebraron padre e hija la indicación, e iban de prisa, aguantando la lluvia, cuando vieron una casa medio derrumbada, oculta entre unos

chaparros, cuya chimenea arrojaba al aire un vaho débil de humo. El campo que a la casa rodeaba era yermo y adusto; sólo un ermitaño o un asceta hubiera podido escoger aquel páramo para vivir en él.

Llamaron en la casa, y Aracil preguntó si les podían dar hospedaje y comida. Una vieja de negro, escuálida y amarillenta, hizo un gesto de resignación, indicándoles que pasaran, y un mozo flaco y espiritado, tomó de las riendas las caballerías y las llevó a la cuadra.

Pidió Aracil algo con qué matar el hambre, y no había mas que pan seco; encargó al mozo que echara un pienso a las caballerías, y el mozo dijo que les daría hierba, a ver si querían comer, pues no había paja ni cebada. Aquella venta era la Venta del Hambre. Aracil y María entraron en la cuadra y vieron que los pesebres estaban limpios. Sacaron los caballos al campo, y al anochecer se les volvió a llevar a la cuadra.

Estuvieron padre e hija aburridos, paseando arriba y abajo por la cocina. En un cuarto próximo, que tenía los honores de sala, había un espejo envuelto en una gasa azul, llena de moscas muertas, y dos viejas litografías, una de Malek Adel, el héroe de madama Cottin, llevando a caballo a su dama, y la otra de Poniatowski, en el momento de meterse a caballo en el río.

—Es raro —dijo María— que hayan llegado estas cosas a rincones tan apartados.

—Sí, es raro.

—Y lo moderno, en cambio, no llega —añadió ella.

—Eso no es chocante —repuso Aracil—. Hoy la vida es industrial, y el mundo civilizado, en vez de enviar a las aldeas litografías de un héroe verdadero o falso, envía una máquina de coser.

Charlaron padre e hija de una porción de cosas. Pidieron de comer varias veces, y después de rogada mucho, el ama hizo unas sopas de ajo para los huéspedes, y les trajo una cosa negra y fría, que parecía hígado, y una jarra de vino. Aracil notó que no había gato ni perro en la casa.

El plato de la cosa negra, que no quisieron comer Aracil y su hija, la vieja lo retiró y lo guardó en un armario, con gran aflicción de todos los individuos de la familia.

Luego, la vieja, con sus tres hijas vestidas de negro, dos ya mayores, y una muchachita, todas a cual más héticas y tristes, se sentaron al fuego; se les reunió después el mozo flaco y espiritado, y se pusieron a rezar el rosario. Estaban todos mustios, callados y cabizbajos. De cuando en cuando bostezaban de hambre y se persignaban sobre la boca abierta, y la vieja, tras de bostezar, suspiraba y decía:

—¡Ay, Señor, qué pena de vida! ¡Para cuatro días que ha de vivir una en este mundo! ¡Ay, qué mundo más desengañado y más triste, que todo son lágrimas, enfermedades y dolor! ¡Ay, qué inútil es trabajar y cuánto más valiera haber ya muerto!

La vieja, después de una retahila de éstas, miraba a sus huéspedes, como pidiéndoles colaboración en su idea desacreditadora del

mundo. El doctor estaba entristecido y malhumorado; María se asombraba de ver tanta pobreza.

Después de rezar, toda la familia de escuálidos desapareció, y la vieja, gimoteando, vino con un jergón, que tendió en la cocina, delante de la lumbre, y mal que bien se arreglaron para dormir allí Aracil y su hija.

Por la mañana, al amanecer, el doctor aparejó los caballos, pagó al mozo lo que le pidió, y al apuntar el alba los dos fugitivos salieron de la venta triste.

—¡Qué horror! ¡Qué casa! —exclamó Aracil—. Ahora respiro —murmuró, al encontrarse en la carretera.

—Y estos pobres caballos no han comido nada desde ayer —dijo María.

—Veremos si hoy tienen más suerte.

Siguieron por la carretera, y unas hora después comenzaron a subir una escarpa del monte. El cielo estaba nublado; el sol, perezoso, hacía alguna que otra salida lánguida; la tierra blanqueaba, húmeda de rocío.

En lo alto de la cuesta vieron las mojoneras de la provincia de Ávila. Se cruzaron en el camino con una porción de carros, algunos llenos de chicas vestidas de fiesta, que iban a la feria de La Adrada.

Pasaron por Sotillo, dieron de comer y beber a los caballos y siguieron el camino con los que iban a la feria. En esto, en una revuelta, se toparon con una tropa de gitanos que regresaba del mercado, con sus mujeres y sus chicos. Iban las mujeres de dos en dos, en mu-

los escuálidos y en borricos flacos y extenuados, llenos de alifafes y esparavanes; algunos chiquillos sacaban la cabeza de entre las albardas, y los hombres, a pie, marchaban ligeros y jaquetones.

Un viejo de patillas, con una gran vara, se acercó al doctor y le propuso comprarle la yegua; Aracil le dijo que no. Entonces le preguntó si quería cambiarla, y un gitano joven y marchoso vino en ayuda del viejo; hizo nuevas proposiciones, que fueron rechazadas, y decididos el viejo y el joven, de mal ceño y requiriendo la compañía y ayuda de otros dos cañís con la mirada, tomaron un aire amenazador, y uno de ellos advirtió:

—Vaya, apéense y dejen las caballerías, que es lo mejor para ustedes, que si no va a haber aquí la de Dios es Cristo.

Quedó Aracil parado al oír la amenaza, y María, que creyó que el peligro no era serio, enarboló su vara y al mozo que se le acercaba a sujetarle por las piernas le soltó un varazo en la cara. Varios de los gitanos echaron mano a las tijeras que llevaban en la faja, y no hubiera sido fácil saber lo que hubiese pasado a no presentarse en aquel momento un carro lleno de muchachas que se dirigía hacia la feria.

Al verlo, los gitanos cambiaron de actitud; hombres y mujeres pidieron una limosnita para los churumbeles, y el doctor sacó unas cuantas monedas de cobre y las tiró al suelo, con lo cual quedó desembarazado el camino y pudieron, Aracil y su hija, seguir adelante.

XVII

LA «GILA»

Se acercaron al lugar donde se celebraba la feria, entre jinetes, carros y ganado, que llevaban a vender. Al entrar en el pueblo se oía un murmullo de colmena, y rasgaba el aire, de cuando en cuando, el sonido de una corneta. En las calles, el barro alcanzaba más de un palmo. En la plaza había puestos de hierro, de alforjas y de mantas, de sombreros de Pedro Bernardo, de pañuelos, telas y bayetas de abigarrados y vivísimos colores, desconocidos en el mundo de la civilización.

En una barraca de un cinematógrafo tocaba el *Ninchi* a la puerta. No le conocieron María ni el doctor, pero él se encargó de llamarles, y les recomendó una posada, donde comieron opíparamente.

Dijo Aracil al posadero que era guarda de la Casa de Campo, en Madrid, y que iba a Arenas de San Pedro. Hablaron entonces de la caza y de las cabras monteses de la sierra de Gredos, y el posadero explicó que en la parte

más alta, en la Peña de Almanzor, existía una laguna misteriosa y sin fondo, en cuyas aguas moraban unos animales tan terribles, que si caía un buey lo devoraban inmediatamente y no dejaban de él mas que los bofes, que sobrenadaban en la superficie del lago.

María pensó en su primo Venancio, en aquel sonriente destructor de leyendas, que se había bañado en la laguna de Gredos y buceado en sus aguas, sin pescar ni el terrible monstruo, ni la más modesta ondina, ni aun siquiera un ligero catarro.

Estuvieron Aracil y María, por la tarde, en una sesión del cinematógrafo del *Ninchi*, y poco después salieron de La Adrada. Al cruzar por una aldea, llamada Piedralabes, encontraron dos mujeres y un hombre que iban por el camino. El hombre era un tipo flaco, amojamado, de gorrilla, gabán viejo, con el cuello subido, y una guitarra a la espalda. Las mujeres iban vestidas de claro; una era chata, fea, de colmillo retorcido; la otra era una niña, pálida y anémica.

Les extrañó al doctor y a su hija estos tipos, y se quedaron, al pasar, mirándolos con curiosidad.

El hombre de la guitarra les saludó y comenzó a seguirles y a contar sus cuitas. Dijo que él y las dos mujeres habían ido a La Adrada contratados para bailar en un cinematógrafo; él era tocador de guitarra y ellas bailarinas, y por una tontería no quisieron aceptarlos; habían salido a pie y sin una perra y estaban reventados de andar. Tenían los pobres un

aspecto desdichado. Mientras hablaba el hombre, la chata gruñía y la jovencita anémica, a la que le quedaban manchas de colorete en la cara, pálida y azulada, se quejaba al andar. Llevaba, según dijo, zapatos de tacón alto, los mismos que les servían para bailar, y le hacían mucho daño. El de la guitarra preguntó al doctor si no les podría dar alguna cosilla para comer. Con una peseta les bastaba. Aracil se la dió y, dejando en el camino a los infortunados histriones, llegaron María y su padre, ya de noche, a Casa Vieja, y entraron en una posada.

Pasaron por un corredor muy largo hasta la cocina, en donde dos mujeres charlaban sentadas al borde del fogón; saludó Aracil, no contestó ninguna de ellas; preguntó si había posada, respondieron, displicentes, las mujeres, y el doctor, olvidándose de su situación, dijo que hicieran mejor en tener un poco de cortesía con los viajeros.

La huéspeda, que oyó esto, se irguió del borde del fogón en donde se hallaba sentada y, con muy malos modos, dijo a Aracil que se fuera, que ella era reina en su casa y que no necesitaba de nadie para vivir.

Terció María con gran suavidad y logró amansar a la ventera y convencerla de que les dejara allí y de que, además, les preparase qué cenar.

La huéspeda pasó pronto del enfado a la simpatía; se dispuso a hacerles una modesta cena, y, mientras cocinaba, habló de sus padres y de su marido; contó su historia y dijo

que se llamaba la *Gila*. Puso luego una mesa pequeña y coja y sirvió a sus huéspedes la cena, que consistía en unas sopas, adornadas con una capa de pimentón de un centímetro o más de espesor, y un guisado de cerdo con su correspondiente manta roja.

De noche se presentó una muchacha muy linda, y besó la mano de todos los que estaban allí. María preguntó a la *Gila* qué significaba aquello, y la ventera explicó que su hija había ido a confesarse, y el cura, sin duda, le puso como penitencia que besara la mano a todos los que se encontraran en la casa al llegar a ella.

Luego vino el posadero, un palurdo que vivía, sin duda, bajo el dominio de su mujer, y porque se permitió discutir y porfiar con ella, la *Gila* le mandó a paseo con malos modos, y después, mientras fregaba unos platos, cantó con sorna:

En el cielo manda Dios;
en el lugar, el alcalde;
en la iglesia, el señor cura;
y a mí no me manda nadie.

—¡Qué mujer más bestial! —dijo Aracil con enfado.

—Pues esto es anarquismo puro —replicó María en voz baja y riendo.

La *Gila* se dedicó a deslumbrar a sus huéspedes con toda clase de desplantes; aquella reina de fregadero estaba más para una representación de lunes de moda del Español que

para la cocina de un humilde ventorro de aldea.

Al retirarse, la *Gila*, como favor especial, permitió al doctor y a su hija el ir a acostarse en el pajar, que estaba en lo más alto de la casa, pues los demás huéspedes se tendían en el zaguán.

No durmieron bien ni Aracil ni María, porque había en el pueblo un sereno con una poderosa voz de barítino, que delante de la casa cantaba la hora, con unos calderones y florituras de vieja zarzuela española, capaces de despertar a una piedra.

Al amanecer, la luz, que se filtraba por las rendijas del pajar, contribuyó a tenerles despiertos, y un hombre se encargó de molestarles, gritando:

—¡Arrieritos! Que está amaneciendo.

Pudieron dormir un rato por la madrugada. Al despertar, la claridad del día entraba por el ventanucho del granero, como una ancha barra de oro, iluminando al aire, lleno de partículas, y las telarañas del techo.

Bajaron del pajar, se despidieron de la *Gila*, que se preparaba para la faena, o mejor dicho, para la función del día, y salieron del pueblo.

XVIII

LA SAGRADA PROPIEDAD

IBAN marchando por delante de una aldea, llamada Mijares, cuando se unió a ellos una pareja de la Guardia civil. Temblaron al principio el doctor y su hija, pero se tranquilizaron pronto, porque los guardias civiles no les preguntaron nada.

Cruzaron a la vista de dos pueblos: Gavilanes y Pedro Bernardo; en este último quedaron los guardias civiles, y Aracil y María tomaron por una carretera recién construída y desierta. Preguntaron a un peón caminero cómo se hallaba aquel camino tan poco frecuentado, y el hombre, sonriendo con cierta socarronería, dijo que habían tirado aquel cordel para favorecer la finca de una rica propietaria, y que por allí no se levantaba ningún poblado que pudiera aprovechar la carretera.

A María le chocó ver que su padre no protestaba, y cuando estuvieron solos se lo hizo notar.

—Ya parece que tú y yo nos vamos acostumbrando a estas cosas.

—¡Psch!

—El viajar así yo creo que nos entontece un poco, ¿verdad? —preguntó María.

—Es natural —dijo, reflexionando, el doctor—. De espectadores nos hemos convertido en actores. El pensamiento paraliza la acción, como la acción achica el pensamiento. Andamos mucho, vemos muchas cosas, pensamos poco.

—Sin embargo, el hombre completo debía pensar y hacer al mismo tiempo.

—¡Ah, claro! Ese es el máximo. Pensar grandes cosas y hacerlas. Eso era César.

Iban entretenidos charlando, cuando vieron a un lado de la carretera a un hombre escuálido y casi desnudo, apoyado en un montón de piedras, envuelto en una manta llena de agujeros y con un pañuelo en la cabeza. Al lado del hombre, una mujer, vieja y haraposa, le contemplaba impasible.

—¿Qué le pasa a este hombre? —dijo Aracil, haciendo parar su caballo.

—Este hombre —contestó la vieja— es mi marido y está enfermo, y ahora le ha dado la calentura.

Bajó Aracil del caballo y, sin acordarse de su situación, reconoció al enfermo.

—Este hombre está muy mal, pero muy mal —dijo a la vieja, que se encogió de hombros.

—Pero, ¿cómo se han puesto ustedes en camino encontrándose su marido así? —preguntó María.

—Ya ve usted —exclamó la mujer—. Miserias de los pobres. Ya no podíamos estar en el

pueblo; debíamos la casa y nos han despachado, y como éste lleva tanto tiempo enfermo y no gana, pues nos salimos al camino.

—Y ¿qué es su marido de usted?

—¿Qué quiere usted que sea? Peón. Ha trabajado en la finca de la duquesa hasta que se ha puesto malo, y ahora, cada día está peor. Ahí, en la Venta de la Cruz, hemos querido parar, pero como no llevábamos dinero...

—Y ¿dónde está la Venta de la Cruz? —preguntó el doctor.

—A un cuarto de hora de aquí.

—¿No podrá ir su marido hasta allá? Ya le pagaremos la posada.

La mujer preguntó al marido:

—¿Podrás ir a la venta?

—No, no —murmuró el enfermo—; dejadme morir aquí.

—Voy a avisarle a ese peón que hemos visto —advirtió Aracil a su hija.

Retrocedió unos cien pasos, y encarándose con el peón caminero, le dijo:

—Oiga usted, amigo: hay ahí un hombre que se está muriendo en la carretera; ¿no le podría usted hospedar?

—¡Hombre, yo no estoy autorizado para eso! —contestó el peón—. Además, mire usted: mi mujer está de parto y acaba de dar a luz una niña.

—Pues ese hombre no se puede quedar así. Le advierto a usted que tiene unos cuartos. Aunque fuera, si tuviese usted un cobertizo donde meterle...

Reflexionó el peón y aceptó.

Aracil fué a darle la noticia al enfermo, y éste, sostenido por su mujer, se encaminó, despacio, a la casa del peón caminero. Después, el doctor le dió tres duros a la mujer, e inmediatamente Aracil y su hija montaron a caballo y siguieron adelante.

En esto vieron una piedra del término de una dehesa, en la que ponía:

«Propiedad de la Excma. Sra. Duquesa de Córdoba»

Aracil se descubrió al leer la inscripción, y exclamó, en tono de burla:

—¡Oh sagrada propiedad! Yo te saludo. Gracias a ti, los españoles que no emigran se mueren de hambre y de fiebre en los caminos.

María no dijo nada. Al anochecer llegaron a Lanzahita y comieron y durmieron en la posada.

XIX

LAS APUESTAS DEL «GRILLO»

Se detuvieron a comer en un parador, que se llamaba de los Patriarcas Grandes, cerca de un poblado, de nombre Ramacastaños.

Todos los que vivían en el parador, viejos, jóvenes y niños, estaban escuálidos y amarillos por las intermitentes. En un patio de la casa crecían unos cuantos eucaliptos desgajados y torcidos, con las ramas rotas.

Al salir del parador les fué forzoso detenerse al doctor y a su hija, porque en aquel momento cruzaban el camino compactas manadas de toros, que algunos vaqueros, montados a caballo, obligaban a pasar un barranquillo, en cuyo fondo corría un arroyo.

Esperaba también junto a María y su padre un joven elegante y melancólico, montado en un caballo negro. Este joven dijo que aquellas toradas iban de Extremadura a las tierras altas, y que habrían pasado el Tajo, probablemente por Almaraz.

No quisieron Aracil ni su hija entrar en con-

versación con el desconocido, y cuando acabó el paso de los toros y quedó libre el camino, siguieron de nuevo su marcha.

Al poco rato apareció el joven montado en su caballo negro. Tras él iba un mastín blanco, con el hocico afilado y las orejas caídas. Aquel joven melancólico, vestido de obscuro, parecía el Caballero de la Muerte, grabado por el gran Durero.

Saludó el joven al pasar, y se adelantó en el caballo; luego volvió a rezagarse, sin duda para contemplar de nuevo a los viajeros.

—¿Quién será este tipo? —dijo Aracil —¿No será un espía?

—¡Ca! —contestó su hija—. Algún curioso.

—Entre curioso y enamorado.

—Es posible.

Llegaron a Arenas de San Pedro, y Aracil y María, aun a riesgo de caerse, cruzaron el pueblo al trote, siguieron por cerca del castillo y pasaron el puente, desde donde se veía un riachuelo formado por muchos hilos de agua, que corrían por un cauce ancho, formado por piedras, casi todas ocultas por ropas blancas puestas a secar, que deslumbraban al sol.

Preguntaron a una lavandera por el camino de Guisando, y ya al paso se dirigieron a este pueblo por entre grandes pinares.

Se encontraron en el camino, cerca de un taller en donde trabajan varios leñadores, con un ciego y un muchacho, que iban con un carrito pequeño, tirado por un burro. El carrito, pintarrajeado y cerrado, tenía en la parte de atrás ocho o diez agujeros, tapados con redon-

deles de cobre, y encima de ellos ponía escrito: «Panorama Universal».

El viejo vestía una anguarina amarillenta, sombrero cónico y grandes antiparras; llevaba un rollo de tela en la mano y una caja a la espalda; el muchacho blandía una pértiga, larga como una lanza.

Les preguntó Aracil qué oficio tenían, y el ciego dijo que andaban de pueblo en pueblo con las vistas. Además, llevaban un cartelón que representaba distintas escenas del crimen de Don Benito, desde el asesinato de la víctima hasta la ejecución de los dos criminales en el patíbulo.

El cartelón y una caja de música, con cuyas notas amenizaba sus discursos, le servían para atraer a la gente.

El ciego quiso mostrar las excelencias de su declamación, y comenzó a recitar, de una manera enfática y con una voz aguda, un romance, en el cual se explicaba el crimen de Don Benito con todos sus horrores. El ciego se llamaba el *Grillo*, mote muy natural, dada su voz chillona y agria.

Tenía el hombre buena memoria; recordaba otros romances de crímenes célebres, y, por último, haciendo memoria, recitó los romances del guapo Francisco Esteban y Diego Corrientes, y con estas pintorescas narraciones de bandidos, puñaladas, trastazos, endechas de mártires y confesiones de verdugos, llegaron a la vista de Guisando.

Desde lejos, el pueblo era bonito, con sus tejados rojos y su aspecto de aldea suiza; pero

por dentro no tenía nada que celebrar: las calles estaban llenas de barro, los carros andaban entre la gente.

Preguntaron por una posada y les indicaron una casucha pobre, y el ciego, el lazarillo, Aracil y su hija entraron en ella hasta la cocina. Había allí un viejo flaco, envuelto en una capa y devorado por las intermitentes, que les dijo, con una voz débil, que esperaran a que viniera su hija.

Vino ésta, una mujer de hermosos ojos, con una gargantilla de corales en el cuello descubierto, y preparó de cenar a los viajeros.

Después de comer estaban charlando a la luz de un candil, cuando arribaron unos cuantos leñadores de los pinares. Sin duda no tenían mucho que hacer ni con qué entretenerse, y el *Grillo*, que sabía muchas malicias de posada, apostó a uno de los leñadores a que no comía cinco bizcochos sin beber nada, mientras él contaba ciento. El leñador, que era un mozo alto y fuerte, dijo que no tenía dinero para apostar, pero que tenía la seguridad de comérselos. Otro de los leñadores apostó un real por su compañero, y se hizo la prueba; pero el mozo alto no pudo con los cinco bizcochos, y cuando el *Grillo* contaba los cien, no había podido tragarlos. El que había apostado dinero pagó a regañadientes, y el que hizo la prueba bebió un vaso de agua y se sentó al fuego, tan satisfecho.

—Esto me recuerda —dijo el *Grillo*— un cuento viejo.

—Cuéntelo usted —dijeron los leñadores.

—Pues era un estudiantón de los antiguos —comenzó diciendo el *Grillo*— que andaba con la tuna de pueblo en pueblo. Un día se encontró en Madrid muerto de hambre y con un dolor de muelas de padre y muy señor mío. El hombre tenía una peseta en el bolsillo y no sabía qué hacer, porque decía: «Si voy a casa de un barbero y me quito la muela, voy a tener un hambre de perro; y si como y no me quito la muela, se me va a hacer el dolor más rabioso». En esta alternativa, ¿sabéis lo que hizo?

—Yo hubiera comido —dijeron la mayoría de los leñadores.

—Yo me hubiera puesto un emplasto —añadió otro.

—Pues a él se le ocurrió una cosa mejor —repuso el *Grillo*—; verdad que era de la piel del diablo. Fué a una pastelería en donde había mucha gente, y, delante del escaparate, comenzó a gritar: «¡Me comería cien! ¡Me comería doscientos!» Unos soldados que le oyeron le dijeron: «¿A que no?» «¿A que sí?» «¿Cuánto apostamos?» Si pierdo, que me quiten esta muela, pero sólo ésta». «Bueno, vamos». Entraron en la pastelería, y el estudiante a comer y los soldados a pagar; a la docena ya no pudo más y se dió por vencido. Le llevaron los soldados a la barbería, y el barbero le arrancó la muela. Al salir, todo el mundo, de chunga, había formado un corro a su alrededor, y le señalaba y se descalzaba de risa, y decía: «Mirad a este estudiante, que por perder una apuesta se ha dejado quitar una muela». Y el

estudiante contestó: «Sí; pero era una muela que me dolía hace un mes». Lo mismo digo yo —añadió el *Grillo*— del que ha perdido esta apuesta. Ha perdido, pero se ha comido los bizcochos y no ha pagado nada.

Rieron el cuento los leñadores, y el mismo aludido celebró la alusión; luego el *Grillo* sacó su caja de música y comenzó a darle al manubrio, y tocó dos o tres valses incompletos y una canción francesa, vieja y romántica, de *Les dragons de Villars.*

La huéspeda preguntó al doctor y a su hija si querían acostarse, y habiendo dicho que sí, una moza les llevó a ambos, cruzando la cuadra, a la ahijadera de una zahurda llena de heno. Algo asombrados quedaron Aracil y María del dormitorio; pero antes de que pudieran protestar, la moza se llevó el candil y quedaron a obscuras. Encendió una cerilla el doctor y examinó el escondrijo, que estaba lleno de telas de araña. El olor de la hierba fresca era tan fuerte y penetrante, que no se podía respirar; buscaban padre e hija la manera más cómoda de tenderse en aquel agujero, cuando, abriendo la media puerta del chiscón, penetró un cerdo enorme, al parecer con intenciones amenazadoras. Aracil, que lo sintió, le pegó un puntapié, y el cerdo salió gruñendo y chillando. Volvieron a encender una cerilla, y entre padre e hija atrancaron la puerta y se tendieron a dormir.

Se despertaron varias veces con los gruñidos de los comedores de bellota, que hocicaban en la puerta y parecían querer entrar.

Antes que se hiciera de día, y mareados por el olor de la hierba, salieron de aquel infame rincón, pagaron la posada, echaron las albardillas a los caballos, compraron un pan grande y un pedazo de jamón para el camino, y dejaron el pueblo.

XX

EL HOMBRE DEL CABALLO NEGRO Y DEL PERRO BLANCO

IBAN entrando en la Vera de Plasencia; a la derecha, según caminaban, se erguía la pared gris, de granito, de la sierra de Gredos, cuyas crestas rotas, formando una línea austera, se dibujaban como recortadas en el cielo azul; a la izquierda, hacia el llano, veíanse colinas cubiertas de olivares, de granados, naranjos y limoneros. Junto a aquellos montes secos, que parecían quemados o hechos con escombros y ceniza, se destacaban las praderas verdes y los huertos del pie de la montaña.

El camino iba bordeando los setos de los prados, subiendo y bajando por las faldas de la sierra.

Pasaban María y su padre por delante de Poyales del Hoyo, cuando aparecieron junto a ellos el joven del caballo negro y del perro blanco, en compañía de un cura, montado en un burro.

Saludaron unos, contestaron los otros, y

aunque Aracil no tenía ganas de entrar en conversación, no pudo rehuírla.

El cura era charlatán, y comenzó a hacer preguntas al doctor y a su hija; el joven del caballo negro no dijo nada.

Era el camino estrecho y tuvieron que marchar de uno en uno, en fila india, como decía el doctor. En algunos sitios, el camino estaba convertido en una acequia caudalosa.

—Pero esto, ¿cómo puede estar así? —dijo Aracil.

—Esto lo hacen para regar los prados —contestó el joven, que todavía no había hablado—; aquí los propietarios echan el agua por el camino, y así se evitan gastar en acequias.

—¡Qué barbaridad!

—Pues aquí ya se sabe —replicó el cura—; todo el mundo anda a la gabela, y el que puede más que nadie...

Llegaron a un sitio muy hermoso, al que daban sombra inmensos castaños y adornaban grandes adelfas, como canastillas de flores. El joven del caballo negro propuso que se pararan allí a comer; Aracil dijo que ellos tenían alguna prisa; pero, a las instancias del joven y del cura, no tuvieron más remedio que acceder y quedarse.

Se dió un limpión al terreno; se hizo fuego; el joven sacó su merienda, un vaso y un plato, que ofreció a María; el cura, una bota de vino y algunos fiambres, y Aracil, lo que había comprado en el pueblo. Después de comer, el cura fué partidario de que se tendieran un poco al

sol, y, efectivamente, quitándose la sotana y poniéndola de almohada, se echó a lo largo entre la hierba, y se quedó dormido.

Aracil estaba impaciente por marcharse, y advirtió a María que se preparase.

—¿Qué, nos vamos? —preguntó el joven, como considerándose ya de la partida.

Aracil hizo un gesto involuntario, de contrariedad, y el desconocido, al notarlo, añadió, con tono melancólico:

—Sí molesto, no digo nada.

—No, no —replicó Aracil—; de ninguna manera.

El caballero dió las gracias, y luego, de pronto, murmuró:

—Yo me llamo Alvaro Bustamante. A cualquiera que le pregunten ustedes en estos contornos les podrá abonar por mí.

—¡Oh, no lo dudamos! —dijo Aracil—. ¿Es usted de esta tierra?

—Sí; soy hijo —siguió diciendo el joven— de una familia de Jarandilla, donde mis padres tienen una casa antigua.

—Y qué, ¿son ustedes agricultores? —preguntó Aracil.

—Sí; tenemos viñas, ganado, molinos, una fábrica de aguardiente...

—¡Vaya! Entonces son ustedes ricos— saltó diciendo María.

—Sí...; pero eso no quita para que seamos unos desdichados y arrastremos una vida horrible.

—Pues, ¿qué les pasa a ustedes? —preguntó, con interés, la hija del doctor.

—¿Qué nos pasa? Lo que le digo a usted: que somos unos desdichados. La verdad es que los extremeños han caído mucho; desde el antiguo García de Paredes hasta el García de Paredes del crimen de Don Benito, hay todos los grados de la degeneración.

—Pero, ¿usted no habrá matado a nadie? —dijo María, con un terror cómico.

—No, no se alarme usted —contestó, sonriendo, el joven don Alvaro—; mi desdicha no es ser un bruto, sino no tener energía para nada. Yo, y lo mismo mis hermanos, somos víctimas de mi padrastro. Mi padrastro es un hombre de energía extraordinaria. Era en el pueblo secretario del Ayuntamiento, y se casó con mi madre, una viuda con tres hijos, la persona más rica de Jarandilla. Mi madre es una mujer dulce, amable; entonces vivía una temporada en el pueblo y otra en Madrid. Se casó, y comenzó la dominación paternal. Lo mismo ella que mis hermanos quedamos reducidos a nada. Mi padrastro es terrible; el lo dirige todo. Se levanta temprano, se acuesta tarde; está siempre trabajando con un afán de poseer, de extender sus propiedades, de apoderarse de todo. Según él, nosotros no debemos trabajar. Mi hermano y yo hemos tenido intentos de libertarnos, pero no hemos podido; fuimos a Madrid con intención de hacernos independientes, y nada. Ahora quiere mi padrastro que mi hermano sea diputado, y lo conseguirá.

—Pero, entonces, a ustedes les quiere bien —dijo María.

—Sí; pero nos ha matado; ha acabado con la

poca energía que teníamos, y nos estamos pudriendo en la vida pantanosa de un pueblo de éstos.

—Y, ¿por qué no se va usted? —preguntó Aracil.

—Eso estoy pensando siempre, en marcharme; pero no a Madrid, ni a París, sino a Australia, a Nueva Zelanda, a tierras jóvenes, donde haya una vida intensa.

—Y ¿está usted decidido?

—Sí; pero cuando maduro mi plan y voy a realizarlo, veo que no tengo voluntad, que mi voluntad está muerta... Y luego me retiene ver a mi madre, que es toda ternura para nosotros, y que con una mirada adivina mis más íntimos pensamientos. Crea usted que me odio a mí mismo.

El joven hablaba con fuego, a la vez que con desaliento.

El doctor y su hija le contemplaban con curiosidad, mezclada de simpatía.

—Yo, como usted —dijo Aracil—, no tomaría ninguna determinación heroica, sino inventaría una chifladura: hacer versos, coleccionar sellos o piedras... Las cosas pequeñas son como las cuñas: pueden servir para afirmar el deseo de vivir.

En esto, el cura, que dormía de cara al sol, hizo un movimiento brusco y se despertó:

—¿Qué hacemos? —dijo.

—¿Vamos?

—Vamos allá.

Montaron a caballo y se dirigieron los cuatro hacia Candeleda.

La sierra de Gredos se erguía a la derecha, alta, inaccesible, como una inmensa muralla gris, sin un caserío, sin una mata, sin un árbol en sus laderas pedregosas ni en sus aristas pulidas, que brillaban al sol. Se hubiera dicho que era una ola enorme de ceniza, calcinada, quemada, rota; una ola que, en la obscuridad de lejanas edades geológicas, formó, al petrificarse la sierra. Alguna nieve blanqueaba la cresta dentellada del monte, y parecía la espuma de la inmensa ola de granito. El aire era diáfano, limpio, luminoso, como el de un mundo nuevo acabado de crear; sobre las crestas de la sierra era de un azul intenso y radiante. Algún águila, volando suavemente a inmensa altura, trazaba, en la limpidez del aire, grandes y majestuosas curvas; a la izquierda, hacia abajo, brillaban al sol los campos verdes, surcados por las líneas obscuras de las lindes, los bosquecillos de árboles frutales y los cerros cubiertos de jara y de carrascas.

Otra vez el camino estaba convertido en acequia, y los caballos se hundían en la corriente. Las libélulas volaban rasando el agua.

—Esto es un escándalo —dijo Aracil.

—Sí; ciertamente que lo es —contestó don Alvaro—. Aquí los propietarios acotan campos y montes, quitan los caminos, pero no hacen nada por los pueblos. Regiones extensísimas, dehesas en las que podían vivir miles de personas, están sin roturar. Los propietarios las guardan para la caza y la ganadería. ¡Y si ya que se llevan el fruto del trabajo de los demás hicieran algo! Nada. Aquí tiene usted esta par-

te de la vera, naturalmente fértil, sana; pues la gente se muere, como chinches, de las fiebres.

—Y ¿de qué procede eso? —preguntó el cura.

—Procede de que en todos estos pueblos —contestó don Alvaro— hacen balsas para que se bañen los cerdos, y esas balsas se llenan de mosquitos, que son los que propagan las fiebres. Esa agua limpia que viene de la sierra se estanca y se convierte en un pudridero. ¡Y en España con todo pasa lo mismo!

—Es verdad —afirmó Aracil—. ¡Cuánta corriente limpia en su origen se estanca y se convierte en una balsa infecciosa!

Don Alvaro prosiguió diciendo:

—Es que todo lo que pasa en nuestro país en el campo es de una infamia y de una injusticia tal, que se comprende que no quede un español pobre, que todos emigren y se vayan cuanto antes de este indecente país. Porque aquí lo que pasa es que el Estado ha abdicado, ha dejado todas sus funciones en manos de unos cuantos ricos. Aquí se permite que el propietario tenga guardas matones que lleven su escopeta y su canana llena de balas; es decir, que, para guardar sus viñas, pueden abrir el cráneo a cualquier infeliz que vaya a robar uvas; aquí se ponen cepos y veneno en las propiedades; aquí se entrega a la Guardia civil, y se les lleva a presidio, a pobre gente que coge un haz de ramas secas o un puñado de bellotas. Y luego, esos ricos, que, además de miserables, son imbéciles, no son para poner unos cuantos eucaliptos ni para sanear un pueblo. Nada. La

avaricia y la bestialidad más absoluta. ¿Es que no hay más derechos que el derecho de propiedad en el mundo?

—Sí; este estado de cosas no puede subsistir —dijo el cura—; yo también estoy con usted y con la gente del campo. Soy hijo de labrador, y, la verdad, ya no se puede vivir en España.

—Y en Andalucía —siguió diciendo don Álvaro— es aún peor. Hay ricos que tienen dehesas y cotcs enormes. Allí viven los venados y los jabalíes donde podrían vivir los hombres.

—Ya entrarán los hombres algún día en esos grandes cotos —dijo Aracil.

—¿A qué van a entrar? —preguntó el cura—. ¿A cazar jabalíes?

—No. A cazar a los propietarios —replicó el doctor.

—Se echaron a reír todos, tomándolo a broma.

—¿Y usted cree que antes la gente de los pueblos viviría mejor o peor? —preguntó María.

—Mejor, mucho mejor —dijo don Álvaro—. Antes, estas dehesas y grandes propiedades eran de los conventos. Los frailes vivían en el campo y, poco o mucho, ayudaban a los campesinos. Pero ahora no pasa eso; todas esas propiedades, procedentes de la venta de bienes nacionales, son de particulares. La desamortización hubiera sido una gran cosa entregando las propiedades a los Ayuntamientos. Eso era lo justo y lo liberal. Lo que se hizo, además de injusto, ha terminado en medida reaccionaria. El papa excomulgó a quien comprara bienes de

la Iglesia; pero la gente se ríe de las excomuniones cuando hay dinero detrás, y unos cara a cara y otros por debajo de cuerda, compraron esas propiedades por unos cuantos ochavos, y hoy están en manos de unos cristianísimos propietarios, que son más despóticos que los frailes, más fanáticos que los frailes y más enemigos del pueblo que los frailes.

—Eso es verdad —dijo el cura.

—Añada usted —prosiguió don Álvaro— a la desamortización religiosa la civil, y que el Estado vende a los pueblos sus montes y sus tierras, y que en algunas aldeas, estando enfrente de pinares que fueron antes del pueblo, hoy no se puede coger ni un pedazo de tea para la lumbre. Y cada día la vida más difícil; porque esta propiedad particular aumenta, y el registrador sobornado y el alcalde cómplice permiten que el propietario extienda sus dominios y tome hoy un trozo y mañana otro del baldío del pueblo, y el pueblo agoniza y la gente se va, y hace bien.

—¡Qué desdicha! —exclamó María, a quien esta conversación entristecía.

—Eso traerá, a la larga, una revolución en España —dijo el cura.

—Y será lógica —exclamó Aracil—. En un país en donde la propiedad es tan brutal, tan agresiva y tan ignorante como aquí, la revolución debía estar ya triunfante.

—Ahora germina —repuso don Álvaro—. Usted no sabe el ambiente de ira y de protesta que hay en los pueblos españoles. Eso, en Madrid, no lo saben; porque en Madrid no se en-

teran de nada; allí creen que no se discurre mas que en el Congreso y en los periódicos. Y en los pueblos se discurre, se comenta, se odia al ejército, se odia la ley inicua, y se quiere vivir y trabajar.

—Y esa protesta, ¿cómo no sale a la superficie? —preguntó Aracil.

—¡Es tan difícil hoy! Luego la protesta se amortigua con la emigración. La gente más inteligente se embarca y se marcha a América. Nuestros hombres han servido durante cuatro siglos para trabajar tierras extrañas; en cambio, han dejado abandonada la nuestra. La gente fuerte se va, los débiles se quedan, y los cucos se marchan a Madrid, y desde allí corrompen más el pueblo.

—¿Es usted enemigo de Madrid? —preguntó María.

—Soy enemigo de las ciudades grandes, del lujo y de la propiedad. Creo que el dinero está pudriendo nuestra vida. Los españoles debíamos vivir como lugareños, porque nuestro país es pobre. Yo muchas veces he pensado que un rico que fuera infectando con microbios de la peste y del tifus todo el papel del Estado y todos los billetes que pasaran por sus manos, sería un hombre benemérito.

—Y sin dinero, ¿cómo íbamos a vivir? —dijo María.

—Viviríamos en el campo. Esparciríamos la vida que se amontona en las ciudades por los valles y los montes, haríamos la propiedad de la tierra común a todos, y así podríamos vivir una vida limpia, serena y hermosa.

—¿Y los teatros? —preguntó María.

—Al aire libre.

—Es usted muy radical —dijo el doctor, sonriendo—. Más que radical, anarquista.

—No me asusta la palabra, la verdad...; pero no creo en el anarquismo, al menos en el anarquismo actual.

Charlando así y andando al paso, cruzaron por Candeleda. A media tarde, el calor se hizo sofocante; el cielo tomaba un tinte blanquecino y la sierra de Gredos parecía negruzca. Era aún temprano y quisieron llegar a Madrigal, y entretenidos en la conversación, siguieron adelante, hasta que de pronto don Álvaro dijo:

—Pero éste no es el camino de Madrigal.

—¿No? —preguntó el cura.

—No. ¿Quién ha dicho que viniéramos por aquí?

—Nadie —contestó Aracil—; yo les he visto que tomaban por este camino y me he figurado que lo conocían.

—Bueno. Es lo mismo —repuso el cura—; por todas partes se va a Roma.

—Sí; pero no por todas partes se va a Madrigal —replicó don Alvaro.

Pasó un carro; preguntaron al carretero adónde llevaba aquel camino, y el carretero dijo que no terminaba en ningún pueblo, sino en la ermita de Nuestra Señora de Chilla.

—¿Y se puede pasar la noche allá? —preguntó el cura.

—Sí, hay una casa. La casa del santero.

—Pues vamos allá —dijeron los cuatro.

XXI

NUESTRA SEÑORA DE CHILLA

Iban haciendo el camino de Candeleda a Nuestra Señora de Chilla por una tierra hermosa y llena de grandes árboles.

Caía la tarde; el cielo se despejaba y se hacía más puro. A veces, Gredos parecía un monte diáfano, translúcido; un cristal azul, incrustado en el azul más negro del horizonte.

Habían dejado su conversación de asuntos trascendentales, y don Álvaro, muy divertido y alegre, charlaba con Aracil y su hija y bromeaba con el cura, que tenía la respuesta pronta y era socarrón y amigo de burlas.

El haberse perdido en el camino lo tomaban a broma todos, menos los caballos, ya cansados con la caminata; y el burro que montaba el cura, apabullado con el peso de la paternidad que llevaba encima, marchaba jadeante. Don Álvaro, que le vió así, dijo en tono de chunga:

El burro de fray Pedro,
Dios le bendiga;
corre más cuesta abajo
que cuesta arriba.

Y el páter, contonéandose, contestó:

Para cuestas arriba
quiero mi burro,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Se echaron a reír todos del desenfado del páter, y don Álvaro le dijo:

—Para mí que usted es un hombre terne, padre.

—Y bien —replicó el cura—. ¿Por qué no? A lo que vamos, vamos, amigo.

—¿Quiere que le preste mi caballo?

—No, señor; va usted bien en él. Ahora me bajaré un ratito, para que el burro pueda descansar.

Siguieron andando. Iba anocheciendo. El crepúsculo era de una diafanidad ideal, el cielo parecía de ópalo; luego se hizo anaranjado, con nubes de color de rosa, y más tarde quedó rojo, como un mar de sangre sembrado de islas de oro.

No se veía aún la ermita. María, algo impaciente, metió su caballo por un camino de cabras que pasaba entre chaparros y lentiscos y se dividía y subdividía hasta llegar a lo alto de un cerro, y desde allá columbró, a la ya muy escasa luz del crepúsculo, una casa blanca, que

debía ser la ermita, rodeada por tupidas masas de árboles.

Aracil, el cura y don Álvaro vieron a lo lejos destacarse la silueta gallarda de María. El horizonte rojizo iba ensombreciéndose, y en el fondo se presentaba el paisaje heroico, formado por montes ya obscuros, bajo un cielo fosco y amenazador.

Volvía la muchacha de nuevo al camino.

—¿Qué se ve? —le preguntó su padre.

—Estamos a poca distancia.

—Bueno —dijo el cura—; entonces metamos un repelón a los jacos, y ¡hala, hala! por esos caminos, que estamos cerca y se va haciendo tarde...

Camenzaron a brillar las estrellas en el cielo azul purísimo. El aire iba viniendo en soplos fríos, impregnados de olor a monte; el follaje de los árboles temblaba y la hierba se inclinaba en oleadas con las ráfagas de viento. Se acercaron a la ermita por entre dos filas de álamos. Un mochuelo descarado, inmóvil en la rama de un pino, con la cabeza como dislocada, les contempló con curiosidad, y al ver aproximarse a aquellos intrusos, echó a volar rápidamente. La noche dominaba e iba dejando más aromas en el aire y más frescura en el viento. El campo se hundía en un sueño de tristeza. Poco después, una campana, con un son agudo, derramó sus notas de cristal en el ambiente silencioso...

Entraron en casa del guarda de la ermita y se metieron en la cocina. Don Álvaro y el cura traían algunas provisiones y comieron al lado

de la lumbre, en compañía del doctor y de su hija, a la luz de la llama del hogar y de las rajuelas de tea que ardían sobre una pala de hierro.

El santero, un viejo idiotizado por la soledad en que vivía, hablaba muy de tarde en tarde, y dijo que, entrada la noche, iban a tener fiesta unas leñadoras que andaban recogiendo leña en el monte.

A eso de las nueve se fueron presentando en la cocina una porción de muchachas desgarbadas, feas, negras, la mayoría sin dientes, en compañía de unos mozos que, a quien más y a quien menos, se les hubiese podido tomar por un gorila. Parecían, al entrar en la cocina estos mozos y mozas, un rebaño de animales salvajes; en su compañía iban dos viejas horribles, una alta, seca como un sarmiento, arrugada y sin dientes, llamada la tía *Calesparra*, y otra pequeña, encorvada y negruzca, a la que decían la *Cuerva*.

La presencia del cura les impuso un poco de respeto a estos tipos selváticos, que miraron a don Álvaro, y sobre todo a María, como si fuesen criaturas caídas de la luna.

Entre los mozos había uno con las trazas de un verdadero chimpancé. Era grueso, membrudo, los brazos largos, la nariz chata y los ojos brillantes; iba con una barba espesa, de seis o siete días, que parecía formada de pinchos; tenía las cejas negras y el labio colgante. Se llamaba Canuto, y era porquero. Las leñadoras jugaban con él, y él las intentaba agarrar y decía:

—¡Indina! Si te cojo en el monte, ya verás, ya.

—Este es algún medio tonto —le dijo Aracil al cura.

—Sí, tonto —replicó el cura—. Métale usted el dedo en la boca. Este lo que tiene es más picardías que una mula falsa.

Algunos mozos habían quedado fuera de la casuca del santero, y dos o tres de ellos entraron en la cocina a preparar los instrumentos de música para el baile, consistentes en una caldera, que golpeaban con un palo, y una zambomba formada por una piel de carnero clavada muy tensa en uno corteza cilíndrica de alcornoque.

Cuando ya estuvieron arreglados los toscos instrumentos, salieron todos al raso de la ermita, sujetaron entre piedras unas teas, que echaban más humo que luz, y comenzó el baile, que tenía el aspecto de una danza de hombres primitivos en el fondo de un bosque virgen.

La luz de las teas manchaba de claridades rojizas el rostro de los bailarines y daba a la escena un aspecto fantástico.

Un mozo que se sintió burlón, cogió de la cocina una sartén, y haciendo como que se acompañaba con la guitarra, cantó unas tonadillas extrañas, y luego hizo cantar a Canuto y a la tía *Calesparra*.

—No parece que estemos en un país civilizado —dijo don Alvaro.

—Es posible que no lo estemos —replicó, humorísticamente, Aracil.

—La verdad es que choca —añadió María—

que cerca de aquí haya trenes, y telégrafo, y luz eléctrica...

—Nos encontramos en este momento en plena edad de bronce —agregó don Alvaro.

—¡Ca, hombre! —dijo el doctor—. Canuto no ha llegado al período cuaternario. Yo estoy seguro de que todavía siente la nostalgia de andar a gatas.

Estuvieron contemplando el baile durante algún tiempo.

La fiesta no tenía grandes atractivos, y María y Aracil, seguidos de don Alvaro, se apartaron un poco del raso de la ermita. La luna llena brillaba, redonda y blanca, sobre la montaña. Ni un soplo de aire turbaba la serenidad del éter; la calma reinaba en el cielo y en la tierra; todo parecía reposar en un silencio solemne; los árboles y las rocas se dibujaban con claridad a la luz lunar, y la sierra de Gredos se erguía entre blancas brumas azuladas.

—¡Qué hermoso! —dijo María.

—Es extraño —añadió don Alvaro.

—La ermita, desde aquí, con sus paredes blancas, tiene un aire mágico —añadió el doctor.

XXII

LA LEYENDA DE CHILLA, SEGÚN ARACIL

Y usted sabe ¿por qué se llama esta ermita Nuestra Señora de Chilla? —preguntó María a don Alvaro.

—No.

—Pues seguramente tendrá una explicación este nombre, su historia o su leyenda.

—Si no la tiene, es fácil inventarla —dijo Aracil.

—Yo no tendría imaginación para tanto —repuso don Alvaro.

—Yo, sí; ahora mismo se la voy a contar a ustedes; pero no le diga usted nada al cura.

—No, descuide usted.

—¿Hay por aquí algún convento? —preguntó el doctor.

—Sí, hombre, el de Yuste.

—Pues ya está la leyenda. Oigan ustedes —dijo Aracil.

Y tomando un tono insinuante y persuasivo de orador sagrado, comenzó así:

—En el monasterio de Yuste, que está en-

clavado en la sierra de Gredos, había, hace muchos años, un fraile llamado Melitón, que era un gran pecador y un saco de picardías. Fray Melitón no se contentaba con comer bien, con dormir bien y beber mejor, que ésta es la obligación de todo fraile, sino que le gustaba salir del convento y cortejar a las mozas. Además de esto, Melitón era malintencionado, se burlaba de la gente, engañaba al prior, y en vez de ocupar sus ocios en leer, como sus compañeros, esos libros sublimes que se llaman *El Catalejo Espiritual, El Sinapismo de las Virtudes Teologales, La Carabina de la Penitencia* o *La Tabaquera mística, para hacer estornudar las almas devotas hacia el Señor,* se dedicaba a socarronerías y burlas. Una noche, en la infraoctava del Corpus, fray Melitón tenía una cita con una rica viuda, a la que había catequizado. Pensaba llevarle *El Fusil del Devoto,* que es la obra que más efecto causa en las viudas recalcitrantes. Melitón, después de rezar las oraciones, salió de su celda sin el permiso del prior, tomó una linterna y un paraguas, ¡el condenado tenía miedo a constiparse!, abrió la puerta del convento y salió al campo. Había mucho lodo en el camino, y Melitón pensaba que iba a llegar a casa de la viuda lleno de barro, lo cual no le gustaba. Se hallaba con esto preocupado, cuando vió cerca de él una burra parda, sin duda, escapada de algún caserío, que pacía por allí. Fray Melitón, pensando que el encuentro le venía de perillas, se acercó a la burra, saltó sobre ella y, arreándola, echó a andar hacia el pueblo, ¡hala que

hala! El fraile iba distraído, pensando en la viudita, en los pasteles con que le obsequiaba y en un rico vino de moscatel, del que tenía grandes provisiones en la bodega, cuando, de repente, mira para abajo y empieza a ver que marchaba por el aire entre las nubes, y que ya casi no se veían los árboles. Fray Melitón se asustó, creyó que estaba ya mareado con el recuerdo del vino, pero vió que, en realidad, subía y subía cada vez más. El hombre, o mejor dicho, el fraile, horrorizado, convulso, comenzó a tirar del ronzal a la burra, pero ésta, como si no. «¡Para! ¡Para! ¡Para!», gritó varias veces, y la burra seguía adelante. «¡Para! ¡Para!», volvió a gritar el fraile, y la burra, sin hacerle caso, decía entre dientres: «Sí, sí; chilla, chilla. ¡Para lo que te ha de valer!» Melitón apretaba las nalgas contra la burra, a ver si con el esfuerzo empezaba a bajar el fantástico animal, y llamaba a todos sus amigos, y chillaba y gritaba agitando su linterna, y la burra, que bramaba e iba echando fuego por todo el cuerpo, decía: «Sí, sí; chilla, chilla. ¡Para lo que te ha de valer!» Entonces fray Melitón comprendió que estaba perdido y que era un gran pecador; sintió un profundo dolor de contricción, tiró la linterna y comenzó a llorar y a encomendarse a la Virgen. En esto sintió que la burra parda se deshinchaba por momentos y que iba echando un olor de azufre insufrible. Melitón, entonces, por inspiración divina, temiendo estrellarse en el suelo, abrió su paraguas, que le sirvió de paracaídas, y fué bajando lentamente hasta este cerrillo. Al encon-

trarse en el suelo se arrodilló, dió gracias al cielo, y acordándose de lo que decía la burra cuando le llevaba en el aire, levantó aquí el santuario de Nuestra Señora de Chilla.

—Muy bien —dijo don Alvaro riendo—. Es una explicación muy chusca, aunque un poco irreverente.

—¿Cree usted?...

—Sí, hombre.

—Pero la religión de nuestros mayores abunda en cosas chuscas.

—No digo que no.

—Eso demuestra la fuerza de la religión. Cuando vive todavía, a pesar de todas sus mojigangas, es, sin duda, por algo.

Se habían alejado de la ermita y volvieron a ella. Parecía de lejos un gran castillo feudal, lleno de almenas y de torrecillas, en medio de una garganta rodeada de bosques; la claridad de la luna brillaba en el fondo de las enramadas, y el cielo profundo tenía un inusitado esplendor...

Durmieron en el zaguán de la casa del santero. El silencio llegaba del campo, dando esa impresión misteriosa de la Naturaleza, en donde se funden el completo reposo y la vida intensa de los árboles y de las plantas, de los insectos y de los pájaros. En plena noche se oyó el grito siniestro y confidencial de la lechuza, y por la mañana cantaron los ruiseñores...

XXIII

EN SU BUSCA

MIENTRAS Aracil y su hija dormían en el zaguán de la casa del santero de Nuestra Señora de Chilla, dos personas andaban por Madrid pensando en ellos y preparándose para buscarlos: eran éstas Tom Gray, corresponsal de la Agencia Reuter, y el doctor Iturrioz.

Tom Gray había sido enviado por su Agencia a Madrid para dar cuenta de las fiestas; presenció el estallido de la bomba desde una tribuna próxima al balcón ocupado por el anarquista, auxilió a los heridos, vió a Nilo Brull muerto y estuvo presente en la autopsia. Además, conocía al doctor Aracil y a su hija.

Estaba en posesión de todos los datos necesarios para hacer una información detalladísima, y, efectivamente, la hizo; pero la desaparición de Aracil y de María dió al asunto nuevo interés y produjo una exasperación de su curiosidad periodística.

Conoció Gray al doctor Iturrioz, y en vez de creer, como los demás, que era un chiflado, se convenció de que era un hombre de talento.

—Usted y yo tenemos que buscar a Aracil —dijo el inglés.

—¿Y si lo encontráramos...? —preguntó Iturrioz.

—Si lo encontráramos... le ayudaríamos a escapar.

—Conformes.

Se pusieron los dos en movimiento y recorrieron todos los rincones de Madrid. Iturrioz creía que su amigo no había salido de la capital.

Cuando llegaron los telegramas de París afirmando haber visto al doctor allí, Gray dudó; siguió con sus informaciones, y, por último, después de ver lo infructuoso de sus pesquisas, creyó que había que abandonar las pistas seguidas y tomar otras nuevas.

Se veían Iturrioz y Gray en el café Suizo y se comunicaban sus impresiones. Una noche, Iturrioz dijo:

—He visto a Venancio Arce, un ingeniero pariente de Aracil. Sabe algo; tiene indicios de lo que ha podido hacer el doctor. Vamos a verle esta noche.

Fueron a visitar al ingeniero y hablaron con él.

—Yo estoy dispuesto a emplear el dinero que se necesite para salvarles —dijo Gray—; de manera que puede usted no tener escrúpulos en decirnos lo que sepa; si han escapado, mejor para ellos; si no, les ayudaremos a escapar.

—Yo, como saber, no sé gran cosa —replicó Venancio—. No tengo mas que indicios, suposiciones...

—Hable usted —le dijo Iturrioz.

—Yo creo que Aracil y María han estado en Madrid hasta hace diez o doce días, escondidos no sé en dónde.

—Creo lo mismo —dijo Iturrioz.

—El quedarse en Madrid después del atentado —aseguró Venancio—, aunque Aracil no haya tenido parte alguna en eso, era lo más prudente. Ellos supieron por la noche que se habían dado órdenes para prenderlos; lo natural es que hayan evitado tomar el tren.

—¿De manera que usted no cree que estuvieran en París cuando se dió esta noticia? —preguntó Gray.

—Yo no.

—Ni yo tampoco —añadió Iturrioz.

—Hay muchas razones para suponerlo así —siguió diciendo Venancio—. Se sabe que Aracil se afeitó en el hospital; está probado.

—Sí; es verdad —afirmó Gray.

—A pesar de esto, los dos periodistas de París que dijeron haberle visto, lo describieron como un hombre de barba negra. En la interviú que celebraron con Aracil en París, el doctor no sabía aún que Brull hubiera sido encontrado muerto. Sin embargo, la noticia se conocía allá veinticuatro horas antes, y Aracil no se había enterado. Además, le hacen decir un día después del encuentro del anarquista que ignoraba el paradero de Brull.

—Es absurdo todo esto —dijo Gray.

—No. Eso demuestra —exclamó Iturrioz— que Aracil no estaba en París, y que sus amigos llevaron a cabo esta maniobra para despistar a la policía.

—Esa es también mi opinión —añadió Venancio.

—Entonces, ¿usted qué cree? —dijo Gray—. ¿Dónde estarán? ¿En Madrid aún?

—Yo me figuro —contestó el ingeniero— que Aracil envió a algún amigo suyo de París una nota para que fingiese una entrevista con él, y que cuando la noticia surtió efecto y todo el mundo quedó convencido de que se habían escapado, entonces ellos se prepararon a la fuga.

—Y ¿cree usted que habrán tomado el tren? —preguntó Gray.

—Creo que no. Si hubieran tomado el tren estarían en salvo; si estuvieran en salvo, nos hubieran escrito. Además, es lógico que no se atreva uno a lanzarse a la suerte después de haberse salvado los primeros días.

—Y, ¿cómo cree usted que se hayan marchado?

—No sé; si ha habido por medio algún amigo o persona influyente, es posible que hayan ido en automóvil; pero lo dudo, por lo que decía antes. En automóvil, hace tiempo que estarían fuera de España, y nos hubieran escrito para tranquilizarnos.

—¿Usted supone, pues, que no han salido de España?

—Eso es.

—¿Y que han intentado marchar a pie hasta Francia? Me parece absurdo.

—Si han ido a pie o a caballo, yo creo que habrán elegido la marcha hacia Portugal. ¿Por qué lo supongo así? Primero, porque el viaje es más corto; segundo, porque el país es más despoblado; tercero, porque yo he hablado a María de este viaje.

—Entonces, es indudable —dijo Iturrioz—; han ido por ahí.

—De manera que si fueran ciertas las suposiciones de usted, ¿hacia dónde estarían? —preguntó Gray.

—Si han salido un día o dos después de publicada la noticia de su paso por París, deben estar cerca de la frontera portuguesa.

—¿Quiere usted venir con el doctor Iturrioz y conmigo en su busca? Tomaremos un automóvil, y, si los encontramos, los pondremos en salvo.

—Es que, probablemente, el camino que hayan seguido ellos no será la carretera.

—No importa; nos enteraremos. Conque, ¿usted viene? Saldremos dentro de unas horas. Iturrioz y yo vendremos a buscarle a las cinco. Esté usted preparado.

Se despidieron, y, por la mañana, Tom Gray y el doctor Iturrioz se presentaron en un magnífico automóvil a la puerta de casa de Venancio. Montaron los tres; Gray hacía de *chauffeur*; salieron de Madrid y, en un instante, llegaron a Maqueda; preguntaron aquí, siguieron hasta Oropesa y, no encontrando ningún dato, volvieron a Navalcarnero. Luego dejaron la carretera principal y llegaron a Brunete.

Venancio creía que el doctor y su hija ha-

brían tomado esta ruta. Como era poco frecuentada, en las ventas podían recordar el paso de los fugitivos, y, efectivamente, en el primer sitio donde preguntaron, en el ventorro de Los Dos Caminos, la mujer dió las señas de Aracil y de su hija, y dijo que hacía ya una semana o más que se habían albergado en su casa. Durante todo el camino, desde Brunete hasta San Martín de Valdeiglesias, encontraron el rastro de Aracil y de su hija, y en el ventorro de San Juan de los Pastores, las señas dadas por la ventera fueron tan claras, que no dudaron Venancio, Iturrioz, ni el inglés, de que se trataba del doctor y de María. Por qué aseguraba la mujer de la venta que los fugitivos eran un guarda y su hija, no se lo pudieron explicar satisfactoriamente.

En San Martín se perdía la pista; habían pasado bastantes aldeanos a la feria de la Adrada, y no se recordaba haber visto a los viajeros. Además, acababa la carretera y no era posible seguir en automóvil.

Se discutió la manera de continuar el viaje, y Venancio, después de consultar el plano, dijo:

—Lo mejor es que uno compre un buen caballo y vaya recorriendo por el monte el camino, en línea recta, hacia Portugal; el automóvil, por su parte, puede explorar la carretera entre Navalmoral, Plasencia y Coria.

Se dispuso hacerlo así. Iturrioz, que era un buen jinete, compró un caballo en San Martín de Valdeiglesias, apuntó los pueblos que tenía que recorrer, y por la tarde se puso en

marcha. Se acordó que escribiera todas sus investigaciones y las enviara diariamente a Tom Gray, a Navalmoral.

Mientrastanto, Venancio y el inglés bajaron en el automóvil a Escalona, y de Escalona se corrieron a Maqueda, desde donde continuaron por la carretera hasta detenerse en Navalmoral de la Mata.

Al día siguiente, Venancio y Gray recorrieron la carretera, sin encontrar pista alguna. La primera carta de Iturrioz no decía nada interesante; en la segunda contaba que había encontrado en La Adrada un hombre apodado el *Ninchi*, que conocía a los fugitivos. El *Ninchi* se había brindado a acompañarle, y marchaban los dos a lo largo de la sierra de Gredos, en busca de Aracil y de su hija.

XXIV

LA SERRANA DE LA VERA

Se despertó Aracil y, viendo que María estaba también despierta, se levantaron ambos y salieron al raso de la ermita. La luz difusa del amanecer iluminaba el campo. Corría un vientecillo frío y sutil. Se dispusieron a aparejar los caballos, y estaban dispuestos a partir, cuando el cura, que se había levantado también, dijo:

—¿Qué, no quieren ustedes ver la ermita?

Aracil iba a pretextar el tener que preparar los caballos; pero su hija le hizo callar con una mirada, y el cura, que notó la intención, dijo:

—Ande usted, que por oír misa y dar cebada, no se pierde la jornada.

Era domingo; el negarse a entrar podría parecer demasiado significativo, y entraron. El cura y el santero les enseñaron la iglesia y el coro.

—¿Alguno de ustedes sabe tocar el piano? —preguntó el cura a María.

—No... Nosotros, ¿cómo quiere usted que sepamos eso?

—¡Bah! ¡No se haga usted la tonta!... Usted sabe tocar el piano.

—No, no.

—¡Déjese usted de historias!

María se turbó y miró a su padre, confusa. Aracil hizo un gesto y se mordió los labios.

—Aunque sea un poco brusco —dijo el cura—, no soy de los que hacen daño a nadie. Y si algo he adivinado, me lo callo. Conque, ande usted, toque usted el órgano mientras yo digo misa.

—Vamos a llamar la atención de un modo horrible —dijo Aracil—, y no nos conviene.

—¿Por qué llamar la atención?

—¡Una mujer que toca el órgano!

—Pues se hace una cosa. En el coro no entran mas que el santero, su hija y usted; la gente, que crea que usted es el que ha tocado. El santero no dirá nada si yo se lo mando.

No hubo manera de negarse, y María se puso de acuerdo con el cura para saber lo que había de tocar. El santero le iría indicando cuándo y cómo debía hacerlo, y Aracil daría al fuelle.

Comenzó a sonar la campana, y poco después fueron entrando en la ermita toda la gente de los contornos que habían estado en la fiesta de la noche anterior. Comenzó la misa. Aracil se agarró al fuelle del órgano. María se sentó delante del teclado y siguió las instrucciones del santero, que le decía: «Ahora, bajo; ahora, alto; ahora, fuerte».

De esta manera tocó lo que recordaba: trozos de ópera y sonatas de Beethoven y de Mozart.

Cuando concluyó la misa, el cura les invitó a comer. Habían preparado un yantar excelente; pero María y Aracil dijeron que tenían prisa, montaron a caballo, y tras ellos fué don Alvaro.

—¡Qué bien ha tocado usted! —le dijo a María, con verdadera efusión.

—¡Si no he sido yo! ¡Ha sido mi padre!

—Sí, eso ha pensado la gente; pero como yo soy curioso, he subido las escaleras del coro y he visto a su papá que se dedicaba a inflar el fuelle mientras usted tocaba.

María se echó a reír.

—Debe usted tener una idea rara de nosotros —dijo.

—Tanto, que no me chocaría nada que al llegar al pueblo inmediato salieran a recibirle a usfed llamándole duquesa, princesa o reina.

—Pues no tenga usted cuidado, no saldrán.

—¡Qué sé yo!

Bajaron por entre matorrales espesos de espinos y de retamas, de grandes y perfumadas jaras, húmedas de rocío. Se respiraba entre estas breñas un aroma de incienso; anduvieron desorientados durante largo rato; pero siguiendo siempre la garganta de Chilla, en cuyo fondo corría un arroyo, y preguntando después en varios molinos de pimentón, llegaron a Madrigal de la Vera.

Comieron allí los tres, en una cocina grande y negra, de enorme chimenea, en la que colgaban ristras de chorizos y de jamones. Por la tarde tomaron el camino y, arreando las caballerías, pasaron por Valverde de la Vera, luego por otro pueblo, en el cual dijo don Alvaro no convenía pararse, por ser muy miserable, y al anochecer se fueron acercando a Losar.

Don Alvaro contó a María la historia, o leyenda, de una mujer salteadora, que en épocas pasadas había andado por aquellos montes robando a los viajeros, llamada la *Serrana de la Vera*, y comenzó a recitar un antiguo romance, que decia así:

Allá en Garganta la Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana
blanca, rubia, ojimorena.
Rebozada caperuza
lleva, porque así, cubierta,
su rostro nadie la viese
ni della tuviera señas.

María le dijo que siguiese el romance de la mujer bandolera, y don Alvaro lo recitó completo.

Llegaron, ya entrada la noche, a Losar de Vera. Don Alvaro les condujo a una posada grande, iluminada con luz eléctrica, y en ella se hospedaron los tres.

XXV

LA MUERTE DEL CABALLO

Al día siguiente, al salir, muy de mañana, del pueblo, notaron que el caballo de María no podía andar. Marchaba con grandes esfuerzos, como haciendo reverencias, y jadeaba, y al querer avanzar, aligerando el paso, producía un ruido como una caldera que hierve.

María suplicó a su padre y a don Alvaro que no marchasen de prisa, porque su caballo no podía seguirles. Desmontó María, y Aracil y don Alvaro reconocieron el jaco.

—¿Dónde han comprado ustedes este vejestorio? —dijo don Alvaro—. ¡Demonio, qué penco!

El caballo se paró, y Aracil, María y don Alvaro le contemplaron en silencio. Era verdaderamente lamentable el aspecto del pobre *Galán*: tenía una figura triste y lastimosa; le temblaban las piernas; sus grandes ojos, redondos y apagados, miraban con vaguedad angustiosa. Abría la boca para respirar, anhelante; resoplaba y tosía y enseñaba unos dientes grandes y amarillos.

Aracil, después de contemplarle, dijo:

—Este caballo se muere en seguida.

Le quitaron la montura, para dejarle más libre, y no quisieron abandonarlo; les parecía una crueldad. Aquellos ojos empañados y dulces parecían guardar como un deseo afectuoso e incierto.

Las piernas del caballo fueron quedándose rígidas; luego comenzó a temblar, se le dobló un brazuelo, después el otro, se inclinó para adelante, vaciló y se tendió de lado, con un suspiro. Las patas se movieron convulsivamente, el animal comenzó a resoplar y se le nublaron los ojos. Estuvo un momento inmóvil, como descansando, esperando el último golpe; irguió el cuello, largo y estrecho, se agitó de nuevo..., y un hilillo de sangre salió de la nariz a correr por el suelo.

—¡Pobre *Galán!* —murmuró María, secándose, disimuladamente, una lágrima.

—¿Le ha impresionado a usted? —preguntó don Alvaro.

—Sí; los caballos me dan mucha pena. ¡Los tratan tan mal!

En esto, un buitre comenzó a dar vueltas en el aire, muy arriba, tanto, que parecía volar a la altura de los picachos de la sierra.

—Ya ha visto ése la presa —dijo don Alvaro.

—Ese es independiente de veras —añadió Aracil.

María montó a la grupa en la yegua de su padre, y se alejaron de allí.

Se acercaron a Jarandilla; don Alvaro tenía por precisión que quedarse, y trató de conven-

cer al doctor y a María de que se detuviesen, y especificó las curiosidades del pueblo.

—No, no puede ser; tenemos mucha prisa —dijo Aracil.

—Es que podían ustedes descansar en mi casa —añadió don Alvaro—. Allí nadie iría a buscarles.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —dijeron padre e hija. Pero no es posible.

—Quisiera, entonces, que me prometiera usted una cosa —dijo don Alvaro a María.

—¿Qué?

—Que cuando llegue usted, adonde sea, me escriba usted una carta, diciendo: hemos llegado.

—Muy bien; lo haré.

—Pero firmada con su nombre y su apellido.

—Sí; no hay inconveniente.

—Entonces, ya que esto lo concede usted con facilidad, como recuerdo del viaje que hemos hecho juntos, envíeme usted su retrato.

—Bueno.

—¿De veras?

—Sí. Yo también quiero que no hable usted de nosotros a nadie, ni a su familia, hasta que no reciba mi carta.

—Descuide usted, no hablaré mas que conmigo mismo.

—Entonces, despidámonos antes de entrar en el pueblo. Que no nos vean juntos, porque le harían preguntas a usted.

Se despidieron afectuosamente, y padre e hija, atravesando el pueblo, tomaron el camino de Cuacos.

XXVI

EL «MUSIÚ»

Poco después se encontraron con una partida de más de veinte arrieros, que llevaban en mulos sacos cargados de pimentón. Iban todos los arrieros muy majos, y llevaban sus cabalgaduras colleras cuajadas de cascabeles.

Los mulos eran fuertes y ágiles, y pronto dejaron atrás a la yegua montada por el doctor y su hija. Al llegar a una parte del camino en cuesta y revestido de piedras, la yegua de Aracil aminoró su marcha; en cambio, los mulos de los arrieros subieron la pendiente con un gran ímpetu.

Era un espectáculo animado y bonito el ver aquella cabalgata tan lucida y tan brillante cómo subía la vieja calzada. Los mulos, briosos, limpios, enjaezados, parecían excitarse con el ruido de los cascabeles, y pisaban rápidamente y con fuerza. La piedra sonaba, herida por el hierro de las herraduras, con un ruido de campana, y las chispas saltaban por debajo de las pezuñas de las caballerías.

Aracil y su hija marchaban despacio; comieron algo que llevaban en la alforja; por la tarde, en el camino, vieron a un hombre que corría escapado, y una hora antes de llegar a Cuacos se toparon al viejo Musiú Roberto del Castillo, jinete en un caballo peludo. Las largas piernas del *Musiú* llegaban con los pies hasta el suelo, y los pantalones recogidos dejaban ver sus escuálidas canillas. Musiú Roberto del Castillo saludó con finura al doctor y a su hija.

—¿No me conocen ustedes? —preguntó.

—No —contestó Aracil.

—Este señor —dijo María— es el que iba con un hombre bajito, y lo encontramos por primera vez cerca de un puente, al salir de Brunete.

—El mismo, señorita —afirmó el *Musiú.*

—El inventor de los elixires. Sí, lo recuerdo —exclamó el doctor—; pero antes iba usted a pie.

—Sí —murmuró el *Musiú*—; he encontrado este caballo en el campo, y me lo he apropiado.

—¡Demonio, qué procedimiento!

—No todo el mundo puede ser rico como ustedes.

—Y ¿de dónde sabe usted que somos ricos? —preguntó el doctor.

—Yo me lo sé; sé, además, que es usted médico y que va usted huyendo.

—¡Bah!

—¡Ya lo creo! Y como yo necesito algún dinero, si no aflojan ustedes la mosca, les denuncio.

—Y nosotros le denunciamos a usted como ladrón de caballos —saltó María.

—¡Bah! Entre un vagabundo como yo y unos señores como ustedes hay mucha diferencia. A mí me encerrarán unos meses; a ustedes, ¡qué sé yo lo que habrán hecho!; probablemente algo muy gordo cuando huyen así.

—Y ¿qué irá usted ganando con denunciarnos? —preguntó Aracil.

El *Musiú* se encogió de hombros. Siguieron marchando los tres por la carretera.

—Bueno —dijo el *Musiú*—; ¿qué dan ustedes por callar?

—Usted dirá —contestó María.

—Cincuenta duros.

—¿De dónde los vamos a sacar?

—¿Cuánto llevan ustedes ahí?

—Unos veinte.

—Vengan.

—¿Y si luego nos denuncia usted?

—¡Ca! Si yo también tengo mucho que ocultar; no tengan ustedes cuidado —dijo el *Musiú*, riendo con risa cínica, que mostraba sus dientes negros.

—Vaya; le daremos a usted cinco duros —dijo Aracil.

—Bueno, bueno. Vengan. Y, al llegar al pueblo, cada uno por su lado.

—Una pregunta —dijo Aracil—; ¿por qué dice usted que soy médico y rico?

—Porque ha reconocido usted a un enfermo en el camino, digo que es usted médico; porque le ha dado usted dinero, digo que es usted rico; porque no se ha querido usted

parar un momento allí, creo que va usted fugado.

Aracil no replicó. Las consecuencias no podían ser más lógicas. Llegaron a Cuacos y salió a recibirles una pareja de la Guardia civil, que les mandó detenerse. Se había escapado un preso que llevaban conducido, y los guardias pensaban que Aracil y su hija debían de haberlo encontrado en el camino. Dijeron éstos las personas con quienes se cruzaron en la marcha, y uno de los guardias les pidió los documentos. Los enseñaron.

—¿Ustedes se van a quedar aquí? —preguntó el guardia, sin leer los papeles.

—Es probable —dijo Aracil.

—Bueno; pues mañana vendrán ustedes con nosotros a Jaraíz a prestar declaración.

Al mismo tiempo que al doctor, habían detenido al *Musiú*, y éste temblaba y miraba su caballo y su morral con espanto.

Uno de los guardias llamó a un joven con tipo de chulo, y le dijo, señalando al doctor y a su hija:

—Oye, Lesmes, acompaña a estos señores a la posada.

Luego los dos guardias, poniendo en medio al *Musiú*, se fueron con él.

—¿Adónde llevan a ése? —preguntó Aracil a Lesmes.

—¿Adónde lo van a llevar?... A la cárcel.

El joven les condujo hasta la posada. Metieron la yegua en la cuadra y entraron en una gran cocina negra.

El dueño de la posada era un viejo de cara

juanetuda, con el pelo blanco. Lesmes, que resultó ser el alguacil, le dijo que hospedase al doctor y a María.

—Pero, ¿es gente sospechosa? —preguntó el posadero.

—No, hombre, no; tienen sus papeles, y los han enseñado a la Guardia civil.

—Entonces, ¿por qué vienen contigo?

—Porque mañana tienen que ir a Jaraíz a declarar.

—Bueno, bueno.

—Y si usted no quiere tenerlos, los llevaré a la otra posada.

—No, no; que se queden.

—Pero, ¿qué anda usted con tanto melindre, señor Benito? —dijo un pimentonero joven y rechoncho –. Si aquí, empezando por usted, el que más y el que menos es licenciado de presidio.

—¡Cállate tú, animal! —exclamó el viejo—. A mi casa no vienen mas que personas decentes.

Se rió el arriero, y una moza preparó un cuarto para Aracil y su hija.

XXVII

FUGA DE NOCHE

A la luz pabilosa de una vela de sebo se veía un cuarto sucio y negro, en donde andaban perdidos, sin poder encontrarse, un arcón, una mesa travesera de aspa y dos camas con colchas rojas. En el techo se veían las vigas alabeadas, pintadas de azul. En la pared, encalada y llena de desconchaduras, colgaba un espejo pequeño, deslustrado y negruzco, y varias estampas religiosas.

María y Aracil discutieron lo que debían hacer. Tenían encima dos peligros: uno la declaración en Jaraíz, en donde podían trabucarse e incurrir en contradicciones y hundirse y hundir también a Isidro el guarda; el otro peligro era la delación del *Musiú*, que viéndose cogido podía denunciarles.

Decidieron, en vista de las posibilidades que había de echarlo todo a perder, huír de noche en busca de la estación más próxima, que era Casatejada. Allí tomaría Aracil el tren de Portugal, y para no ir juntos y no infundir sospe-

chas, María esperaría en el pueblo y saldría al día siguiente.

—La cuestión es que no nos vigilen —dijo María—. Convídale a Lesmes, el alguacil, que debe estar abajo.

Fué el doctor a la cocina, habló con los arrieros y con el hombrecillo que les había traído a la posada, dijo que se iba a quedar unos días en Jaraíz, contó unos cuantos chascarrillos y se hizo amigo de todos.

María, mientrastanto, se enteró bien de cómo se abría la puerta de la casa; había una cadena de un lado a otro, y el postigo tenía un cerrojo pequeño, que chirriaba. Después subió al cuarto que les habían destinado y exploró los alrededores. Cerca corría un pasillo con una ventana, que caía sobre un callejón formado por dos tapias de piedras toscas.

A un lado del corredor, en un desván, se guardaban azadones, rastrillos, bieldos y espuertas hechas de tomiza.

Este desván estaba cerrado por una puerta carcomida, que se sujetaba con un gancho.

Cenaron en la cocina; hablaron con animación y alegría, para no infundir sospechas.

Después de la cena, Aracil y María subieron a su cuarto, que estaba próximo a la escalera, y dejaron la puerta abierta. Observaron, desde arriba, hacia dónde ponían los arrieros las enjalmas de las mulas, que les servían de camas, y vieron que todos las colocaban hacia la parte de adentro, lo más lejos de la puerta. El camino estaba, pues, libre.

Las dos grandes dificultades consistían en

bajar la escalera y en abrir la puerta sin ruido, sin que se despertara nadie. Sacar la yegua de la cuadra era tarea imposible, y se decidieron a dejarla.

Estuvieron en el cuarto una hora o más a obscuras, hasta que no se oyó en la casa el menor ruido. María se quitó los zapatos y Aracil las botas.

—Vamos.

Salieron a la escalera. Esta era tan vieja, que crujía al más leve paso. Padre e hija fueron bajando las escaleras de puntillas, deteniéndose a veces, alarmados. El estallido de las tablas les hacía quedar inmóviles, con el corazón palpitante. Llegaron al portal. María escuchó un momento la respiración de los arrieros, y avanzó con sigilo hacia la puerta. Luego tiró del cerrojo, que chirrió fuertemente.

—¿Quién anda ahí? —dijo uno de los arrieros.

María cogió de la mano a su padre y le hizo echarse atrás.

—¿Pasa algo?—volvió a preguntar el arriero.

María y Aracil quedaron un momento inmóviles; luego fueron retrocediendo poco a poco y volvieron a subir las escaleras. Era difícil salir por la puerta sin que lo notara nadie. María le habló a su padre de la ventana del pasillo.

—Vamos a verla.

Fueron sin hacer ruido; la ventana tendría una altura de cinco a seis metros sobre el callejón. Aracil se quitó la faja. Llegaba hasta cerca del suelo, pero no había dónde sujetarla; las maderas eran débiles y carcomidas.

—¿Cómo podríamos sujetar esto? —murmuró Aracil.

María entró en el desván donde se guardaban útiles de labranza, y vino con el palo de un azadón.

—¿Si lo pusiéramos así, atravesado en la ventana? ¿Eh?

—Sí; podría servir.

El palo era bastante más largo que la anchura de la ventana; la cuestión era que no se escurriese. Ataron la faja al centro del astil y vieron que se sujetaba muy bien.

—Vamos allá. Baja tú primero —dijo Aracil—; yo tendré cuidado con que no se escurra el palo.

María sacó el cuerpo fuera de la ventana y se agarró a la faja; Aracil fué sosteniéndola desde arriba, y la muchacha llegó al suelo sin hacerse daño.

El doctor iba a descolgarse, pero pensó que, al soltar la faja, el palo del azadón, bastante pesado, caería en el interior del pasillo y produciría un gran ruido.

—¿Qué pasa? —dijo María.

—Espera un momento.

Aracil sacó su pañuelo, lo rompió en dos tiras y ató con ellas el palo del azadón en los pernios de las ventanas.

—Pero, ¿qué hay? ¿Por qué no bajas?

—Espera. Hazme el favor.

Cuando concluyó de sujetar el palo se echó fuera de la ventana y se descolgó sin dificultad.

Siguiendo el callejón, entre dos tapias de piedra, salieron a la calle.

La luna brillaba en el cielo y asomaba su faz blanca por encima de un tejado; su luz dividía la calle en una zona obscura y otra muy clara; en ésta se veían las fachadas torcidas, ruinosas, con balcones viejos y derrengados, y se pintaban en ellas sombras negras y dentelladas de los aleros grandes y de los saledizos. Las piedras del suelo se dibujaban con fuerza. Arrimándose a las paredes, Aracil y María avanzaron por la zona de sombra, cortada a trechos por la luz que entraba por los callejones.

Una mujer abrió un balcón y echó una palangana de agua. Después vieron a un sereno envuelto en la capa, con el chuzo, cuyo acero brillaba a la luz de la luna, que cantó la hora melancólicamente.

Salieron de la aldea; a ratos rompían el silencio de la noche los aullidos tristes de los perros. Al pasar por delante de una casa aislada, les salió al encuentro un perrazo, que lanzaba un ladrido estruendoso. Aracil sacó el revólver y lo amartilló. El perro siguió ladrando y amagando morder, hasta que abandonó la partida, gruñendo.

El camino para Jaraíz estaba bien indicado; el encontrar después el de Casatejada sería, indudablemente, más difícil. A la hora u hora y media de salir de Cuacos, llegaron a Jaraíz. No entraron en el pueblo; pasaron por delante de una fragua iluminada.

—Espérame un momento —dijo Aracil—, preguntaré aquí.

Quedó sola María en el camino, y al poco rato volvió el doctor.

—Vamos bien —dijo.

Siguieron el camino. La claridad tenue de la luna iluminaba el campo yermo, desnudo y seco; un mastín, a lo lejos, atronaba el aire con sus ladridos. Padre e hija comenzaban a rendirse; se sentaban a veces en los riberos a descansar.

Era más de media noche cuando llegaron delante de un arenal, surcado por un río caudaloso. Brillaba sobre la arena, como si fuera de azogue; la claridad indecisa de la luna rielaba en sus aguas, y salía de él un murmullo misterioso y confuso.

Anduvieron los fugitivos por la orilla a ver si encontraban algún puente o alguna barca, pero no hallaron ni una cosa ni otra. ¿Qué hacer? El río, siniestro, ancho, silencioso, parecía una gran serpiente dormida en la arena. El verlo tan brillante les espantaba; el detenerse allí les podía perder.

—Este río es el Tiétar, y debe ser poco profundo —dijo Aracil—; el que por aquí venga el camino y no haya puente demuestra que esto es un vado.

—Vamos a verlo.

Se descalzaron los dos y fueron entrando en el río. Al principio no había apenas fondo, pero a los ocho o diez metros comenzaba a subir el agua muchísimo.

—Hay que volver —dijo Aracil.

—Y ¿qué haremos?

Era muy difícil contestar a esta pregunta. El río llevaba bastante corriente; perdiendo el pie y no sabiendo nadar, podía suceder una desgracia.

—Esperemos a ver si aclara un poco —murmuró Aracil, desalentado.

Se tendieron a la orilla del río. Estaban los dos rendidos, febriles, mudos. En esto se oyó a lo lejos el galopar de un caballo.

—Viene alguien —exclamó el doctor, sobresaltado—. ¿Será la Guardia civil? Entonces, estamos perdidos.

Al entrar el jinete en el arenal del ancho cauce del río, dejó de oírse el ruido de las herraduras del caballo; pero, en cambio, se fué haciendo cada vez más próximo el choque de los arneses y de las correas en el silencio de la noche.

No era la Guardia civil, sino un hombre solo, que venía en un caballo blanco. El hombre no debía conocer el camino, porque quedó desconcertado al encontrarse delante del río, sin puente para pasar; miró más arriba y más abajo de la orilla, y se decidió a meterse en el agua.

—¡Eh, buen hombre! —le dijo Aracil.

—¿Qué hay? ¿Quién me llama?

—¿Podría usted pasarnos en el caballo?

—No puede ser; tengo prisa.

—Se le pagaría lo que fuera.

—No quiero perder tiempo.

El hombre se dispuso a atravesar el río a caballo, y como para darse ánimos, cantó:

¡Arriba, caballo moro!
Sácame de este arenal,
que me vienen persiguiendo
los de la Guardia imperial.

—¡Vaya, salga lo que saliere! —dijo Aracil—. Agárrate a mí, María. ¡Fuerte!

El doctor se cogió con las dos manos a la cola del caballo, y María, a la cintura de su padre. Avanzaron en el río. El agua fué subiendo, subiendo; les llegó al cuello; el doctor y su hija sintieron el espanto de la muerte próxima; luego el agua comenzó a bajar, el caballo dió una sacudida y se desasió de las manos del doctor, y éste y María se encontraron dentro del río, con agua hasta media pierna. Fácilmente ganaron la orilla opuesta. El hombre del caballo picó espuelas y se alejó de allí al trote.

Aracil y María salieron con las ropas chorreando agua y temblando por la humedad y el frío. María tiritaba estremecida, y su padre, asustado, sin pensar ya en la huída, intentó encender fuego; casi todas las cerillas que llevaba estaban mojadas; algunas, sin embargo, servían, y pudieron hacer una hoguera y secarse un poco las ropas.

El alba comenzaba a apuntar en el horizonte, y el velo azafranado de la aurora se esparcía por la tierra cuando Aracil y María volvieron a comenzar la marcha. Al amanecer cruzaron la vía del tren. A la claridad gris de la mañana, en medio de campos de trigo, se veía un pueblo. Una estrella brillaba en el Oriente; comenzaban a cacarear los gallos.

Iban por el camino, muertos de cansancio, cuando de pronto oyeron gritar:

—¡Aracil! ¡María!

Se volvieron, sobrecogidos. Delante de ellos, a caballo, estaban Venancio y Gray.

—Vamos —dijo el inglés—; a montar.

Subió Aracil a la grupa del caballo de Gray, y a María la levantó Venancio hasta sentarla en el arzón delantero, y al trote llegaron a la carretera. Allí esperaba un automóvil rojo y un hombre. Encargó el inglés a éste que llevara los caballos al pueblo; en el coche montaron Venancio, Aracil y María. El inglés dió al manubrio para poner en movimiento el motor, luego subió a su asiento, soltó el freno, y el automóvil comenzó a marchar de una manera vertiginosa.

Explicó Venancio al doctor y a su hija que por la mañana habían sabido por un propio, enviado por Iturrioz, que estaban en Cuacos, y este propio, que era el *Ninchi,* les vió al pasar el Tiétar, aunque no les reconoció. Al decirles que se había encontrado en el camino y cerca del río con un hombre y una mujer, el inglés y él supusieron si serían ellos.

Aracil contó lo ocurrido en Cuacos, y pensando que quizá en aquella hora se habrían dado cuenta ya de su fuga, experimentó una gran angustia.

Comenzó a hacerse de día; la luna se ocultaba; algunas estrellas parpadeaban aún en el cielo; la sierra de Gredos comenzó a aparecer azul, entre nieblas blancas, como una muralla almenada; luego se derramó el sol por el campo, quedaron jirones de nubes sobre los picachos angulosos de la sierra, y poco después la montaña desapareció como por encanto...

El inglés conocía muy bien el camino que habían de seguir; bajaron hasta Trujillo, y seis horas más tarde entraban en Portugal.

XXVIII

EN PORTUGAL

En el primer pueblo de la frontera portuguesa se detuvieron y pararon en una posada. María experimentaba un gran malestar y sentía los pies como si le estuvieran ardiendo.

—¿Qué tienes? —le dijo su padre.

—No sé.

Cuando intentó descalzarse, no pudo: tenía hinchado los pies; Aracil le cortó los zapatos; luego, para arrancarle las medias, hubo que hacerle mucho daño, y María aguantó el dolor sin quejarse.

—¡Qué valiente! —dijo Venancio, enternecido.

—¡Oh! Mucho, mucho —exclamó el inglés, lleno de asombro.

Tenía María los piececitos tumefactos, hinchados y llenos de sangre. El inglés llevaba unas pastillas de sublimado, que se disolvieron en agua, y Aracil lavó y vendó los pies de su hija. Al concluír de vendarle, el doctor, que

estaba arrodillado, besó a María en la pierna, con gran efusión, llorando.

Ella tendió los brazos a su padre, y estuvieron los dos un momento abrazados.

No había tiempo que perder. Entre Aracil y Gray llevaron a María al coche, y Venancio se despidió de ellos.

—Yo tengo que volver a Madrid.

Aracil le dió los papeles de Isidro el guarda, encargándole que se los entregara lo más pronto posible, y María le dijo que le diera las gracias y le contara cómo habían pasado la frontera. Venancio abrazó a su sobrina y dió la mano al doctor y al inglés, que siguieron su camino, internándose en Portugal.

El inglés tenía un amigo y paisano, dueño de unas minas, en cuya casa se acogerían.

—Ahora tomaremos hacia Coimbra, adonde llegaremos al caer de la tarde, y por la noche estaremos ya donde vive mi amigo.

Al principio, la carretera marchaba entre grandes alcornoques, con la parte baja del tronco descortezada y rojiza; luego el paisaje se iba haciendo más suave y más verde. Cruzaron extensos pinares. En la base de los pinos, y debajo de sus heridas elípticas, se veían vasos de arcilla, que iban recogiendo la resina de color de cera. Pasaba todo a los lados del automóvil de una manera vertiginosa: casas, bosques, árboles, caminos.

Aracil iba como en un sueño; el cansancio y el aire le dejaban amodorrado; María sentía una gran pesadez en la cabeza, y temblaba, con escalofríos.

Pasaron al anochecer por Coimbra, y ya entrada la noche, llegaron a un pueblo muy pequeño, con una plaza grande con árboles. El automóvil se detuvo frente a una casa, con las ventanas iluminadas. Salió un mozo a la puerta, y el inglés le preguntó por su amigo.

—¿Está?

—Sí. Pero ahora tiene una comida.

—Bueno, que salga.

—Es que me ha dicho el señor...

—Nada, dile que salga.

El mozo volvió al poco rato con el dueño de la casa, un inglés de unos cuarenta años, joven, calvo y rojo, a quien Gray explicó lo que pasaba.

—Está bien. Está bien —dijo el minero. Abrió el automóvil y dió la mano al doctor para que bajara; luego, sin más ceremonia, tomó a María en brazos y se la entregó a Gray, que fué subiendo con ella las escaleras hasta una habitación del primer piso.

—Estos señores son unos parientes míos que se van a quedar aquí unos días —dijo el minero a la criada, chapurrando el portugués; luego, dirigiéndose al mozo, advirtió—: Acompaña a este señor a colocar el automóvil—. Ahora —añadió, inclinándose ante María— perdonen ustedes, porque tengo una comida con unos portugueses que quieren venderme unas minas.

Y el inglés se fué; María, Aracil y la criada se quedaron en un cuarto grande y destartalado. María, ayudada por la muchacha, se acostó en una cama dura y pequeña, y Aracil se tendió en un sillón.

XXIX

DESCANSAN

Al día siguiente, Aracil notó que su hija tenía mucha fiebre. Las heridas de los pies no eran bastante causa para una elevación tan grande de temperatura. Al anochecer decreció la fiebre. Aracil supuso si sería ésta consecuencia del desgaste nervioso de los días anteriores; pero, a media noche, volvió de nuevo la calentura, y Aracil comprendió que había algo palúdico, y supuso que en la noche de la huída, al quedarse a descansar en la orilla del Tiétar, habría cogido la enfermedad.

Durante casi toda la noche María estuvo delirando. La obsesión, en su delirio, era el río.

—El río..., el río... —exclamaba—; ten cuidado..., nos vamos a ahogar... —y se erguía en la cama, temblorosa, con los ojos muy abiertos—. ¡Ah!, ya hemos pasado...

Y volvía siempre a la misma idea.

Aracil estaba muy inquieto con la enfermedad de su hija, y preguntó al minero si el médico del pueblo era hombre inteligente.

—Sí, sí; mucho.

—¿Se le podría llamar?

—Sin inconveniente alguno. Es persona de confianza.

Se llamó al médico, un hombre joven y de mirada abierta, que examinó a la enferma y dijo que se trataba de una fiebre intermitente. Le marcó el tratamiento, que a Aracil le pareció bien, y María, a los cuatro días, comenzó a mejorar y a tener menos fiebre.

Gray anunció que se marchaba a Madrid.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó, al despedirse, al doctor.

—No sé todavía. Nos iremos cuando María esté mejor.

—¿Adónde?

—El caso es que todavía no lo hemos pensado. Toda nuestra preocupación era salir de España, y nos parecía tan difícil, que no hemos formado ningún proyecto para después.

—Pero ahora tendrán ustedes que decidirse.

—Yo no sé si en Francia...

—En Francia les expulsan a ustedes.

—¿Usted cree que será mejor ir directamente a Inglaterra?

—Mucho mejor; en Inglaterra vive todo el mundo.

—Pues nos iremos a Inglaterra.

—Yo le diré a mi amigo el minero que se entere cuándo sale un barco de Lisboa, sin tocar en España, y les dejaré una carta para un hotel de Londres.

—Muchísimas gracias.

Tom Gray saludó a María y se fué.

A la semana de estar en el pueblo, María co-

menzó a entrar en la convalecencia, y a medida que la muchacha mejoraba, su padre iba poniéndose inquieto, nervioso y triste. El menor ruido que oía en la calle le sobresaltaba, y sentía miedo y ganas de llorar por cualquier cosa.

Cuando María comenzó a levantarse, Aracil tuvo que guardar cama unos días. El doctor Duarte, el médico del pueblo, le recomendó que se pasara el día en el campo, porque se encontraba débil y neurasténico.

María, en la convalecencia, estaba encantadora, perezosa, sonriente, lánguida como una niña. Nadie hubiera supuesto en ella una mujer enérgica y atrevida. Vivía sin salir de casa; la ventana de su cuarto daba a una llanura verde de viñedos y maizales, cerrada en el fondo por unas colinas, sobre las cuales parecía marchar, como una procesión fantástica, una larga fila de cipreses, que terminaba en el cementerio.

Solía sentarse María al lado del cristal, y conversaba con la criada, una muchachita del país, de un tipo oriental o judío.

Se entendían bien, hablando una portugués y la otra castellano, y simpatizaban hasta cierto punto, aunque María notaba que la portuguesa tenía un sentimiento de hostilidad por los españoles. Contaba la muchacha que, en Lisboa, la mayoría de los ladrones, chulos y perdidos eran españoles. María le replicaba que en todas partes había mala gente, pero la otra no se daba por convencida.

La nota contraria a la de la muchacha la

daba Aracil, a quien el minero había presentado a sus relaciones como un ingeniero francés que venía a visitar las minas. El doctor se dedicaba, cuando hablaba con María, a satirizar a la gente del pueblo.

—Esta es la tierra ideal para los vanidosos —le decía.

—¿Por qué?

—Porque aquí todos somos vuecencias y excelencias y excelentísimos señores. ¡Qué gente más petulante!

—En España también hay algo de eso —replicaba María.

—Sí, en el papel. ¿Tú has visto alguna vez que los españoles nos tratemos de excelencia? ¡Y esos tratamientos son tan cómicos algunas veces! El otro día le faltaban al director los partes de la mina, y anduvo buscándolos como loco; por fin, entró en la cocina, donde el muchacho que los trae estaba comiendo, y vió los partes en el suelo, entre basura y cáscaras de patata: «¡Mira dónde están los partes!», gritó el director con voz de trueno; y el chico se levantó, se sacó el sombrero, y dijo, cachazudamente: «Sí; los tenía ahí para dárselos a Su Excelencia». Yo, que presencié la escena, no pude contener la risa.

—Sí. Es cómico.

—Y luego, ¡qué sentimentalismo! ¡Esta gente está degenerada! El otro día, el inglés despacha al mozo de cuadra, y el mozo empieza a llorar; por la noche, riñe a la cocinera, porque ha quemado la comida, y a la mujer se le saltan las lágrimas... Es grotesco.

—Sí; debe ser una gente sentimental.

—Este es un pueblo elegíaco, como el pueblo judío. ¡No hay mas que oír esos fados tan tristes, tan lánguidos!

—Pero, a pesar de todo, se parecen mucho a los españoles.

—¡Ca! ¡Díselo a ellos, que aseguran ser de distinta raza! Ellos encuentran una serie de diferencias físicas y psicológicas entre los portugueses y los españoles. Dicen que son más europeos, más cultos, y es posible; que saben francés, que nosotros somos más brutos, lo que también es muy posible; que son más sociables, también debe ser cierto. Lo que es indudable es que no hay simpatía entre nosotros y ellos.

—Sí; eso es verdad.

—Y no puede haberla. Estos son ceremoniosos, hinchados, siempre petulantes; nosotros, malos o buenos, somos más sencillos.

—Pues el doctor Duarte, que ha venido a visitarme a mí, me ha parecido una persona sencilla.

—Sí; ese es de los pocos sencillos de aquí... Y es curioso, es anarquista.

—¿Sí?

—Sí. La otra noche, paseando por la plaza, me decía, con cierta pena: «En Portugal no habrá nunca anarquistas. Este es un pueblo blando e indolente. En España hay más viveza, más fibra», añadía él. Y es verdad. Son tipos lánguidos que parecen criollos, sin la exasperación de los americanos. Es una gente de sangre gorda, que no tiene nada dentro.

XXX

SE VAN

A las tres semanas de estar en el pueblo, el minero inglés les dijo que había recibido la noticia de que un barco, el *Clyde*, saldría al día siguiente de Lisboa para Londres, sin parar en ningún puerto de España. Además, convenía que se fueran, porque en el pueblo se comenzaba a hablar mucho de ellos, lo cual podía ser peligroso.

Sa decidieron; el minero les entregó una carta de Gray para un hotel-pensión de Londres, y ordenó a su secretario que les acompañara a Lisboa y les dejara instalados en el vapor.

Después de almorzar, salieron los tres en coche, y cruzaron durante una hora por entre pinares. El cielo estaba nublado, amenazando lluvia.

Llegaron a la estación, esperaron una media hora, y tomaron el sudexprés. El mozo del tren les hizo pasar a un departamento, en el cual iba solo un joven de quevedos y sobre-

todo gris. María se acurrucó en un rincón y cerró los ojos.

Pensaba en los incidentes del viaje a pie, que en pocos días tomaban en su imaginación la vaguedad de recuerdos lejanos, interrumpidos por impresiones de una extraordinaria viveza.

La rotura brusca de la vida normal le había modificado del tal manera las perspectivas de las cosas y de las personas, que la vida suya, la de su padre y la de su familia, las encontraba distintas a como las había visto siempre.

El joven del sobretodo gris se puso a hablar con el doctor y con el secretario del inglés. Este joven, elegante, era un portuguesillo un tanto finchado, que hablaba español muy bien; dijo que era diputado conservador y partidario de la dictadura. Tenía a gloria el ser amigo de todas las bailarinas y *cantaoras* de Madrid y de Sevilla.

María, a quien no interesaba gran cosa la conversación del diputado, salió al corredor del tren. Había obscurecido ya; por delante de la ventanilla pasaban rápidamente los árboles y casas. Estaba lloviendo. El tren rodaba, con un ritmo monótono, por el campo.

De tarde en tarde se detenía en una estación solitaria; se oía un nombre, pronunciado de una manera lánguida; se veía a la luz de unos faroles un paseo con unas acacias, que lloraban lágrimas sobre el asfalto del andén, y seguía la marcha.

María estaba impaciente, ansiando llegar. Se puso a leer los anuncios colocados en el pasillo del vagón; eran casi todos de hoteles y ca-

sinos de esos pueblos cuyo nombre sólo da una impresión de fiesta y placer: Niza, Ostende, Montecarlo, Constantinopla, El Cairo...

Paseó María de un lado a otro del largo vagón, y se detuvo al oír hablar castellano a dos señoras. Le parecía que hacía ya un tiempo largo que no había oído su lengua.

Entró de nuevo en el coche; el diputado, el secretario del inglés y Aracil, seguían charlando de política.

Serían las once de la noche cuando se comenzaron a ver las luces de Lisboa; brillaban los focos eléctricos en el aire húmedo; se pasó por delante de una avenida iluminada. Llegaron a la estación, bajaron en un ascensor hasta una calle, tomaron un coche, y el secretario indicó al cochero dónde debía pararse.

Llovía a chaparrón. Cruzaron entre el diluvio, que convertía las calles en torrentes, y fueron por la orilla del río hasta un muelle, en donde pararon. Los fanales eléctricos de un barco brillaban y se balanceaban en los palos como estrellas. Un farol rojo iba y venía por la cubierta.

Se detuvo el coche, y entraron los tres, de prisa, en el barco. Era el *Clyde*. Se les presentó un marinero, envuelto en un impermeable. El secretario llamó a un empleado del barco, que indicó sus camarotes a María y a su padre. Luego el secretario se despidió afectuosamente de ellos y los dejó solos.

XXXI

EN EL MAR

María ha salido sobre cubierta a respirar el aire de la noche.

El *Clyde* marcha a toda máquina, en medio de una obscuridad densa.

El cielo está cerrado y sin estrellas; las olas sombrías se agitan como una manada confusa de caballos negros, y van y vienen en el misterio del mar.

En medio de las tinieblas de este abismo caótico de agua y de sombra, María respira con fuerza y se siente segura y tranquila. El aire salobre le azota el rostro con ráfagas impetuosas; silba el viento, y las olas, cargadas de espuma, parecen cantar y quejarse en los costados del buque.

La hélice se hunde en el agua; las máquinas retiemblan, y estos rumores roncos son como hurras de triunfo, voces atronadoras de un

dios padre y protector de la civilización, bastante fuerte para vencer las cóleras del viento unidas a las cóleras del mar.

De cuando en cuando, la sirena del *Clyde* lanza un aullido formidable en medio de la negrura de la noche, y se oyen a lo lejos, muy amortiguadas por la distancia, las señales de otros barcos que pasan.

A veces, una ráfaga de aire viene empapada en lluvia; después cambia el viento y gime y suspira con una hipócrita mansedumbre.

En algunos instantes la nave parece cansada; se cree sentir que la hélice se hinca con menos fuerza en el agua; pero luego, como con una decisión súbita, se agita el barco, tiembla, con un estremecimiento de todas sus paredes, y se lanza a hendir las olas obscuras, mientras la máquina zumba sordamente, y un silbido agudo, seguido de una nube de humo, sale de la chimenea.

Como esos pájaros de presa audaces y soberbios que revolotean entre las aguas irritadas y amenazadoras, y levantando el vuelo y lanzando un grito estridente, se pierden en la niebla, así marcha el *Clyde* sobre el mar de los ruidos tempestuosos.

María respira como un hálito de vigor, de energía, al sentirse volar como una flecha en medio de la obscuridad y de las olas.

Vuelve a la cámara, en donde se ha refugiado su padre; las luces eléctricas, colgadas del techo, oscilan suavemente. Aracil, pálido, demacrado, envuelto en una manta,

con la cabeza más baja que los pies, permanece inmóvil.

—Mañana —dice María— estaremos en Londres.

Y Aracil, postrado por el mareo, hace un gesto de indiferencia.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	7
I.—La abuelita.	19
II.—El hombre bajo la máscara. . . .	35
III.—El primo Benedicto	45
IV.—Amistad.	51
V.—Anarquismo y retórica.	63
VI.—Los farsantes peligrosos.	75
VII.—El final de una sociedad romántica.	85
VIII.—El día terrible.	97
IX.—En la Bombilla.	113
X.—Buscando el camino.	121
XI.—Lo que dijeron los periódicos. . .	129
XII.—La despedida de Brull.	137
XIII.—La partida.	143
XIV.—Se alejan de Madrid.	147
XV.—San Juan de los Pastores	153
XVI.—La Venta del Hambre.	163

Págs.

XVII.—La «Gila». 169
XVIII.—La sagrada propiedad. 175
XIX.—Las apuestas del «Grillo». . . . 179
XX.—El hombre del caballo negro y del perro blanco. 187
XXI.—Nuestra Señora de Chilla 199
XXII.—La leyenda de Chilla, según Aracil. 205
XXIII.—En su busca. 209
XXIV.—La serrana de la vera. 217
XXV.—La muerte del caballo 221
XXVI.—El «Musiú». 225
XXVII.—Fuga de noche. 231
XXVIII.—En Portugal. 241
XXIX.—Descansan. 245
XXX.—Se van. 251
XXXI.—En el mar. 255

OBRAS DE PIO BAROJA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Paradox, Rey.
La feria de los discretos.
Nuevo tablado de Arlequín.
La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.
Juventud, egolatría.
Las horas solitarias.
El árbol de la ciencia.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.
Idilios y fantasías.
Momentum catastrophicum.
El cura Santa Cruz (folleto).
Las tragedias grotescas.
Los últimos románticos.
El Mayorazgo de Labraz.
La casa de Aizgorri.
Zalacaín el Aventurero.

BIBLIOTECA «ERASMO»

CUENTOS DE PIO BAROJA
COLECCIÓN ILUSTRADA

TOMO I.
TOMO II.
TOMO III.
TOMO IV.

OBRAS COMPLETAS

DE

AZORIN

I.—El alma castellana.
II.—La voluntad.
III.—Antonio Azorín.
IV.—Las confesiones de un pequeño filósofo. (Aumentada.)
V.—España.
VI.—Los pueblos.
VII.—Fantasías y devaneos.
VIII.—El político.
IX.—La ruta de Don Quijote.
X.—Lecturas españolas.
XI.—Los valores literarios.
XII.—Clásicos y modernos.
XIII.—Castilla.
XIV.—Un discurso de La Cierva.
XV.—Al margen de los clásicos.
XVI.—El licenciado Vidriera.
XVII.—Un pueblecito.
XVIII.—Rivas y Larra.
XIX.—El paisaje de España visto por los españoles.
XX.—Entre España y Francia.
XXI.—Parlamentarismo español.
XXII.—París, bombardeado y Madrid sentimental.
XXIII.—Laberinto.

LS
B 264d

164278

Author Baroja, Pio

Title La dama errante.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU